
El chico perfecto
Becca Devereux

El chico perfecto
Becca Devereux

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

Ⓒ Por el texto: Becca Devereux, agosto de 2022

Ⓒ Imagen de la portada: @imfleurie (cuenta de Instagram)

Dedico esta historia a las románticas empedernidas que han besado a algún sapo, pero siguen creyendo en el amor.

Índice

1. Soy una idiota
2. Soy invisible
3. Soy una nueva persona
4. ¿Quién es ese bombón de ojos verdes?
5. ¿Puedo hacer de niñera, por fa?
6. Dos niñeros a falta de uno
7. Despertar encima de una roca
8. Volvemos a encontrarnos… Ojazos
9. El Sr Matini ataca de nuevo
10. Me encantan las mujeres de ojos verdes con carácter
11. ¿Te acuerdas de aquella chica…?
12. Un demonio muy sexy
13. Tómate una copa conmigo
14. Qué les den
15. Ten cuidado con ese capullo
16. Dando un paseo por el campo cuando…
17. Una despedida de soltera, ¡yupi!
18. ¿Estás borracha?
19. La bella durmiente
20. Jamás había dormido tan bien
21. ¿Qué… haces tú aquí?
22. Reconozco que estoy desesperado
23. ¿Te apetece hacer de canguro?
24. Joder, estoy nervioso
25. Una cita
26. Una chica muy interesante
27. ¿Damos un paseo?
28. Si pudieras verte a través de mis ojos…
29. Es la primera vez que…
30. ¿Por qué tienes tan mal gusto?
31. ¿Por qué todo es tan complicado?
32. Así que este es tu mundo…
33. No puedo pensar cuando haces esas cosas…
34. ¿Puedo quedarme a dormir?
35. A la mierda las dudas
36. Pero ¿qué…?
37. Quiero hacerte feliz
38. Un día raro
39. Todo es confuso y difícil
40. Si va a ser la última vez que nos veamos…

41. Carta de despedida
42. Como si no le importara
43. Un mes después…
44. Ten cuidado, amigo
45. ¿Qué me pasa?
46. ¿Podría funcionar?
47. ¡Has vuelto!
48. Lucha por ella
49. ¿Qué haces aquí?
50. Tres meses después…

Sobre mí

1. Soy una idiota

Saoirse

Hace tres meses…

Solo una idiota —romántica—, pero idiota al fin y al cabo, tropezaría tantas veces con la misma piedra. ¿Conoces ese refrán que dice que para encontrar al príncipe azul hay que besar muchos sapos? Bueno, dejémoslo en que yo he perdido la cuenta del número de sapos que he besado. Y los hubo de todo tipo: infieles, mentirosos compulsivos, niños de mamá, cazafortunas… Podría escribir un libro sobre cómo no encontrar al tipo perfecto. De hecho, a estas alturas, estoy convencida de que el chico perfecto no existe.

—¡Saoirse! —exclama Andrew, mi último fracaso amoroso.

Ignoro sus gritos y corro todo lo deprisa que puedo hacia el Mini rojo cereza que hay aparcado en la entrada de su casa. Lo malo de salir con un corredor olímpico es que es más rápido que tú. Tampoco vayas a pensar que Andrew es un importantísimo deportista de élite. Se retiró al cumplir los treinta después de haber encadenado un fracaso tras otro. Su padre era amigo del mío, por lo que lo enchufó en nuestra fábrica. Un par de semanas después, mi madre me convenció para que tuviera una cita con el «bueno» de Andrew, que según ella bebía los vientos por mí y no se atrevía a dar el paso. En fin, soy una persona de carácter manipulable. Pero solo quería hacer feliz a mi madre y en el fondo albergaba la esperanza de que Andrew fuera el definitivo, ¿por qué no? Después de aquel *playboy* que me convenció de donar cien mil libras para una supuesta organización benéfica para niños con cáncer que resultó ser un fraude, y el abogado que me engañó con su secretaria, creí que a mis veintisiete años ya tocaba un poco de buena suerte. Por eso decidí darle una oportunidad a Andrew, que resultó ser encantador. Me dejaba hablar, le gustaban los animales y no quiso acostarse conmigo en la primera cita. Ni en la segunda. Ni en la séptima. Debí suponer que aquello era una mala señal. ¿Qué hombre de treinta años quiere ir despacio con una mujer que encuentra atractiva? En fin, ese era el problema… que Andrew no me encontraba deseable porque lo suyo eran… los penes.

Ojalá no hubiera tenido la estúpida idea de presentarme en su casa para darle una sorpresa vestida con una gabardina que oculta un carísimo conjunto de lencería de encaje. Así me habría ahorrado ver cómo se besaba con ese hombre.

—¡Saoirse! —me suplica, interponiéndose entre el coche y yo—. Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—¿En serio, Andrew? —parpadeo con incredulidad—. Estamos en el siglo XXI. Puedes acostarte con quien te dé la gana. ¡A nadie le interesa!

—Mis padres son… un poco estrictos —dice avergonzado.

Por un instante siento pena de él. Luego recuerdo que me ha hecho perder el tiempo durante un mes, haciéndome un montón de promesas y sugiriendo que hiciéramos un romántico crucero por las islas griegas este verano. De acuerdo, tiene unos padres homófobos. Pero eso no le da derecho a utilizarme.

—Mi madre te adora. —Hace un puchero e intenta cogerme la mano, pero no se lo permito—. Solo quería…

—Tener una tapadera mientras te f-follabas a ese t-tipo —replico dolida.

Uf, ya he vuelto a tartamudear. Me sucede desde que era una niña. Cuando me pongo nerviosa, tartamudeo sin remedio. A la mayoría de mis parejas les avergonzaba. Andrew era una excepción. Solía cogerme la mano con delicadeza y me decía que no tenía de qué preocuparme. Me gustaba lo buena persona que era. Ni siquiera me sentía atraída por él. Me conformaba con estar a gusto al lado de una persona a la que le interesaba. Así de bajos son mis estándares.

—Saoirse, lo siento tanto… —se disculpa. Parece sincero—. Te aprecio de verdad. Eres una buena chica. Podríamos ser…

—¡N-no! —decido tajante.

Subo al Mini, arranco y piso el acelerador. Solo entonces me permito derramar las primeras lágrimas. Estoy cansada de creer en el cuento con final feliz que nos han vendido a todas las mujeres. Se acabó: a la mierda el amor. Me va mejor sola.

2. Soy invisible

Max

Cojo en brazos a mi ahijada, que no para de berrear. Bruce sostiene la teoría de que ha salido igual de mandona y belicosa que su madre, pero yo creo que mi amigo es un bruto que se pone nervioso cuando tiene que coger en brazos a su hija de cuatro meses. Cree que es de porcelana y va a romperse si no la trata con exagerada delicadeza.

—No entiendo por qué llora —se queja exasperado—. Pensé que ser padre sería más fácil.

Acuno al Lizzy contra mi pecho y me pongo a hacerle carantoñas. Es una bebé preciosa. Ha heredado el cabello pelirrojo de Meg y los ojos verdes de Bruce. De repente, Lizzy se parte de risa y sus mejillas se tornan sonrosadas. Bruce frunce el ceño.

—¿Qué clase de brujería es esta? —se queja—. Conmigo nunca sonríe.

—Porque estás obsesionado con que le pase algo malo. Le transmites tu nerviosismo.

—Habló el hombre que no es padre.

Su comentario me escuece un poco. Ganas no me faltan. De hecho, ya me habría puesto a repoblar el mundo si la candidata perfecta estuviera por la labor. Por desgracia, ella nunca ha tenido ojos para mí. A ver, que nadie me malinterprete. No soy virgen. He salido con varias mujeres mientras esperaba una oportunidad que nunca llegaba y cruzaba los dedos para que alguna de esas mujeres llegara a mi corazón. Por desgracia, ninguna de ellas tiene su sonrisa infantil ni la cascada de pelo negro.

—Oh, qué mono. —Jen, la secretaria de Bruce, me lanza una miradita cargada de intenciones cuando me ve jugar con Lizzy—. Se te da fenomenal. Algún día serás un padrazo.

—Solo tiene que encontrar a la chica perfecta. —Bruce me guiña un ojo. Para colmo, murmura que tiene *algo* que hacer y me deja a solas con Jen.

Mi amigo cree que me está haciendo un favor, pero en realidad Jen nunca me ha interesado y no soy la clase de capullo que le da falsas esperanzas a las mujeres. El problema es que la echo jodidamente de menos. Se fue de vacaciones hace tres meses. A todos nos pilló desprevenidos. Nunca ha estado tanto tiempo fuera de Emerald Beach. Meg habló de una «necesaria crisis de independencia». Intenté poner la oreja, pero lo dejé estar porque no quería ser un cotilla.

Sí, estoy colgado de Saoirse Anderson, la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Es mi mayor secreto.

Nadie lo sabe.

Para los padres de Bruce soy uno más de la familia.

Soy la mano derecha de Bruce en la empresa.

Uno de los mejores amigos de Meg.

Y Saoirse y yo… somos… cercanos. Siempre hemos estado presentes en la vida del otro. Nos respetamos. Nos caemos bien. Una vez hablamos durante una hora sobre *El padrino*. Fue una hora jodidamente maravillosa. Pero ella nunca me ha visto de esa forma y yo, en un intento absurdo de llamar su atención, he buscado alguna novia con la que suplantarla cuando ella aparecía acompañada de algún capullo que al final le rompía el corazón.

Esa es nuestra *no* historia.

Para mí, ella es la única.

Para ella, solo soy el mejor amigo de su hermano.

3. Soy una nueva persona

Saoirse

En serio, lo soy. Nada que unas vacaciones a todo lujo por la Costa Amalfitana durante tres meses no puedan arreglar. He hecho submarinismo, me he tostado bajo el sol, he leído una novela negra —nada de historias románticas que alimenten mi corazoncito—, y he pasado de los italianos macizos que se acercaban para echarme crema y susurrarme falsas promesas de amor al oído.

¡Soy una nueva Saoirse!

Más segura, decidida y con menos complejos.

Si algo he aprendido en estas vacaciones improvisadas es que puedo disfrutar de la soledad. No necesito a nadie a mi lado para rellenar mi supuesto saco de imperfecciones. Soy la directora de recursos humanos de una fábrica de cervezas, estoy bien posicionada, tengo salud y acabo de tener una sobrina monísima a la que conoceré dentro de unas horas. Además, tengo una amiga estupenda. Cuando le expliqué llorando que estaba harta de todo, me aconsejó que hiciera la maleta y me largara de vacaciones. Le recordé que me perdería el nacimiento de Lizzy, pero Meg me aseguró que hay momentos en los que debes priorizarte.

Y aquí estoy, en la cola del avión con destino a Irlanda, de regreso a Emerald Beach, donde me espera mi preciosa sobrina, mi hermano, mi mejor amiga y unos padres a los que voy a dejarles claro que soy un ser humano completo que no necesita ningún novio para ser feliz.

¡Qué bonita es la soltería!

He comprado un billete en primera clase, así que voy a la cola de acceso preferente, donde una azafata de sonrisa radiante está atendiendo a un hombre trajeado que debe sobrepasar el metro ochenta. No soy baja, pero solo le llego por los hombros. No voy a negar que los hombres altos son mi debilidad. Cuando lo miro de perfil, constato algo que ya sabía: es el típico hombre atractivo y con buena percha por el que cualquier mujer con un mínimo índice de buen gusto se revolucionaría un poco. Lo que viene siendo un tío bueno en toda regla. Rostro simétrico, ojos oscuros, tupidas pestañas y una sonrisa repleta de seguridad.

La azafata le toca el brazo con gesto coqueto, algo que me irrita un poco porque es evidente que está intentando ligar con él, lo que nos está retrasando a los demás. La antigua Saoirse se habría resignado, pero esta nueva mujer, más segura y resolutiva, da un paso adelante y le tiende el billete de clase vip, interrumpiendo sin pudor el momento de ligoteo. No es asunto mío. Solo quiero mi asiento con espacio extra, un Martini y terminar el libro que estoy leyendo.

—¡Hola! —digo con energía.

La azafata se vuelve hacia mí, irritada por la interrupción, pero en seguida se recompone al ver la tarjeta de embarque. La escanea, comprueba mi documento de identidad y me deja pasar. Me cuelgo el bolso y prosigo con la cabeza alta, sin dedicarle una mísera mirada al tipo al que acabo de interrumpir en pleno coqueteo. La antigua Saoirse habría suspirado por su atención, pero esta mujer renovada y que huye de la presión por estar en pareja sabe que en el fondo es otro capullo. Casi todos los tíos lo son. Y los buenos están pillados.

4. ¿Quién es ese bombón de ojos verdes?

Jack

En cuanto la preciosa joven de larga melena negra se marcha, pierdo automáticamente el interés en la azafata rubia que no deja de tocarme el brazo. Enderezo la espalda, le enseño el billete y miro mi reloj de mano para darle a entender que estoy deseando embarcar. Ella entorna los ojos, sorprendida por mi rechazo. Al principio no es que estuviera muy interesado, pero ha sido cruzarme con esa preciosidad morena y esbelta y sentir la necesidad de saberlo todo de ella.

Me despido de Nicole, o cómo se llame, y voy directo al avión con la esperanza de que esa belleza esté sentada muy cerca de mí. La primera clase tiene pocos asientos, así que estoy convencido de que no va a ser muy difícil.

Es como un imán.

Nada más entrar, la encuentro con la cascada de pelo negro desparramada sobre una almohada de viaje y un libro abierto en su regazo. Está muy concentrada leyendo y no presta atención a lo que sucede a su alrededor. Tiene la piel de un blanco cremoso y ese tipo de delgadez que intuyo que esconde unas curvas bien proporcionadas. Fantaseó con montármelo con ella en el estrecho lavabo del avión. Tendré que tantear el terreno para descubrir si está por la labor, pero siempre me salgo con la mía.

Soy Jack Preston. Millonario, heredero de un imperio hotelero y un amante de sobresaliente. Las mujeres me adoran.

La primera clase está formada por hileras de dos asientos, uno a cada lado del pasillo. La suerte vuelve a sonreírme y me toca el que hay más cerca de ella. El espacioso pasillo impide que nos toquemos, pero ya estoy fantaseando con hundir las manos en su pelo y descubrir si huele tan bien como imagino. De repente, la chica levanta la cabeza del libro y me mira con el ceño fruncido. Me ha pillado observándola. Por poco me sobresalto, pero soy demasiado arrogante para que algo así pueda ponerme nervioso. Le dedico una sonrisa cálida y digo:

—Que tengas un buen vuelo. —Utilizo el acento y el tono perfecto para hacerla sentir cómoda.

—Igualmente —responde secamente.

Su reacción me deja bastante atónito. No creo haber hecho algo que haya podido incomodarla. Tiene unos enormes ojos verdes, del color de dos esmeraldas que brillan bajo la luz del sol.

La chica me ignora, busca a la azafata y levanta la mano para pedir un Martini. La azafata asiente, pero se olvida de su bebida en cuanto un señor bastante cabreado se pone a discutir con ella por no tener suficiente espacio para sus piernas. La chica se relaja en el asiento y sigue leyendo. Esta vez, la observo de reojo sin ningún pudor. Ha debido de estar en la playa, pues está ligeramente bronceada. Lleva un vestido color verde menta que le llega hasta las rodillas. Tiene los brazos pecosos, la boca carnosa y los pómulos de una diosa.

Me gusta.

Es atractiva.

No va maquillada.

Bonita sin resultar artificial.

Justo mi tipo de chica, al menos en lo que a físico se refiere. En realidad, no me he tomado la molestia de conocer a ninguna de las mujeres con las que me he acostado. ¿Para qué? A mis treinta años no quiero una relación seria.

—Disculpa —llamo a la azafata cuando han transcurrido quince minutos y el avión ya ha despegado—. Un agua mineral sin gas y un Martini para esa señorita.

—Ahora mismo, caballero.

He comprobado que no le ha llegado el Martini antes de pedírselo, no soy tan imbécil. Al cabo de un par de minutos, la azafata me entrega el agua sin gas. Me niego a mirar a la chica. Quiero que sea ella la que tenga la iniciativa. Eso sería buena señal. Entonces, sin previo aviso, me percato de que me está taladrando con la mirada mientras señala el Martini como si estuviera envenenado.

—¿Se supone que debo darte las gracias? —pregunta con desagrado—. Tengo dinero para pagar mis propias copas.

Lo reconozco: me ha dejado sin palabras. La chica levanta la mano para llamar a la azafata.

—Le agradecería que no me hiciera llegar bebidas que provengan de ese desconocido con traje —la informa, señalándome con un gesto de cabeza que me obliga a enderezarme—. No quiero este Martini.

—¿Se lo retiro, señorita? —pregunta la azafata con tono educado.

—Sí —responde la chica—. Y tráigame otro con muchas aceitunas, gracias.

En cuanto la azafata se marcha con el Martini, tengo unas inesperadas ganas de gresca. Jamás pierdo la compostura delante de una mujer. Pero esto ha sido… completamente inesperado y humillante. Me cabrea que se me esté empezando a poner dura. No quiero ser la clase de pringado que tiene una erección por culpa de un rechazo.

—Sabes que te van a traer el mismo Martini, solo que esta vez con aceitunas, ¿no? —le digo.

Ella se encoge de hombros.

—¿Nadie te ha dicho que para invitar a una mujer a una copa primero debes preguntarle si quiere aceptarla?

No sé qué decir. Es la primera ves que una mujer me deja sin palabras. Y no me gusta. De hecho, me cabrea bastante.

—Solo pretendía ser amable.

Se ríe en voz baja. Enarca una ceja.

—Seguro —responde con tonillo acusador—. Para sacar algo de provecho.

No tengo tiempo de replicar porque la azafata aparece en ese momento con su Martini. La chica coge el palo con las aceitunas y se lleva una a la boca. La observo como un animal hambriento. Deja el Martini en la bandeja y vuelve a abrir su libro.

—Solo quería ser amable —insisto enfurruñado.

—De acuerdo —responde sin mirarme—. Sé amable. No me dirijas la palabra.

—Me llamo Jack.

—Me da igual —me espeta.

Abro la botella de agua con gas y me bebo la mitad de un trago. Es oficial: acabo de conocer a la mujer más guapa y antipática del mundo. Lo peor de todo es que aun así me muero de ganas de probar su boca.

5. ¿Puedo hacer de niñera, por fa?

Saoirse

—¡Oh, dios mío! —Sostengo a Lizzy en brazos y los ojos se me llenan de lágrimas. Es una bebé preciosa, con una espesa mata de pelo pelirrojo y unos enormes ojos verdes. Tienes las mejillas rechonchas y uno de sus deditos se enreda en mi pelo. La abrazo contra mi pecho para ocultar mi emoción. De repente, me siento tremendamente culpable por haberme perdido sus tres primeros meses de vida—. Eres absolutamente adorable. Te voy a consentir durante el resto de mi vida. ¡Te quiero tanto!

—Sigo sin entender por qué te tomaste esas largas vacaciones… —murmura mi madre con tono crítico.

—Mamá —la censura Bruce—. Saoirse necesitaba descansar. Hacía demasiado tiempo que no se tomaba unas vacaciones.

—Se ha perdido los primeros meses de vida de Lizzy —insiste mi madre.

—Va a tener tiempo de sobra para estar con su sobrina. —Meg me guiña un ojo. En ese sentido, Meg y Bruce siempre me apoyan. Supongo que mis innumerables desengaños amorosos les producen mucha pena, lo que los obliga a cuidar de mí—. Además, solo la ha tenido cinco minutos en brazos y ya se nota que han congeniado.

—Uy, alguien se ha hecho caca. —Arrugo la nariz. Lizzy se parte de risa. Me voy a llevar muy bien con esta mequetrefe.

Meg me la quita de encima, pese a mis protestas, y se la entrega a Bruce para que la cambie. Estoy a punto de decirle que soy perfectamente capaz de hacerlo, pero entonces mi cuñada me agarra del brazo y me arrastra a la cocina con la excusa de servir un refrigerio.

—¿Qué tal lo has pasado? —Me da un abrazo antes de que pueda responder—. Olvida las críticas de tu madre. Bruce y yo sabemos que tomaste la mejor decisión. Vienes con muy buena cara.

Me llevo las manos a las mejillas de forma involuntaria y sonrío.

—La verdad es que me ha servido para desconectar. Quiero pensar que soy una mujer nueva. ¿Te puedes creer que me he tropezado en el avión de vuelta con un tío buenísimo que me ha invitado a un Martini?

—¿Y qué le has dicho?

—Que podía pagarme mis propias copas —respondo con la cabeza alta—. Paso de los tíos. Lo digo en serio. Ir sola de vacaciones me ha abierto los ojos. No hay nada mejor que encontrarse a una misma y saber disfrutar en soledad…

—Me alegro por ti, pero tampoco te cierres a nuevas…

—¿De qué hablan mis dos chicas favoritas? —interviene mi hermano, que aparece en ese momento con Lizzy. La bebé rompe a llorar y Bruce pone cara de angustia—. Creo que no le caigo bien.

—¡No digas tonterías! —Meg se la quita de encima y Lizzy deja de llorar automáticamente —. Estás obsesionado con que le pase algo malo y le transmites tu miedo. Por eso llora.

—Hablas igual que Max.

—Por algo será.

—Por cierto, hoy se ha ofrecido a cuidar de Lizzy para que podamos ir al cine a ver esa película que tantas ganas tienes de ver.

—¡No! —exclamo con tanta vehemencia que ambos me miran. A ver, no tengo nada en contra de Max. Es el mejor amigo de mi hermano y un chico diez. Pero acabo de llegar y quiero pasar todo el tiempo posible con mi sobrina—. Dejad que yo sea vuestra niñera, por fa.

—Me sabe mal llamar a Max a última hora —dice mi hermano—. Siempre que necesitamos que alguien cuide de Lizzy, él es el primero en ofrecerse.

Hago un puchero. Meg me mira y se ablanda.

—Seguro que por una noche no le importa —decide en mi favor—. Además, ahora que Saoirse está aquí, vamos a tener dos niñeros. Tendrán que ponerse de acuerdo.

—¡Sí, sí! —exclamo eufórica—. ¡Noche de chicas!

Cojo en brazos a la pequeña Lizzy y me pongo a hacerle carantoñas. Para tener tres meses, es muy espabilada y risueña. La niña se parte de risa con mis caras de payasa. A mi hermano mayor se le cae la baba y me da un beso en la frente. Sonrío de oreja a oreja. A pesar de haber vivido unas vacaciones de ensueño, echaba de menos la calidez de mi familia.

Por fin vuelvo a estar en casa.

6. Dos niñeros a falta de uno

Max

Salgo temprano para ir a casa de Bruce y Meg. Desde que nació la pequeña Lizzy, mis amigos apenas han tenido tiempo de calidad en pareja. Así que me he ofrecido de vez en cuando para cuidar de la pequeña. Me llena de orgullo que confíen plenamente en mí. Los críos se me dan de maravilla y Lizzy es una bebé alegre, que no extraña a sus padres y siempre se duerme en mis brazos. Ojalá algún día encuentre a una mujer con la que pueda tener una hija. O un hijo. O varios. No me importa cuántos. Todos los que ella quiera me parecerán bien.

Al aparcar delante de la casa de mis amigos, reconozco el Mini rojo cereza de Saoirse. Mi estómago se contrae por la sorpresa. No sabía que estuviera aquí. Bruce me comentó que llegaba hoy de sus inesperadas vacaciones, y digo inesperadas porque Saoirse es una adicta al trabajo. Ahora, una parte de mí se muere de ganas de verla, y la otra prefiere ignorarla porque sabe que esta atracción no es mutua.

Respiro hondo, salgo del coche y llamo al timbre. Una desconcertada Meg me abre la puerta. Me mira avergonzada y se muerde el labio.

—Se suponía que Bruce tenía que avisarte de que…

—He comprado pañales. —Levanto la bolsa con gesto triunfal.

—No es eso…

—¡Max! —me llama Bruce. Meg se aparta de la puerta para que pueda entrar y le lanza una mirada crispada a su marido—. ¡Has venido!

—Eso decía yo… —murmura Meg.

—¿Qué pasa? —pregunto sin entender.

—Lo siento, Max —se disculpa Meg—. A Bruce se le ha olvidado decirte que ya tenemos canguro para esta noche. Saoirse acaba de llegar y quiere pasar tiempo con la niña.

—¡Tengo mil cosas en la cabeza! —se excusa Bruce—. No veo cuál es el problema. Ambos queréis cuidar de Lizzy. Solo tiene tres meses. Podéis compartirla.

—¡Bruce! —Meg le hunde un dedo en el costado—. ¡No es un juguete!

—¿Qué pasa? —En ese momento, la mujer más guapa del mundo asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Lleva unos vaqueros anchos y un jersey celeste. El pelo suelto hasta la cintura y sus risueños ojos verdes. Se me salta el corazón al verla—. Hola, Max.

—Hola —respondo sin aliento.

Me rasco la nuca con disimulo. Solo nos separan un par de metros, pero esta distancia física me duele. No sé si será porque he pasado tres meses sin verla, pero ahora está más guapa que nunca. Ha cogido algo de color y tiene una expresión más relajada.

—A ver si lo adivino… —dice con una sonrisilla—, al zoquete de mi hermano se le ha olvidado avisarte de que hoy soy yo la canguro.

—Sí —respondo con voz grave—. No pasa nada. Me marcho.

Saoirse abre los ojos de par en par.

—¡No! —Acorta la distancia que nos separa y me pone una mano en el brazo—. Podemos pedir pizza y cuidar juntos de Lizzy.

Observo agobiado a la chica que tengo delante. Sé que solo está intentando ser amable. Es su

carácter. Desprende pura bondad. Por eso me gusta tanto. Me preparo para inventarme una excusa que la libre de mi obligada compañía cuando Bruce me da una palmada en la espalda.

—¡Decidido! —Se dirige a la puerta—. Lizzy tiene suerte de contar con vosotros.

—¡Pasadlo bien! —los despide Saoirse.

En cuanto nos quedamos a solas, el ambiente se enrarece. O eso es lo que a mí me parece. Saoirse tiene en brazos a Lizzy y le está haciendo carantoñas. Me derrito al verlas. La niña le coge un mechón de pelo y ella pone cara de dolor, pero se las apaña para soltarse.

—Bueno —me sonríe—, ¿qué tal?

—Bien —respondo con excesiva sequedad. Joder, estoy nervioso. No sé qué me pasa. Intento arreglarlo y fuerzo una sonrisa—. ¿Qué tal tus vacaciones?

—De maravilla. He vuelto super relajada.

—Me alegro —respondo, con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Quieres que pidamos ya la pizza?

—La mía de…

—Pepperoni —digo sin pensar.

Saoirse me observa sorprendida. Uf, soy un bocazas.

—Nos conocemos desde niños. Sé que es tu pizza favorita —le resto importancia.

—Seguro que hay muchas cosas que no sabes de mí. —Me saca la lengua y va al salón con Lizzy en brazos.

Pido las pizzas y me preparo para pasar la noche con una mujer por la que llevo suspirando en secreto demasiados años. Con un poco de suerte, ella seguirá sin darse cuenta de mis sentimientos.

***

—¿Por qué no para de llorar? —se angustia Saoirse—. Lleva más de una hora llorando. T-tal vez d-deberíamos llamar a Bruce y…

Saoirse tartamudea cuando se pone nerviosa. Es algo de lo que se avergüenza. Su hermano y yo solíamos darles palizas —sin que ella lo supiera—, a los críos del colegio que se burlaban de su tartamudez. Ahora está sosteniendo en brazos a Lizzy, que tiene la cara roja, los puños apretados y no deja de patalear.

—Creo que es un cólico de lactante. A veces le pasa.

—¿Un q-qué? —Me mira asustada—. ¿Es grave? ¿Debemos llevarla al hospital?

—Los sufre muy a menudo —le explico con calma—. Déjame que la coja. Voy a probar algo que casi siempre funciona.

Saoirse obedece sin rechistar. Acuno a la niña en mi regazo y le acaricio la espalda para calmarla y que trate de eructar. Mientras tanto, le explico a Saoirse que su sobrina sufre cólicos lactantes desde las primeras semanas de vida.

—Esto suele calmarla —le digo—. De lo contrario, un baño con agua tibia también suele funcionar.

Al cabo de quince minutos en lo que meso a la niña y le acaricio la espalda, sus llantos cesan y se queda dormida en mi pecho. Saoirse, que hasta entonces había permanecido de pie con el rostro tenso, se desploma en el sofá y se tapa la cara con las manos. Dejo a Lizzy en su cuna y me acerco a ella cuando comprendo que está llorando.

—¿Te encuentras… —Le pongo una mano en la espalda—, bien?

—N-nop —tartamudea llorando—. Mi madre tiene razón. Fui una egoísta al marcharme. Me perdí el nacimiento de mi sobrina y sus primeros meses de vida. ¿Y todo porque mi nuevo novio resultó ser gay? ¡Qué les den a los tíos! No puedo creer que haya sido tan idiota…

Ahora entiendo por qué desapareció durante tres meses. Maldito Andrew, no puedo creer que la utilizara como tapadera. Me encantaría darle una paliza, pero ya no tiene ningún sentido porque hace un par de semanas salió del armario. Luego se marchó de Emerald Beach con su novio.

—Eres la persona menos egoísta que conozco —digo con suavidad.

—N-no h-hace falta que me r-regales los oídos —gimotea, tapándose la cara con las manos.

—Es la verdad.

—¡No conocí a mi sobrina!

—Ahora estás aquí, y tienes el resto de tu vida para demostrarle a Lizzy lo mucho que la quieres. Esa niña es muy afortunada de tenerte.

Saoirse se gira hacia mí. Sus ojos verdes son dos pantanos acuosos. Se muerde el labio para contener otro sollozo. No puedo evitarlo. Con suma delicadeza, le aparto el pelo de la cara y ella se estremece. Sé que no ha sido porque le haya gustado, sino porque la he pillado desprevenida.

—¿Necesitas un abrazo?

—S-sip —admite con un hilo de voz.

Sé que no debería disfrutar de este momento. Pero, joder, soy un hombre débil. La estrecho entre mis brazos y siento que encajamos de una forma que ella jamás podrá comprender. Le acaricio el pelo y me tomo la libertad de darle un beso en la frente. Ella respira hondo y se aferra a mi jersey.

—Te he llenado el jersey de lágrimas.

—No pasa nada. Era horroroso. Lo elegí por si Lizzy me vomitaba encima.

El comentario le saca una sonrisa. Entonces recuerdo que ya he visto esa sonrisa en otras ocasiones y decido utilizar toda la artillería para animarla.

—¿Te apetece jugar una partida de Rummikub?

Se le ilumina la expresión.

—Rummikub, ¡me encanta! ¿Cómo sabes qué…?

—Hay un tablero justo ahí. —Señalo la mesa que hay debajo del televisor a modo de excusa. En realidad, hay pocas cosas que no sepa de ella. La conozco desde que éramos unos críos. Sé que su color favorito es el azul cielo, le encantan las cerezas y Taylor Swift, entre otras cosas.

Me toca mover primero. Durante cuarenta minutos, jugamos una partida muy reñida hasta que consigue ganarme. Ha sido una victoria limpia. No soy la clase de tío que se dejaría ganar.

—Ha estado bien —admite de mejor humor—. No les digas a Bruce y Meg que no tenía ni idea de lo que es un cólico de lactante.

—Prometido. —Le guiño un ojo.

Saoirse se relaja en el asiento y se le escapa un bostezo.

—No voy a quedarme dormida —me promete—. Solo voy a descansar un ratito los párpados…

Cinco minutos después, está roncando como un angelito. La tapo con la manta que hay a los pies del sofá y contengo el deseo de darle un beso, pues sé que no tengo derecho. A estas alturas ya me he hecho a la idea de que debo conformarme con su amistad.

7. Despertar encima de una roca

Saoirse

Me desperezo encima de un cuerpo duro con olor a gel de baño. Unos brazos fuertes me envuelven la cintura. Esbozo una sonrisilla, pues estoy la mar de a gusto. Tan calentita, cómoda y protegida. Hasta que me percato de que me he quedado dormida encima del pecho de Max y doy un respingo.

¡Qué vergüenza!

Nos conocemos desde que éramos unos críos. No quiero que piense que la tonta y enamoradiza hermana menor de su mejor amigo se ha colgado de él porque ha sido bueno con ella. Así que me aparto con brusquedad y me encuentro con un par de ojos azules que me observan con calidez.

—Lo siento —me disculpo ruborizada—. Me ha podido el cansancio del viaje. No debería haberte utilizado de almohada.

Me siento en el otro extremo del sofá, como si así pudiera arreglar semejante desaguisado. No quiero que piense que soy una damisela en apuros que va a saltar a sus brazos a la menor oportunidad. Max es el mejor amigo de mi hermano. A diferencia del resto de sus amigos, jamás ha intentado nada conmigo. Los otros colegas de Bruce siempre buscaban sacar tajada de nuestra fortuna y me escogían como la presa fácil a la que engañar. Pero Max es demasiado leal para intentar embaucarme. Se podría decir que con el paso de los años nos hemos convertido en una constante en la vida del otro. Considero que es un tipo respetable en el que se puede confiar. Sé que puedo contar con él. Una vez pinché una rueda y él vino a rescatarme. Esa es la clase de relación que tenemos. No quiero estropearla.

—No pasa nada —le resta importancia—. No me has molestado.

—¡Venga ya! —bromeo abochornada—. Seguro que te he llenado el jersey de babas.

—¿Este jersey tan horroroso? —Se encoge de hombros—. Ya te he dicho que lo escogí por Lizzy. Le encanta vomitarme encima después de que le dé el biberón.

—No sabía que te gustaran tanto los niños —admito impresionada.

En realidad, hay pocos hombres que harían de canguro.

—No sabía que me gustaban tanto los bebés hasta que nació Lizzy —se sincera—. Te juro que la primera vez que me vio me sonrió. Se supone que un bebé recién nacido no puede sonreírte… pero ella estiró la manita y me sonrío, como si acabara de decidir que yo sería alguien importante en su vida. En fin, adoro a esa pequeñaja. Me temo que ahora vas a tener que competir conmigo para hacer de canguro. No pienso ceder mi puesto con tanta facilidad.

—Parece que se te da mejor que a mí —admito riendo—. Pero soy una persona muy tenaz. Dame un par de semanas para que me convierta en su tía favorita.

Max me dedica una mirada burlona. Me gusta que los dos queramos tanto a Lizzy. Es evidente que podemos turnarnos para cuidarla cuando Bruce y Meg necesiten un descanso.

—Podrías tener un bebé —sugiero a bocajarro. En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Me pongo colorada y me miro los pies—. Es decir… que se te da bastante bien cuidar de un bebé. Se nota que serías un buen padre.

—Eso espero.

—¿Y a qué estás esperando?

Max me mira con intensidad.

—A la mujer indicada.

Se me escapa un resoplido de risa. Qué ridiculez. Ha tenido mucho éxito entre el sexo contrario. Todas sus ex hablan maravillas de él. Dicen que es un tipo encantador. Nunca he escuchado a una mujer hablar mal de Max. Y Jane, la secretaría de Bruce, lleva prácticamente toda la vida colgada de él.

—¿Por qué te ríes? —pregunta con el ceño fruncido.

—¡Ni que te faltaran candidatas! —exclamo alucinada—. ¿Con cuántas chicas has salido?

—No lo sé —responde esquivo.

—No es una crítica —lo tranquilizo—. Mi currículum sentimental da vergüenza ajena. Seguro que te supero. Lo que intento decir es… ¿Ninguna de ellas fue la indicada?

—No —responde rotundo.

Su seguridad me deja perpleja.

—¿Ninguno de ellos fue el indicado para ti?

Me tenso sin poder evitarlo.

—Solo me fijo en capullos. Mi último novio resultó ser gay. Desde luego que ninguno de ellos era el indicado.

—Perdona…

Le hago un gesto con la mano para que lo olvide.

—Da igual —respondo más tranquila. Se supone que ya he pasado página. Y ahora, al mirar a Max, con su metro ochenta, su cuerpo atlético, su pelazo rubio y sus bonitos ojos azules, me pregunto por qué el tampoco ha tenido suerte en el amor—. ¿Qué debe tener la chica de tus sueños?

—No me creerías —dice con tono misterioso.

—¿Por qué no? —me río—. Venga, sorpréndeme. Seguro que no eres tan exigente como el bobo de mi hermano, que quiso que su prometida cumpliera siete reglas porque era incapaz de admitir que estaba enamorado de Meg.

—No tengo ninguna regla…

Enarco una ceja. Todos tenemos un prototipo. Eso es así.

—La chica que te guste tendrá que cumplir una serie de requisitos… —insisto extrañada.

Max echa la cabeza hacia atrás y se ríe con desgana.

—Ese es el caso —dice, mirándome más serio—. Ella los cumple todos.

—¿En serio? —pregunto impresionada—. ¿Has encontrado a una chica que cumple todos tus requisitos? ¡Debe de ser alguien alucinante!

Max me lanza una sonrisa tierna.

—Lo es.

—¿La conozco? —No soy una persona muy cotilla, pero me muero de ganas de saber quién es. Tal vez pueda animarlo a que se declare—. ¿Quién es?

Max respira hondo, suelta el aire de golpe y me mira fijamente.

—Esa chica e…

—¡Hooola! —Meg entra de repente en la casa—. ¿Cómo se ha portado mi bebé?

—Recordadme que no vuelva a dejar que Meg elija una película. Ha sido una tortura —se queja Bruce.

Me levanto del sofá al mismo tiempo que Max.

—Se ha portado de maravilla. Es un angelito.

Bruce se acerca a la cuna para observar a la niña. En ese momento, la niña abre los ojos y rompe a llorar con furia. Mi hermano se sobresalta y nos mira agobiado.

—¿Lo veis? ¡Me odia!

Meg le acaricia la espalda antes de coger a Lizzy en brazos.

—Chicos, millones de gracias por cuidarla. —Me da un beso en la mejilla y otro a Max—. Sois los mejores.

Bruce se deja caer en el sofá, se tapa la cara con las manos y refunfuña que no quiere vivir en un mundo donde su hija lo odie. Todos ponemos los ojos en blanco. Max y yo nos despedimos de Meg, que nos sigue a la salida. Una vez que estamos fuera, Max me acompaña a mi coche, una tontería porque está aparcado junto a su deportivo.

—Deberías lanzarte —lo animo.

Max me mira confundido, así que le doy un golpecito en el hombro.

—¡Dile a esa chica lo que sientes! —lo aliento—. Eres un gran partido. Se sentirá muy afortunada. Además, si no se lo dices, nunca sabrás si tus sentimientos son correspondidos.

Max mira al suelo y carraspea incómodo.

—Uhm… me lo pensaré.

—Buenas noches, Max. —Le doy un beso en la mejilla y aspiro ese olor tan agradable a gel de baño—. Gracias por no decirle a Bruce y Meg que no tengo ni idea de los cólicos de lactante.

Me guiña un ojo.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Subo al Mini, arranco y conduzco en dirección a mi casa. Ahora no puedo dejar de preguntarme quién es la misteriosa chica de la que Max está colado hasta las trancas. ¿Será alguien del pueblo? ¿Una compañera de trabajo? ¡Qué interesante!

8. Volvemos a encontrarnos… Ojazos

Jack

Bruce Anderson, mi nuevo socio, me hace un tour por la fábrica de cervezas. Mi imperio hotelero y el suyo han llegado a un acuerdo muy ventajoso. Además, hacía tiempo que no me tomaba unas vacaciones. Primero hice un viaje exprés a Italia para reunirme con nuestro delegado hotelero. Así que después de cerrar este trato, voy a permanecer unos días en Emerald Beach. Este pueblecito irlandés tiene su encanto: playas rocosas, acantilados verdes y un pequeño hotel con todas las comodidades que me gustan. Solo necesito un poco de compañía femenina para estar en mi salsa.

—Parece que mi hermana por fin ha llegado —me dice. Paramos delante del despacho de la directora de recursos humanos—. Me gustaría presentártela antes de la reunión.

—Por supuesto.

Bruce llama a la puerta y una voz femenina le indica que pase. Toda mi sangre se va al mismo sitio. Tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener la compostura. La reconozco en cuando entramos en el despacho. Viste un traje color crema de dos piezas. Lleva la cascada de pelo negro recogida en un apretado moño en la coronilla, y los ojos verdes maquillados con un poco de rímel. El animal que hay dentro de mí sueña con ir hasta su escritorio, deshacerle el moño y estampar mi boca contra la suya.

Llevo tres putos días sin poder quitármela de la cabeza.

Y aquí está.

La hermanita de mi socio.

Ojazos, te he encontrado.

9. El Sr Matini ataca de nuevo

Saoirse

—Un segundo —le pido a Bruce, pues estoy terminando un informe que me corre bastante prisa.

Mi hermano suspira exasperado. Ya sé que él se encarga de la parte directiva, pero el departamento de Recursos Humanos es muy importante si queremos tener una compañía en la que los empleados no se saquen los ojos. Pensé que no pasaría nada por irme tres meses de vacaciones, pero al volver he encontrado el departamento patas arriba. Parece que no han trabajado en mi ausencia.

—¡Listo! —Envío el informe por email al departamento correspondiente y levanto la cabeza para mirar a mi hermano—. ¿Qué es eso tan…?

—Te presento a Jack Preston —dice, y entonces me percato del hombre trajeado y apuesto que hay a su lado—. Nuestro socio.

—Ah… —La aparición me ha pillado desprevenida. Odio las sorpresas. Además, jamás olvidaría una cara como la suya. Su sonrisa lobuna y su mirada penetrante me informan de que él tampoco me ha olvidado. Mierda, me sudan las manos. No esperaba que el nuevo socio fuera el idiota del Martini. Soy una gran profesional, así que hago de tripas corazón, me pongo de pie mientras me seco con disimulo la mano en los pantalones y rodeo el escritorio para saludarlo—. Saoirse Anderson, directora de recursos humanos.

—Encantado de conocerla, Saoirse —dice con una marcado acento americano.

Tiene una mano enorme y cálida. Cuando aprieta la mía, contengo el impulso de retirarla porque me envuelve un cosquilleo eléctrico.

Su voz me pone la piel de gallina. Sigue siendo asquerosamente atractivo. Cómo no. Es *esa* clase de hombre. Rechacé una copa —algo de lo que no me arrepiento—, y ahora el karma me lo paga de esta manera. Sé que debo ser educada y amable con nuestro nuevo socio. Yo estaba de viaje cuando se trazó el negocio. El Señor Preston es heredero de un imperio hotelero de lujo. Su imperio va a colaborar con nuestra fábrica para crear una exclusiva carta de cervezas que solo se sirva en sus hoteles. Ese negocio va a reportar grandes beneficios a todos.

—Lo siento. —Bruce se disculpa cuando le suena el móvil y lee el nombre de la pantalla—. Es la niñera. Esta mañana Lizzy se despertó con unas décimas de fiebre.

—La familia es lo primero —lo tranquiliza Jack.

—¿Te importa llevar a Jack a la sala de juntas? —me pide Bruce—. Me reuniré allí con vosotros dentro de diez minutos.

—Claro —respondo con una sonrisa forzada.

En cuanto mi hermano nos deja solos, la tensión se puede cortar con un cuchillo. Al menos por mi parte. Yo estoy visiblemente incómoda. Él, por el contrario, parece la clase de hombre que siempre mantiene el control y está disfrutando de la situación.

—Hola, Ojazos —dice con tono ronco. El apelativo provoca que me sobresalte—. Volvemos a vernos.

—Me llamo Saoirse —le espeto—. Seer-sha —le deletreo, pues los americanos siempre pronuncian mal mi nombre—. O Señorita Anderson, como prefieras.

Mi respuesta parece hacerle gracia, pues ensancha una sonrisa. Sus ojos oscuros brillan con una emoción que no sé descifrar.

—Me gusta más Ojazos —dice sin despeinarse—. Porque no he podido dejar de pensar en ti desde la última vez que nos vimos.

Se ha inclinado para susurrarme esa última frase al oído. Me quedo momentáneamente paralizada y un intenso calor me sube por las piernas. Luego recuerdo a todos los capullos con los que he salido, me recompongo y voy hacia la puerta. La abro de par en par y digo sin mirarlo:

—Si yo soy Ojazos, entonces tú eres el chico Martini —suelto irritada—. Así que más te vale tratarme con el respeto que requiere esta reunión profesional. De lo contrario, todos van a pensar que eres uno de esos americanos arrogantes que creen que todo se compra con dinero. Y ese tipo de hombres caen fatal por estos lares.

No espero a ver su reacción. Camino con la espalda erguida en dirección a la sala de juntas. Sé que me está siguiendo. No me cabe la menor duda de que ha captado el mensaje. Conmigo ya no se juega.

10. Me encantan las mujeres de ojos verdes con carácter

Jack

Sigo a Ojazos de camino a la sala de juntas. No puedo evitar mirarle el culo, aunque tampoco lo disimulo. Una cosa es que me haya pedido que sea profesional y otra muy distinta que no tenga ojos en la cara. Y, las cosas como son, la señorita Ojazos es una belleza de quitar el hipo. Estatura por encima de la media, curvas bien proporcionadas y un pelo de un negro intenso apretado en un moño que me muero de ganas de deshacer.

—¿Me estás escuchando? —Frena sin previo aviso y estoy a punto de tropezarme con ella. Se vuelve para lanzarme una de esas miradas censuradoras que tanto me ponen—. ¿Has oído una palabra de lo que te he dicho?

Sé lo que estás pensando: soy el típico capullo que no presta atención a las mujeres cuando estas tienen algo importante que decir.

Te diré algo sobre mí: soy el menor de tres hermanas. Mi padre murió cuando era un crío y me he criado en un matriarcado. Respeto enormemente a las mujeres. El único problema es que quiero follarme a la que tengo delante y sé que se me nota en la cara.

—La sala de juntas —digo para salir del paso. Señalo la puerta que hay cerrada delante de nosotros—. Gracias por el tour. Ha sido muy… instructivo.

—Es el almacén —responde cabreada.

Genial, estoy quedando como un imbécil. Por norma general, solo tengo que soltar un par de frases hechas para llevarme a la cama a la mujer que quiero. Soy generoso en el sexo y nunca hago promesas que no estoy dispuesto a cumplir. En definitiva, disfruto al máximo de mi soltería. Así que no entiendo por qué me comporto como un cromañón delante de esta belleza.

—Disculpa, estaba pensando en… —Ella se cruza de brazos y enarca una ceja mientras yo busco una excusa convincente—. Los diferentes tipos de cervezas que vamos a incluir en la carta.

—Eso tendrás que comentarlo con los responsables del departamento —contesta con frialdad —. ¿Seguimos?

—Por supuesto. —Me enderezo—. Vuestra instalaciones son muy…

Cruza la esquina y lo que estaba a punto de decir queda suspendido en el aire. No entiendo qué demonios le pasa a esta chica. El único error que cometí fue invitarla a un Martini.

—Hemos llegado —dice con sequedad.

Le pongo una mano en el centro de la espalda para que pase primero. Ella se aparta con brusquedad y me dedica una mirada asesina.

—¿Qué haces? —me recrimina.

—Solo pretendía…

Resopla para apartar un mechón que ha escapado de su moño, y entra dedicándome una mirada cargada de desagrado. La sigo como un perrito que acaba de ser amonestado por su dueño.

—Te aseguro que no pretendía…

—Conozco a los tíos como tú —me suelta, asegurándose de que la sala está vacía—. Eres arrogante, estás acostumbrado a salirte con la tuya y vas por la vida como si la gente tuviera que

apartarse a tu paso.

—En realidad, te he puesto la mano en la espalda para que entraras primero…

—¡De eso se trata! —exclama exasperada—. Primero me invitas a una copa y luego me tratas con condescendencia. Por no hablar de que me estabas mirando el culo mientras yo te daba una charla sobre nuestra compañía. Todos los tíos sois iguales —dice con desgrado.

Al principio no logro reaccionar. No estoy acostumbrado a que ninguna persona —hombre o mujer—, me hable de ese modo. Además, en lo de mirarle el culo tiene razón. Pero todo ese rollito de la condescendencia… ¡venga ya!

—¿Eres igual de antipática con todo el mundo o conmigo has hecho una excepción?

—¿Invitas a todas las desconocidas a una copa? —contrataca.

—Solo a las guapas con las que quiero acostarme.

Mi respuesta la deja con dos palmos de narices. Su rostro se tiñe de rojo y abre los ojos de par en par. Murmulla algo que no llego a entender, da un paso atrás y se agarra al filo de la mesa, como si necesitara ese apoyo para mantenerse en pie.

—Eres…

—¡Señor Preston! —exclama una mujer bajita y pelirroja. Es la responsable de marketing y la esposa de Bruce—. Qué alegría volver a verle.

Me alegro de estrechar la mano de una mujer que no quiere estrangularme ni me mira como si fuera lo peor. La sala de juntas se va llenando y todos hacen las presentaciones oportunas. Ojazos está sentada en el otro extremo y permanece inusualmente callada. Tiene los labios apretados y la expresión entre perpleja e indignada. En una ocasión, nuestras miradas se cruzan y me atrevo a sonreírle, lo que consigue enfurecerla más.

—Pues ya estaría todo —dice Bruce con aprobación—. Estoy convencido de que va a ser un negocio muy ventajoso para todos.

Se me van los ojos a Saoirse, que finge estar muy interesada en la pata de la mesa. Sonrío de oreja a oreja y digo:

—Desde luego.

—¿Cuándo coges el avión? —se interesa Meg.

—Dentro de diez días —Mi respuesta consigue captar la atención de Ojazos, que me mira enfurruñada—. Voy a hacer algo de turismo por Emerald Beach. Necesitaba unas vacaciones y me ha parecido un lugar maravilloso para relajarme.

Pronuncio la palabra «relajarme» mientras intento hacer contacto visual con Ojazos, que mantiene la cabeza gacha y se muerde el labio. Parece más disgustada que interesada en la posibilidad de relajarse conmigo. Tiempo al tiempo. Me quedan diez días de margen y me encantan los retos. ¿Por qué no?

11. ¿Te acuerdas de aquella chica…?

Max

Conozco a Saoirse desde hace tantos años que sé cuándo está contenta, nerviosa o enfadada. Y, después de la reunión con Jack Preston, descubro a una Saoirse muy cabreada. Tiene las mejillas sonrojadas y la boca apretada, como si estuviera conteniéndose para no decir una palabrota.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto en voz baja cuando acaba la reunión.

Me percato de que Jack no nos quita la vista de encima. Soy un hombre observador por naturaleza y lo he pillado lanzándole miraditas furtivas a Saoirse durante toda la reunión. Un comportamiento tan poco apropiado como profesional. Saoirse es la dueña de la mitad de la empresa, aunque prefiera encargarse del departamento de recursos humanos. Lo mínimo que debería hacer ese tipo es respetarla. Además, ¿por qué la mira como si quisiera…?

—No —admite agobiada—. Creo que me ha dado una bajada de tensión. ¿Te importa acompañarme a la terraza? No le digas nada a Bruce y a Meg. No quiero p-preocuparlos.

—Tranquila. —La cojo de la mano con delicadeza y la ayudo a llegar a la terraza mientras los demás están bromeando con Jack. Saoirse se agarra a la barandilla e inspira hondo—. Ahí dentro hacía demasiado calor. Mucho mejor.

—¿Segura? —pregunto preocupado—. ¿Quieres que te traiga algo de beber? ¿Agua con hielo?

—¿Cómo sabes qué…? —Se vuelve hacia mí y me mira extrañada—. Me encanta el agua con hielo. No importa lo fría que esté.

—Nos conocemos desde que…

—Sí, ya lo sé. —Se ríe—. Son muchos años. Pero yo ni siquiera sé cómo te gusta el café.

—Largo de café, corto de leche y con dos terrones de azúcar.

—Es bueno saberlo.

—Ahora vuelvo con el agua. —Le doy un apretón cariñoso en el brazo—. No te muevas de aquí.

Regreso a la sala de juntas, donde todos se han ido a excepción de Jack. Me molesta que el tipo ande por aquí como si la empresa fuera suya. Es uno de esos hombres pagados de sí mismos que caminan como si el espacio les perteneciera. Sirvo un vaso de agua y luego cojo un par de cubitos de hielo de la cubitera ante su atenta mirada, lo que me enerva.

—La salida está por ahí —le indico por si se ha perdido.

—Sé dónde está la salida —responde, con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Se encuentra bien la señorita Anderson?

—Perfectamente.

Jack no me cree y echa un vistazo en dirección a la terraza. Luego vuelve a mirarme y frunce el ceño.

—¿El agua es para ella? —intuye.

—Puedo ocuparme yo —le aclaro—. Somos amigos desde que éramos unos niños.

—Y nada más porque ella no quiere —comprende de golpe.

Ser tan transparente para este idiota al que acabo de conocer es un golpe que va directo a mi

orgullo. Le doy la espalda y regreso a la terraza con la intención de olvidarme de ese cretino. Saoirse me sonríe cuando le entrego el vaso de agua. Tiene una sonrisa de otro planeta, lo juro. Sus ojos verdes resplandecen y le nacen un par de hoyuelos en las mejillas.

—G-gracias —tartamudea, por lo que sé que está nerviosa.

—¿Mejor? —Le froto la espalda.

—S-sí.

—A mí no hace falta que me mientas.

—Háblame de esa chica tan especial —dice con arrojo, y sé que lo hace para cambiar de tema.

Apoyo la espalda en la barandilla para poder mirarla a los ojos. Debería armarme de valor y confesarle mis sentimientos. Sé que no me ve de la misma forma, pero al menos me quitaría un gran peso de encima.

—Es una chica alucinante.

—¿Por qué?

—Es… —Pienso en todas las cosas que me gustan de ella. Me cuesta quedarme solo con unas pocas—. Tiene un gran corazón. Es la clase de persona que se ríe por compromiso cuando alguien cuenta un chiste sin gracia para que la otra persona no se sienta mal. Es absolutamente preciosa, aunque eso no es lo más importante.

—Vaya —dice impresionada—. Estás colado hasta las trancas.

—No sabes cuánto —respondo con un deje de amargura.

—Deberías…

—Lamento la interrupción. —Jack Preston aparece en la terraza y la hace completamente suya. En serio, soy un tipo con una estatura por encima de la media, pero él es un puto gigante con traje. Me ignora y mira intensamente a Saoirse, que parece algo incómoda—. Señorita Anderson, ¿se encuentra mejor?

—S-sí, g-gracias —tartamudea ofuscada.

—¿Puedo hablar a solas con usted?

Saoirse lo mira con una mezcla de recelo e irritación. Me quedo a su lado para que sepa que solo tiene que pedírmelo para sacar a Jack de la terraza. Sin embargo, me pilla desprevenido cuando asiente con seriedad.

—¿Estás segura? —le pregunto en voz baja. No sé qué hay entre ellos, pero tengo la impresión de que ella no se siente cómoda—. Si quieres, puedo…

—Va todo bien, Max. —Me tranquiliza, tocándome el brazo—. Muchas gracias por el agua.

Salgo de la terraza de mala gana con una poderosa sensación de derrotismo, como si Jack Preston hubiera ganado una batalla que ni siquiera era consciente de estar librando.

12. Un demonio muy sexy

Saoirse

Que quede muy clara una cosa: solo le he dicho a Jack que podía hablar conmigo porque no quiero que piense que ha ganado. Su desfachatez me ha dejado con dos palmos de narices. De acuerdo, me ha intimidado. Pero eso no significa que él deba saberlo. Tengo que ponerlo en su sitio.

—¿Q-qué quieres? —pregunto ofuscada.

Maldita sea, ahora estoy tartamudeando delante de un tipo que ha admitido que quiso invitarme a una copa para acostarse conmigo. Así no voy a ponerlo en su sitio. Seguro que se burla de mí.

—T-tartamudeo cuando me enfado —le aclaro acalorada.

Jack ni siquiera se inmuta, lo cual supone un verdadero alivio. Estoy acostumbrada a que los hombres me miren exasperados o con lástima cuando comienzo a tartamudear.

—Le pido disculpas si antes la he incomodado con mis palabras —dice, y parece sincero.

—N-no q-quiero que me pida disculpas, ¡exijo que retire lo que ha dicho! —exclamo indignada.

Jack se cruza de brazos, se apoya en la barandilla y me observa como si yo fuera una niña díscola. Menea la cabeza y esboza una media sonrisa de lo más atractiva.

—Me temo que no puedo.

—¡C-cómo se atreve!

—Mi madre me ha educado para que siempre diga la verdad —responde con calma—. Permíteme que te tutee. Te invité a esa copa porque eres una mujer preciosa y ardo en deseos de acostarme contigo.

Abro los ojos de par en par. Jack permanece impasible. Se me dilatan las aletas de la nariz y me sudan las manos. El corazón va a salírseme del pecho. Mientras tanto, él se limita a mirarme como si acabara de pedirme la hora.

—¡N-no puedes hablarme así!

—¿Te hago sentir incómoda? —pregunta con calma.

—¡Por supuesto que sí!

Jack levanta los brazos en son de paz.

—No tienes nada que temer de mí. Jamás te pondré una mano encima mientras tú no quieras. Pero, si me lo pidieses, dejaría que fueras la dueña de mi mundo durante toda la maldita noche.

—Estás… —digo jadeando—, loco.

—Por ti —admite con una sonrisa lobuna—. Desde que te vi en aquel avión, no he podido sacarte de mi cabeza.

—¡No va a pasar! —le aclaro histérica—. No voy a acostarme contigo.

Jack me mira como si estuviera sopesando esa posibilidad. Entonces asiente, coge un cigarrillo de su bolsillo y lo enciende. Le da una calada y mantiene la vista clavada en el horizonte repleto de montañas.

—Voy a estar diez días por aquí —dice muy tranquilo—. Si cambias de opinión…

—No —digo con fiereza.

—Estoy convencido de que ambos lo disfrutaríamos. —Apaga el cigarro en la papelera más cercana y me mira como nadie lo había hecho antes—. Sé que yo lo disfrutaría, y sé que conseguiría que tú también lo hicieras. Probablemente me echarías de menos cuando regresara a Estados Unidos.

—¡E-eres un cretino!

Salgo de la terraza temblando, dispuesta a alejarme de ese hombre egocéntrico y absolutamente seguro de sí mismo. ¿Qué formas son esas de hablarle a una mujer? Los tipos con los que me he tropezado primero me invitaban a una cita y luego me mentían para acostarse conmigo. Ninguno de ellos me miró a los ojos y dijo que quisiera… follarme.

Ay, Dios.

¡Jack Preston está loco!

¿Y va a estar en el pueblo durante diez días?

Mi corazón se desboca de solo pensar en la posibilidad de volver a cruzarme con él. De todos los capullos sobre la faz de la tierra, en absoluto estoy preparada para uno tan arrogante como Jack Preston.

13. Tómate una copa conmigo

Saoirse

Siempre soy de las últimas en salir de la oficina después de terminar la jornada laboral. A Max le pasa lo mismo. Trabaja en el departamento de contabilidad y, aunque los número no son lo mío, tengo entendido que es un cerebrito.

—Ey —me saluda con su característica sonrisa—. ¿Ya te vas?

—De lo contrario acabarán poniéndole nuestros nombres a este edificio —bromeo.

Max se ríe. Tiene ese tipo de risa agradable y sincera que hace que confíes en él de inmediato. Emerald Beach es un pueblo pequeño y jamás he escuchado a nadie hablar mal de él. Es un verdadero encanto. Durante un tiempo fue voluntario en la biblioteca del pueblo un par de tardes a la semana porque iban a cerrarla por falta de personal. Es el mejor amigo de mi hermano, el único que jamás se le ha acercado para sacar tajada de su dinero. Ahora que Bruce se ha casado con Meg, no me cabe duda de que se ha convertido en el soltero más cotizado del pueblo. Es normal, con sus rizos rubios desordenados y sus ojos azules. Parece un querubín entrado en la treintena, con sus jerséis de lana y sus zapatillas Converse. Jamás lo he visto ponerse una corbata y una camisa a no ser que se vea obligado a asistir a una reunión. Max es la clase de tipo que miras a la cara y sabes que puedes fiarte de él.

—Te invito a una copa —dice de repente.

La sorpresa me obligaba abrir mucho los ojos. Max nunca me había invitado a tomar algo. En realidad, casi nunca nos quedamos a solas. Siempre hemos estado acompañados de Bruce, Meg, mis padres o algún amigo. Es cierto que anoche lo pasé genial con él haciendo de canguro de Lizzy, pero se me da fatal ser extrovertida y me da palo aburrirlo con mi falta de conversación.

—Otro día —sugiere al ver mi cara de espanto.

Me doy cuenta de su decepción y me arrepiento de inmediato. Tengo que aprender a deshacerme de la sensación de que soy una persona aburrida con la que nadie quiere relacionarse. Meg es mi única amiga. Cuando se marchó para estudiar fuera lo pasé fatal, pues no encajaba en el círculo social de mi familia. Bruce intentó presentarme a sus amigos, pero todos se burlaban de mi tartamudez. Max fue el único que jamás se rio. Incluso en alguna ocasión sacó la cara por mí.

—Vamos al bar de Wendy —digo más animada.

Max me mira sorprendido por mi cambio de opinión. El pueblo es muy pequeño y el bar de Wendy es el único sitio en el que podemos tomar una copa. A esta hora de la tarde está abarrotado de gente, por lo que escogemos una mesa tranquila.

—¿Qué tal el viaje? —se interesa.

—Tomé una buena decisión al marcharme. —Omito hablar de Andrew. No tengo ganas de centrarme en mi último fracaso amoroso—. Leí un montón de novela negra, tomé el sol e hice buceo.

Le enseño el brazo para que compruebe lo morena que estoy. Max ladea la cabeza y aprieta los labios.

—¿Qué? —protesto—. ¡He cogido algo de color!

—Eres muy blanca —dice, intentando no reírse—. Tienes una piel muy bonita.

¿Eso ha sido un cumplido? Max se pone colorado y le doy un trago a mi refresco. Lo habrá dicho sin pensar. No quiero darle mayor importancia.

—¿Y tú qué has hecho durante los últimos tres meses? —me intereso.

—Trabajar.

—¿No has intentado acercarte a esa chica tan alucinante?

—Está fuera de mi alcance.

Estoy a punto de decirle que no me lo trago. Seguro que si le abre su corazón tiene una posibilidad con ella. Sin embargo, unas risas al fondo de la sala me distraen. Sobre todo por quien es el causante de ellas. En el centro del pub está Jack Preston, rodeado de algunos empleados de la compañía. La mayoría son mujeres que le tocan el brazo y se ríen como si hubiera contado un chiste divertidísimo. Me pongo de malhumor.

Qué capullo.

No lleva ni veinticuatro horas aquí y ya se está haciendo amigo de todo el mundo.

Uf, cretino arrogante.

—¡Max, Saoirse! —exclama Jane, la secretaria de mi hermano. Deja apoyada la mano en el hombro de Max y lo mira con intensidad—. ¿Os unís a nosotros?

Supongo que se refiere al grupito encabezado por Jack. Intento no poner cara de asco. En realidad no está haciendo nada malo. Simplemente, la gente extrovertida me cae mal porque delante de ellos me convierto en la chica que tartamudea y se pone colorada.

—Saoirse y yo estamos… —se excusa Max.

Me doy cuenta de dos cosas al observar a Jane: pone cara de pena ante la negativa de Max y le aprieta el hombro esperanzada, intentando llamar su atención. *Oh, vaya*. Entonces lo entiendo de golpe. ¡Jane es la chica alucinante! Tiene muchísimo sentido. La verdad es que harían una pareja preciosa. Si debo tragarme el rechazo que siento por Jack para darles un empujoncito…

—¿Por qué no? —Me levanto ante la mirada incrédula de Max—. Unámonos al resto.

—¡Genial! —Jane se cuelga del brazo de Max—. Jack es un hombre encantador. Nos estaba hablando de…

—¿Te has cortado el pelo? —la interrumpo, sin ganas de hablar de Jack—. Te queda genial, Jane. Estás guapísima. ¿A qué sí, Max?

—Te queda muy bien —responde él con educación.

Intento no poner los ojos en blanco. No sabía que Max fuera tan paradito.

—¡Mirad a quienes he traído! —exclama Jane satisfecha.

Agarra a Max y lo obliga a sentarse a su lado, por lo que me veo obligada a escoger el asiento que hay junto a Jack. Es un sillón de dos plazas demasiado pequeño para ambos. En cuanto me siento con la espalda erguida, intentando no rozarlo, sé que he cometido un grave error. Porque Jack Preston es enorme y es imposible que no nos toquemos.

Doy un respingo cuando su rodilla roza mi muslo y lo atravieso con la mirada, pero me doy cuenta de que ha sido sin querer porque sigue hablando como si tal cosa con Brandon.

—¿Otra ronda? —pregunta Jane.

No le presto atención porque estoy concentrada en permanecer lo más lejos posible de Jack. Aprieto los muslos y tenso la espalda.

—¿Te apetece otra cerveza? —me pregunta Jack cuando aparece el camarero.

Su mirada intensa y penetrante se clava en mí. Me ha pillado con la guardia baja. Las palabras se atascan en mi garganta.

—S-sí —logro tartamudear.

Algunos de mis compañeros de trabajo se ríen por lo bajo. Da igual que sea su jefa. Ese es el poco respeto que me tienen. Agacho la cabeza y me pongo colorada como un tomate. Jack se da cuenta de lo que pasa y cambia de tema con rapidez, pero el daño ya está hecho. En el otro extremo, Max me mira preocupado y mi bochorno se hace cada vez más evidente.

14. Qué les den

Jack

Me irrita la gente cruel que se burla de los defectos de los demás. Saoirse se levanta con los ojos brillantes con la excusa de ir al baño. Espero un tiempo prudencial antes de seguirla. Me quedo de brazos cruzados delante del baño.

Malditos imbéciles.

Me parece increíble que no sean capaces de respetar a su jefa. Los únicos que no se han reído han sido ese chico que parece estar colado por ella y la secretaria de Bruce, que a su vez suspira por ese tipo.

Saoirse sale del baño con los ojos rojos. Al verme, se sobresalta y retrocede. Ni siquiera me lo pienso cuando la empujo dentro del baño, cierro la puerta y echo el pestillo. Ella abre los ojos de par en par. La mirada que me dedica es entre incrédula y horrorizada.

—Tranquila. —Levanto los brazos para que sepa que soy inofensivo—. Todavía no puedes salir. Se nota que has estado llorando. Si quieres que esos cabrones te respeten, será mejor que no dejes que vean cómo te afectan sus bromas.

—Y-yo no… —Contiene un hipido y clava la mirada en la pared de azulejos. Arruga la nariz —. ¿P-por qué n-no te has reído como los d-demás?

—Porque no soy un gilipollas.

Saoirse me mira como si no estuviera del todo convencida. No la culpo. Le he mostrado mi parte más arrogante. Es lógico que no se fíe de mí.

—Sarah, mi hermana, también tartamudea cuando se pone nerviosa —le explico—. La pobre lo pasa fatal. En su graduación fue la elegida para dar el discurso. Todo iba bien hasta que unos idiotas de su clase empezaron a burlarse de ella. No pudo acabar el discurso porque empezó a tartamudear.

—La g-gente es…

—Solo quería que supieras que entiendo cómo te sientes. —Me atrevo a acortar la distancia que nos separa y le toco el brazo. No es un roce sexual. Simplemente pretendo mostrarle algo de apoyo. Para mi sorpresa, esta vez no se aparta—. He tenido esta conversación cientos de veces con mi hermana. Es una mujer inteligente y muy preparada, al igual que tú. Cuando se deja intimidar por un puñado de idiotas que deberían admirarla, me pongo de mala hostia. No te olvides de lo mucho que vales solo porque algunas personas utilizan un rasgo de tu carácter para hacerte de menos. El problema lo tienen ellos, no tú.

—V-vale —responde indecisa. Esta vez, me mira con mayor curiosidad—. ¿Qué les pasó a los compañeros de tu hermana que se burlaron de ella?

—Les di una paliza.

Saoirse abre mucho los ojos. No me apetecía mentirle. Después de la graduación de Sarah, los busqué y me desquité con ellos hasta que apareció la policía. Pasé veinticuatro horas en un calabozo mugriento. Mereció la pena. No me arrepiento.

—N-no vayas a pegarles a m-mis empleados —me lee la mente.

Sacudo la cabeza muy despacio. Por primera vez desde que la conozco, el gesto la hace reír.

—Tengo muchísimas ganas, pero me controlaré —le prometo.

Voy al lavabo y cojo papel. Luego se lo tiendo ante su mirada confusa.

—Para que te limpies las manchas de rímel —digo con amabilidad.

—Ah. —Vuelve a ponerse colorada—. Cuando has entrado conmigo en el baño…

—No soy tan cretino. —Me encojo de hombros—. Será mejor que te deje sola.

—Gracias —dice, esta vez sin tartamudear.

Cuando salgo del baño me doy de bruces con su amigo. Creo que se llama Max. Me mira mal y le devuelvo la mirada. Yo no tengo la culpa de que esté enamorado de ella. Si yo sintiera lo mismo por Ojazos, no habría perdido el tiempo. Ni siquiera he necesitado veinticuatro horas para decirle que quería acostarme con ella. Cuando quiero algo voy a por todas.

—¿Qué eres? ¿Mi sombra?

—¿Tienes por costumbre entrar en el baño de las mujeres? —contrataca.

—Depende de si a ellas les importa —le suelto para tocarle la moral.

El tipo aprieta los dientes. Sé que me odia. Lo entiendo. Yo también sentiría lo mismo si alguien planease acostarse con la mujer por la que estoy loco.

—Ya hay que ser rastrero para abordar a una mujer en un momento de debilidad —me reprocha—. Te juro que si le haces daño…

La puerta se abre y los dos nos alejamos como si no nos hubiera pillado discutiendo. Saoirse nos mira confundida.

—¿Va todo bien?

—Sí. —El tipo fuerza una sonrisa—. Solo quería avisarte de que me iba.

—Yo también.

Me toca la moral que se vayan juntos, pero sé que no puedo hacer nada por evitarlo, así que me aparto para que puedan marcharse.

—Adiós, Jack —se despide de mí con el amago de una sonrisa—. Ha sido una charla interesante.

Le devuelvo la sonrisa. Luego le miro el culo cuando se da la vuelta. Joder, qué buena está. Todas las ganas de fiesta que tenía se van con ellas. Iré al hotel en el que me alojo y me daré una ducha de agua fría. Qué remedio.

15. Ten cuidado con ese capullo

Max

Acompaño a Saoirse hasta su coche. Me cabrea que el maldito Jack Preston se haya aprovechado de su momento de vulnerabilidad para entrar con ella al baño. Ese tipejo no tiene vergüenza. ¿Qué habrá pasado ahí dentro? ¿La habrá tocado? Desde luego, cuando se ha despedido de él no parecía en absoluto enfadada. Joder, ya sé que no es asunto mío, pero…

—No les eches cuenta —le recomiendo por lo sucedido hace un rato en el pub—. Llevaban un par de copas de más.

—Ya estoy más que acostumbrada. —Se encoge de hombros, pero la conozco y sé que le duele—. Entre lo de Andrew y mi tartamudez, soy el hazmerreír de la oficina.

—Eres la jefa del departamento de recursos humanos y la dueña de la mitad de la empresa. Te tienen que respetar les guste o no.

Saoirse esboza una media sonrisa.

—Por un segundo te has parecido a Jack.

Recibo el comentario como una patada en el estómago. Lo último que quiero es tener algo que ver con semejante capullo.

—¿Por qué ha entrado contigo en el baño? ¿Te ha hecho sentir incómoda? —Aprieto los puños—. Porque, de ser así…

—¡No! —exclama horrorizada—. Solo se ha preocupado por mí. Eso es todo.

—Ya, aprovechándose de un momento en el que te sentías vulnerable y encerrándose contigo en el baño femenino. Todo un caballero.

—Max —Se pone seria—. Sé lidiar con los tipos como Jack. Una cosa es que tartamudee cuando me pongo nerviosa, y otra muy distinta que no sea capaz de defenderme sola.

—No digo lo contrario, pero… —soy incapaz de contenerme—. Ten cuidado con ese capullo.

Saoirse resopla. De repente, parece muy disgustada.

—Sé cuidarme sola —responde indignada—. Supongo que la imagen que proyecto es todo lo contrario. Pero no me fui de vacaciones para huir de los hombres, sino para desconectar y aprender a estar sola. Te aseguro que ya no soy una niñita que se traga los cuatro halagos baratos del supuesto caballero de turno.

—Cualquiera lo diría por cómo lo miras…

En cuanto hago el comentario, me arrepiento de inmediato. Saoirse enrojece hasta las pestañas y me mira boquiabierta. Sé que ya es demasiado tarde para retirarlo. En el fondo es lo que siento. ¿Por qué lo mira de esa manera? Solo es un americano egocéntrico y estirado que quiere echar un polvo. ¿Por qué no puede fijarse en mí?

—Eso ha estado fuera de lugar —me acusa cabreada—. No tienes derecho a pagarlo conmigo solo porque no tienes lo que hace falta para confesarle tus sentimientos a la chica que te gusta.

Me río con desgana.

—¿Eso crees? —Doy un paso hacia ella y le pongo las manos en los hombros—. Soy perfectamente capaz de decirle que para mí es la única. Que todas las noches me acuesto pensando en ella. Que me cuesta respirar cuando estoy cerca de ella.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunta con voz temblorosa

—¡Porque saldrá huyendo!

—Eso… —Saoirse de queda callada y mira mi boca una fracción de segundo antes de recomponerse—… no lo sabes.

¿Acaba de…?

Joder, me estoy volviendo loco.

Qué fácil sería aplastar mi boca contra la suya y descubrir si tengo una mínima posibilidad. De ser así, no la desaprovecharía. Ella es todo lo que siempre he querido. Saoirse me mira confundida. Pero hay algo más. Lo veo en sus pupilas dilatadas. Está temblando.

—¿Seer?

—Max —dice con voz grave—. ¿Qué…?

—¡Chicos! —grita la voz estridente de Jane.

Me pego tal susto que suelto a Saoirse y ella retrocede conmocionada. Ambos respiramos con dificultad. Saoirse es la primera en recomponerse. Señala a Jane con la cabeza y me mira con seriedad.

—Allí tienes a tu chica alucinante —El alma se me cae a los pies—. No seas bobo. Dile de una vez lo que sientes. Es evidente que está loca por ti.

Saoirse sube a su Mini y se aleja a toda velocidad.

No puede ser.

¿En qué momento la situación se ha dado la vuelta?

Joder.

Ahora Saoirse cree que Jane es la chica de la que estoy enamorado. ¿Se puede tener más mala suerte? Sobre todo, cuando aparece de improvisto un millonario americano que tiene toda la pinta de querer conquistarla. Si no espabilo, la voy a perder para siempre.

16. Dando un paseo por el campo cuando…

Saoirse

Salir a correr me relaja. Me gusta estirar las piernas al menos cuatro días a la semana. Así mantengo la mente ocupada y me olvido de lo que sucedió ayer. Puedo enfrentarme a un americano engreído y que dice que quiere follar conmigo, pero su amabilidad me dejó patidifusa. Y luego está Max, que me juzgó como si fuera una idiota que no sabe sumar dos más dos.

Uf, hombres. ¿Por qué siempre lo complican todo?

Después de correr dos kilómetros por el sendero señalizado, me desvío hacia el interior del bosque. Crecí en Emerald Beach, así que conozco este bosque como la palma de mi mano. Una ardilla trepa con agilidad por un árbol cuando me ve invadir su territorio. Estiro los brazos y respiro el aire puro. Es un pueblo pequeño y en el fondo me fastidia ser la chica insegura y tartamuda que posee la mitad de la fábrica que da empleo a la mayoría de la gente del pueblo. No puedes huir de lo que eres. Sin embargo, no me gustaría vivir en otro lugar. Los tres meses que pasé en la Costa Amalfitana estuvieron bien, pero soy una irlandesa de la cabeza a los pies.

Corro en dirección al riachuelo para rellenar la botella de agua. Hace una temperatura muy agradable y me daría un baño si me hubiera traído el biquini. Tendré que conformarme con refrescarme los brazos y tumbarme en la hierba fresca.

Emerald Beach es un pueblo pequeño repleto de senderos que parecen sacados de un cuento de hadas. La mayoría no salen en las guías turísticas, pues a los vecinos no les gusta que invadan sus lugares favoritos cuando llega la temporada estival. Por eso me sorprende que en plena primavera ya haya un hombre nadando en mi rincón favorito del riachuelo. Supongo que será algún vecino capaz de soportar la temperatura helada del agua y me doy la vuelta para concederle intimidad, hasta que una cabeza cubierta por una espesa mata de pelo negro emerge a la superficie. Doy un traspié y estoy a punto de caerme de culo.

No… puede… ser…

Jack Preston se pone de pie para rebelar todo su esplendor. Apenas hay un metro de agua, así que le cubre por debajo de la cintura. Las gotas de agua le salpican la espalda ancha y serpentean por sus abdominales hasta perderse en unos oblicuos que parecen haber sido tallados con un cincel.

Se me seca la boca. No puedo evitarlo. Por inercia, bajo la vista para descubrir que está completamente desnudo. Ahogo un grito al ver su polla. Debería estar flácida y ser ridículamente pequeña por culpa del agua helada, pero la tiene de un tamaño más que considerable.

—Hola, Ojazos —dice con tono socarrón.

Solo consigo balbucear una incoherencia. Tengo la mirada clavada en su miembro. Cuando me doy cuenta de que parezco una acosadora, me tapo la cara con las manos y mascullo una palabrota. Mi reacción le hace gracia, pues suelta una carcajada.

—Tranquila, no soy tímido. Puedes mirar todo lo que quieras.

Es ese tono fanfarrón el que me obliga a levantar la cabeza y fulminarlo con la mirada. Pero ¿quién se ha creído que es para venir a este pueblo tranquilo a pasear a su amiguito? ¡Por aquí vienen personas mayores y niños!

—¡Eres un cerdo! —le grito, manteniendo los ojos clavados en los suyos con bastante

esfuerzo.

Enarca una ceja.

—El agua estaba deliciosa y me apetecía un baño —dice con inocencia.

—¿Desnudo? —chillo.

Jack se encoge de hombros y me regala una sonrisa canalla. *No mires abajo, no mires abajo, no mires abajo.*…

—¿Y si te hubiera visto alguien? —lo sermoneo.

—Me has visto tú —responde con tranquilidad—. Y, por la cara que has puesto, sé que te ha gustado.

—F-fantasma —tartamudeo abochornada—. ¡Exhibicionista!

Se vuelve a reír. Por lo visto, verme enfadada le hace muchísima gracia, así que voy a tener que cambiar de táctica.

—Podría llamar a la policía para que te detuvieran por escándalo público. Eres un forastero que está desnudo en uno de nuestros parajes naturales. —Intento sonar dura y agresiva.

Jack ni siquiera se inmuta. Tampoco hace amago de taparse. Empiezo a tener muchísimo calor. ¿Este hombre no tiene sentido del pudor? Aunque, con ese cuerpo y… semejante envergadura, yo tampoco lo tendría.

—No vas a llamar a nadie —dice muy seguro.

Sale del agua y se planta delante de mí con una sonrisa lobuna. Mis piernas se convierten en gelatina.

—P-porque t-tú lo digas —murmuro sin vehemencia.

—Porque no traes móvil. —Me echa un vistazo de arriba abajo—. A no ser que lo lleves bien escondido en esas mallas tan ajustadas.

Me sonrojo como si estuviera a punto de darme una lipotimia cuando me observa de arriba abajo sin pestañear, con esa mirada intensa que me hace sentir casi desnuda. Trago con dificultad.

Jack me da la espalda, por lo que ahora tengo una visión perfecta de su culo. Es oficial: está cañón. No hay ni una sola parte de su anatomía a la que pueda sacarle un defecto.

—Mira todo lo que quieras —me dice por encima de su espalda—. Es gratis,

—¡I-imbécil!

Se agacha para coger la toalla, que está tendida sobre una roca. Lo hace de tal manera que puedo verle la polla y los testículos. Abro los ojos de par en par, carraspeo y luego miro hacia otra parte.

Joder, joder, joder.…

—¿Ya estás tapado? —pregunto sofocada.

—Ajá.

Me doy la vuelta para enfrentarme a él. Tiene la poca vergüenza de haberse anudado la mini toalla alrededor de la cintura. Seguro que si mueve un poco la pierna puedo volver a verle el rabo. Es un sinvergüenza. Su sonrisa de lado me lo confirma.

—Te podría haber visto algún niño —le recrimino.

—Según la amable recepcionista del hotel, a esta hora están todos en el colegio o en el jardín de infancia.

—¡Alguna ancianita!

—Esta ruta es demasiado complicada para una anciana.

—Pues… ¡alguien! Por ejemplo, una corredora que venía a rellenar su botella de agua y lo

último que esperaba encontrar flotando en el agua era tu… —Me quedo callada porque lo estoy arreglando. Se ríe.

Me tiende la mano para coger mi botella.

—¿Quieres que te la rellene?

—¡Ni de coña! —Abrazo la botella contra mi pecho—. Paso de beber por accidente uno de tus vellos púbicos.

Jack entorna los ojos, pero al final vuelve a traicionarlo la sonrisa.

—Has mirado lo suficiente para comprobar que voy depilado.

—¡No he mirado nada! —Me pongo colorada como un tomate.

—Eres una pésima mentirosa, Saoirse.

—¡Guarro!

—Me estaba dando un baño…

—¡Sinvergüenza!

—Me han llamado cosas peores. —Acorta la distancia que nos separa y me recorre con la mirada de una forma tan íntima que debería abofetearlo. Sin embargo, nadie me había mirado así. Y estoy… desconcertantemente excitada—. ¿Tú también estás depilada?

Abro la boca para responder, pero las palabras se atascan en mi garganta. Entonces hago lo único que me parece coherente en esta situación. Lo golpeo con la botella de plástico en la cabeza. Jack se sobresalta y frunce el ceño. No ha sido un golpe tan fuerte, pero le he debido de hacer algo de daño.

—¿Me acabas de…?

—¡Aléjate de mí! —le grito retrocediendo—. ¡Mi vello púbico no es de tu incumbencia!

—Ahora no podré soñar con otra cosa… —dice con una mezcla de desesperación y burla.

Retrocedo, impactada por su poca vergüenza, y me tropiezo con una piedra. Me caigo de culo y acabo despatarrada delante de este energúmeno que no tiene decencia y acaba de preguntarme si voy depilada después de haberme enseñado su miembro viril.

—¿Te has hecho daño? —Se agacha para ofrecerme una mano.

Me niego a tocarlo, por lo que clavo las rodillas en el suelo lleno de piedras y me hago bastante daño. Le lanzo una mirada malhumorada. Me sonríe. Resoplo para apartarme un mechón que me cubre el ojo. Lo señalo con un dedo.

—¡Eres un…!

—Me deseas —me interrumpe sin perder la sonrisa—. Eso se soluciona rápido. En la cama de mi hotel o en tu casa. No tengo preferencias.

—¡Capullo!

—Guapa.

Me echo hacia atrás como si fuera contagioso.

—¿Me estás vacilando?

—No —responde muy serio—. Eres preciosa. Te lo dije. Desde que te vi en el avión, no he podido dejar de pensar en ti. Si me dejaras, enterraría la cabeza entre tus piernas y haría que gritaras mi nombres hasta que te quedaras afónica.

—¡Estás mal de la cabeza! —Recojo mi botella del suelo y me alejo a toda prisa de él—. ¡Majadero!

—Los locos no saben lo que quieren —dice, dedicándome una mirada oscura—. Yo sí: te quiero a ti.

Me tapo las orejas para dejar de escuchar sus sandeces y corro en dirección al sendero que

lleva de regreso al pueblo. Estoy cabreadísima. Con él, pero sobre todo conmigo. ¿Cómo es posible que me haya puesto tan cachonda por escuchar los comentarios de semejante cerdo con una pene descomunal? Ay, Dios… soy una pervertida.

17. Una despedida de soltera, ¡yupi!

Saoirse

El único motivo por el que he accedido a venir a la despedida de soltera de Norma, la secretaria de Meg, es que mi amiga me ha suplicado por activa y por pasiva que no la dejara sola. Al ser una ciudad tan pequeña, la despedida se realiza en el salón de celebraciones del único hotel del pueblo, por lo que hay muchas probabilidades de que me cruce de nuevo con el idiota de Jack.

—Me voy después de la primera copa —le prometo a Meg.

—Pero ¿por qué tanta prisa? —Se queja. Mi amiga siempre ha sido el alma de la fiesta, pero desde que nació Lizzy se ha tenido que contener. Le tiene bastante aprecio a Norma, su secretaria, pero dice que una fiesta sin su mejor amiga (o sea, yo), no es lo mismo. Así que aquí estoy, haciendo de tripas corazón con unos empleados que, si tartamudeo porque me pongo nerviosa, se reirán de mí con malicia.

Entre Meg y yo no hay secretos, así que la cojo del brazo para arrastrarla a un rincón desierto.

—Dos palabras: Jack Preston.

Me mira con suspicacia.

—Tendrás que ser más explícita.

—¿Te acuerdas del tío que quiso invitarme a un Martini en aquel vuelo?

—¡No fastidies! —Se lleva las manos a la boca—. Era Jack.

—Ajá —digo con desagrado—. Y, desde entonces, no ha dejado de mostrar interés en mí.

—¿De qué tipo?

Me aclaro la garganta antes de decir:

— Desde que te vi en el avión, no he podido dejar de pensar en ti. Si me dejaras, enterraría la cabeza entre tus piernas y haría que gritaras mi nombres hasta que te quedaras afónica — finjo la voz profunda y grave de Jack.

Meg ahoga un gritito.

—¡Qué tío más lanzado!

—No ha dejado de… perseguirme —musito.

—Un segundo —la voz de mi amiga cambia—. ¿Te ha tocado sin tu consentimiento? ¿Te ha hecho sentir incómoda?

—No —admito de mala gana—, pero… ¡no está bien que diga ese tipo de cosas!

Le hago un resumen de todo lo que ha sucedido entre Jack y yo desde que volvimos a vernos en la empresa. Meg asiente sin pestañear.

—Cielo santo, Saoirse. —Me abraza con fuerza y dramatismo y susurra a mi oído—: Estás cachonda como una perra.

—¡Meg! —protesto, desembarazándome de su abrazo—. Eso no es… Y-yo n-no…

—¡Es normal! —Me da una palmadita en la espalda—. Está tremendo, es directo y sabe lo que quiere. Un tío así le revolucionaría las hormonas a cualquier mujer. ¡No tienes que avergonzarte de sentirte atraída por él!

—El problema es que pasé tres meses en Amalfi y me juré que no volvería a tocar a otro tío ni

con un palo.

—Cariño. —Me mira como si fuera una niña díscola—. Te fuiste para aprender a estar sola. Y te aseguro que has vuelto siendo más segura e independiente que nunca. ¡Eso es maravilloso! Pero una cosa es que renuncies a tener una relación romántica con un hombre, por el momento, y otra muy distinta que no puedas acostarte con uno que te atrae muchísimo. No veo el problema. El sexo y el amor se pueden separar.

No si eres una ilusa romántica como yo…

—¡Ronda de chupitos! —Norma viene hacia nosotras con una bandeja repleta de chupitos de color rojo cereza y una diadema con una mini polla en la cabeza. Al verla pienso en el miembro de Jack, precisamente por la diferencia de centímetros—. ¡Fiestaaa!

—¿De qué son? —Cojo uno a regañadientes.

—¡Ni idea! —exclama Norma con alegría—. ¿A quién le importa? Tú bebe y pásalo bien. Dentro de veinte minutos llega el stripper.

Genial, un tío untado en aceite que se va a restregar por obligación con todas las mujeres de la fiesta. No veo el momento de salir de aquí. Meg me ofrece otro chupito que sabe a piruleta y me susurra al oído:

—El amor y el sexo no siempre forman parte de la misma ecuación. Eres una mujer joven y tienes derecho a disfrutar. —Me estampa un beso en la mejilla.

Me trago el chupito y me invade el calor. No voy a acostarme con Jack Preston. Tiene la palabra ADICTIVO grabado en la frente. Es uno de esos tíos de los que te enamoras. Seguro que ha roto un montón de corazones. No, gracias.

Prefiero estar sola. Para todo lo demás, ya tengo el *satisfyer*.

18. ¿Estás borracha?

Jack

Cuando estás obsesionado con una morena de ojos verdes y piel pálida, la ves en todas partes. Por ejemplo, incluso en la terraza del hotel en el que te alojas y a la que has salido a tomar el aire. La recepcionista me ha informado de que no se me ocurriera acercarme a una sala de celebraciones donde hay una despedida de soltera, así que he cogido mi copa de whisky y me he largado a la terraza con vistas al acantilado.

La chica que se parece a Saoirse se tambalea hasta llegar a la barandilla. Murmura algo que no llego a entender, se dobla por la mitad y se parte de risa. Lleva un vestido de satén verde que hace juego con sus ojos, y el pelo recogido en una trenza que le cuelga por la espalda. De repente, escucha un ruido y se agacha.

—¡Saoirse! —grita una mujer—. ¿Dónde te has metido? ¡El stripper quiere jugar contigo! ¡Ha traído un bote de nata! ¡No seas mojigata!

La chica, que al final ha resultado ser Saoirse, pone cara de horror y gatea hasta una butaca para esconderse. Una mujer rubia y muy contenta aparece en la terraza para buscarla. Sin pensarlo, me siento en la butaca para ocultar a Saoirse de esa mujer.

—Uy, hola —me saluda riendo—. ¿Has visto a una chica…?

—No —respondo tranquilo—. Aquí solo estoy yo.

—Vaya…. ¿dónde se habrá metido?

La mujer se marcha. Al cabo de unos segundos, Saoirse se levanta. Al verme da un respingo. Se nota que ha bebido demasiado, pues tiene problemas para mantener el equilibrio. La agarro del brazo y con un movimiento rápido la siento a mi lado.

—¿Cuánto has bebido? —pregunto con tono suave.

—Malditas despedidas de solteras y malditos chupitos de piruleta…

—¿De verdad no quieres jugar con el stripper? —pregunto con tono jocoso.

Pone cara de angustia. Me pilla desprevenido cuando oculta la cara en mi pecho y murmura:

—Sácame de aquí sin que me vean, por favor.

No necesito más para ser útil. La agarro de la cintura e intento no disfrutar al palpar las curvas de su cuerpo. La conduzco en dirección al ascensor más alejado de la sala de celebraciones y la cubro con mi cuerpo cuando una mujer con una diadema con una polla grita su nombre. Saoirse se estremece. Pego mi boca a su cuello y se tensa.

—Tranquila —le digo en voz baja—. No va a acercarse a una pareja que se está enrollando.

—No me beses —me advierte arrastrando las palabras.

—Solo te besaré el día que me lo pidas.

Y ese día, pienso para mis adentros, *no estarás borracha*.

Entramos dentro del ascensor y pulso la planta que conduce a mi habitación. Saoirse apenas puede sostenerse en pie. Al final, acaba apoyada en mi hombro y permite que le pase un brazo por la cintura para estabilizarla. Huele a chupitos de piruleta y champú de fresas.

—¿A dónde vamos? —pregunta con recelo.

—A mi habitación.

—No vamos a…

—Para que te quites esos tacones, bebas agua y descanses. Sé que piensas que soy un capullo, pero jamás me aprovecharía de una mujer que está borracha, por mucho que la desee con cada célula de mi cuerpo.

—V-vale —balbucea—. Pero sigo sin fiarme de ti. Y eres un capullo.

Me rio cuando salimos del ascensor. Llegamos a mi habitación mientras va haciendo eses. Me alojo en la única suite del hotel, que tiene una cama enorme. Saoirse lo observa todo con recelo. Solo necesito ponerle el dedo índice en el hombro para que se siente en la cama.

—¡Eh! —protesta enfurruñada—. ¿Qué haces?

Me arrodillo a sus pies y me mira boquiabierta. Sus pupilas se dilatan por culpa del deseo. Diga lo que diga, sé que la atracción es mutua. Al principio tenía mis dudas, pero esta mañana lo he confirmado al ver cómo me miraba en el riachuelo. Le gusto. Tal vez considere que soy un capullo, pero se siente atraída por mí.

—¿Qué vas a…?

Le desabrocho la hebilla del tacón izquierdo y se lo quito con toda la parsimonia del mundo. Aprovecho para acariciarle los tobillos y a ella se le escapa un suspiro de placer. Luego hago lo mismo con el otro tacón. Entones, ella respira hondo, planta los pies en el suelo y me mira como si fuera una niña a la que acaban de llevar al parque de atracciones. Esos ojos verdes, mirándome de esa manera, desatan algo que no sabía que existía en mi interior.

—Gracias —musita, mordiéndose el labio.

Por Dios, no te muerdas el labio. Estoy intentando portarme bien….

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—No lo sé. Me duele la cabeza, odio este vestido…

Abro el minibar, cojo una botella de agua y una chocolatina y se la entrego para que le baje el alcohol. Luego voy al cuarto de baño y abro el armario para coger un albornoz de algodón. Cuando regreso a la cama, Saoirse tiene la boca manchada de chocolate y me entra la risa.

—¿Qué? —pregunta con el ceño fruncido.

—Tienes… —No puedo evitarlo. Le paso el pulgar por la comisura y me lo llevo a la boca. Sencillamente delicioso.

Me pone un pie en el pecho y me mira mal.

—No vamos a follar.

—Ojazos. —Le agarro el pie y comienzo a darle un masaje—. El día que te folle, no estarás borracha de chupitos de piruleta.

—Creído…

Aparta el pie y le da un trago a la botella de agua. Le ofrezco el albornoz. Lo mira con suspicacia.

—Déjate la ropa interior puesta.

—No llevo ropa interior —dice para mi sorpresa—. Con este vestido se nota todo.

Entonces soy consciente de la tela que se pega a sus curvas. Sus pezones se intuyen bajo la seda. Me muero por morderlos. Quiero arrancarle ese puto vestido y hundirme dentro de ella como un animal. Deshacerle la trenza y tirarle del pelo.

Joder…

—Ponte el albornoz —le ordeno.

Espero que haga alguna réplica, pero se limita a levantarse y a mirarme contrariada. Entonces me da la espalda y resopla.

—Necesito ayuda con la cremallera.

La cremallera le llega hasta el culo. Inspiro hondo. Soy una mala persona porque estoy teniendo un montón de pensamientos libidinosos con su culo en este momento. Saoirse comienza a impacientarse.

—¡La cremallera!

Se la bajo muy despacio y me inclino hasta rozarle el cuello. Noto cómo se estremece. Le susurro al oído:

—Deberían prohibir este tipo de vestidos.

—¿Por…?

—Eres demasiado tentadora con él puesto. A partir de esta noche, solo podré soñar con arrancártelo.

Saoirse escapa de mis brazos en cuanto le bajo la cremallera. Se encierra en el cuarto de baño y tarda más de veinte minutos en salir. Cuando aparece en la habitación, viste el albornoz y lleva el pelo suelto. Está preciosa. Esta mujer va a ser mi condena. Se sienta en el borde de la cama y me mira de reojo.

—Soy inofensivo —le aseguro.

Para demostrárselo, me levanto de la cama y voy hasta la silla del escritorio. Abro el portátil y aprovecho para responder algunos emails.

—La cama es toda tuya —le digo sin mirarla—. Tengo trabajo. Descansa si es lo que necesitas.

—No me fío de ti.

—Haces bien. —Sonrío de medio lado—. Pero esta noche no pienso tocarte.

Se le escapa un suspiro de cansancio y se tumba en la cama sin quitarme la vista de encima. Al cabo de unos segundos se ha quedado dormida.

19. La bella durmiente

Saoirse

Me despierto acurrucada debajo de un edredón de plumas. Estoy tan a gusto que ni siquiera me pregunto por qué no estoy en mi habitación. Me doy la vuelta y choco con una pared de músculos que me da la espalda. Abro los ojos de par en par y reconozco ese cuerpo que parece hecho con Photoshop.

¡He dormido con Jack Preston!

No quiero hacer ningún ruido para que se dé cuenta de que me he despertado. Aguanto la respiración. Levanto el edredón y descubro que debajo llevo puesto el albornoz que me dejó anoche.

De acuerdo, no perdamos la calma. Parece que no ha sucedido nada sexual entre nosotros. Respiro hondo, tratando de serenarme. Debo de hacer algún ruido, pues Jack se despereza lentamente. A pesar de que no puedo verle la cara, sé que tiene esa sonrisa arrogante. Levanta el brazo y golpea la mullida almohada que separa nuestras piernas.

—No pensaba dormir en el suelo —me explica con tono somnoliento—. La cama es enorme y pensé que no tendrías ningún problema si ponía una almohada entre nosotros para que supieras que no iba a tocarte. Pero te has pasado toda la noche moviéndote y la almohada ha acabado en nuestros pies.

Un intenso rubor se apodera de mis mejillas. Hundo la cara en la almohada para no tener que mirarlo. Se está riendo. No necesito que me dé más detalles. Estoy acostumbrada a dormir abrazada a un enorme oso de peluche que me regaló mi padre cuando era una cría. Seguro que esta noche me he pegado a Jack como una lapa mientras él intentaba alejarse de mí utilizando una almohada como escudo.

Oh, Dios… qué vergüenza.

Finjo seguir dormida para no tener que hacer frente a la situación. Sí, una decisión muy madura y adulta por mi parte.

—Sé que estás despierta. —Noto que se sienta en la cama. Me acaricia el pelo, lo que me provoca un estremecimiento de placer. Lo hace con delicadeza y parsimonia, como si estuviera acostumbrado—. A pesar de haberme llevado alguna que otra patada, no me importaría despertar así todas las mañanas.

Suelto un gruñido a modo de respuesta. No pienso mirarlo a los ojos. Debo de tener un aspecto lamentable.

—¿No vas a dejar que te vea la cara, Ojazos? —pregunta con un tono zalamero al que me cuesta resistirme. Me toca el pelo, pero sigo con el rostro enterrado en la almohada—. Entonces pensaré que lo que ha pasado esta noche entre nosotros ha sido un sueño.

—¡No ha pasado nada entre nosotros! —exclamo vehemente. Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos y comprendo que he caído en su trampa.

Maldito sea, está condenadamente sexy por las mañanas. Pelo negro despeinado, ojos oscuros somnolientos, sonrisa de lado y un único hoyuelo en la mejilla izquierda. Me quedo un segundo mirando sus labios gruesos antes de respirar hondo.

—Pues claro que no ha pasado nada entre nosotros —me aclara, por si tenía alguna duda—.

He sido todo un caballero, aunque tú me lo hayas puesto muy difícil. No te he tocado ni un pelo, y no ha sido precisamente por falta de ganas.

Me pongo del color de un tomate maduro. Jack ni siquiera se inmuta. Va al armario, elige su ropa y luego se dirige al baño.

—Por cierto, ¿quién es Baloo? —bromea—. No dejabas de pronunciar su nombre mientras intentabas abrazarme.

—Mi oso de peluche —respondo avergonzada—. Obviamente estaba dormida. Cuando estoy despierta tengo mejor gusto.

Jack se ríe y entra en el baño. Me apresuro a recoger mis cosas para vestirme a toda prisa. No quiero encontrarme con él cuando salga del baño. Anoche ya hice suficiente el ridículo. Me emborraché y acabó cuidando de mí.

¡Jack Preston cuidó de mí y ni siquiera se aprovechó un poco!

Antes de irme, voy al escritorio y anoto algo en un *post it*. No quiero irme sin darle las gracias. Ante todo soy una mujer educada. Luego desaparezco como alma que lleva el diablo, corriendo por el pasillo con los tacones en la mano.

20. Jamás había dormido tan bien

Jack

Joder, qué bien he dormido.

Da igual que me haya llevado algunas patadas, pues resulta que Ojazos se mueve mucho mientras duerme. Ni tampoco que me viera obligado a poner una almohada como escudo para que no se sintiera incómoda si se despertaba antes que yo. Tenía todo lo que necesitaba en esa cama, aunque no pudiera tocarlo. Su olor a piruleta y fresa. Su sedoso pelo negro haciéndome cosquillas en la nuca.

Estoy absolutamente cachondo.

Solo me quedan nueve días aquí y ya sé que no voy a poder quitármela de la cabeza si no me acuesto con ella.

Me desea, de lo contrario no insistiría.

¿Qué puedo hacer para llevármela a la cama?

¿Y si le pido una cita?

No soy de aquí. No tengo ni idea de a dónde llevarla, pero soy un tío con experiencia. Algo se me ocurrirá.

Esos ojos verdes.

Esa boquita de piñón.

Esas piernas largas.

Esa nariz pequeña y cubierta de pecas.

Joder, me ha dado fuerte.

Abro el grifo de la ducha y me meto debajo. Me froto todo el cuerpo con el gel de baño. Pienso en su respiración acompasada mientras dormía. Se me pone dura. Recuerdo los gemidos que brotaban de sus labios cuando se abrazaba a mí sin ser consciente de ello. Pienso en sus protestas cuando la apartaba con delicadeza y volvía a interponer la almohada entre nosotros.

Comienzo a masturbarme con furia. Si no puedo tenerla, al menos fantasearé con ella hasta correrme como una bestia. Apoyo la espalda contra la pared de azulejos, dejo que el agua recorra mis brazos y ejerzo la presión perfecta. Me imagino que es su boca la que me acaricia. Que me mira con esos ojos verdes que me vuelven loco. Que, incluso, tartamudea un poco al pronunciar mi nombre.

Es todo lo que necesito para correrme como un animal. Me trago el grito. No quiero hacer ruido y espantarla. Salgo de la ducha, me seco con la toalla y me visto a toda prisa.

Decidido: voy a pedirle una cita.

El alma se me cae a los pies cuando descubro que se ha marchado. Hay una nota en el escritorio.

Gracias por salvarme anoche (y por no haberte aprovechado de mí).

Me gustaría compensártelo de algún modo. He llamado a recepción para que carguen tu estancia a mi tarjeta de crédito.

Tienen un spa genial.

SAOIRSE.

Hago una bola de papel que tiro a la papelera.

¿En serio, Ojazos?

¿Acabas de pagar mi habitación de hotel por las molestias?

De repente me siento sucio, usado e imbécil, pues yo soy el que paga las habitaciones de hotel y se marcha siempre el primero. Si le contara a alguna de mis hermanas lo que acaba de suceder, se reirían en mi cara y luego dirían que me lo tengo merecido.

Mierda.

Qué bajón.

No tengo ni idea de qué hacer para que Ojazos se fije en mí, pero me quedan nueve días en el pueblo y no soy la clase de tipo que se da por vencido tan fácilmente.

21. ¿Qué… haces tú aquí?

Max

—¿Saoirse? —pregunto confundido.

La veo salir del hotel con los zapatos en la mano y el bolso a modo de escudo, como si así nadie pudiera reconocerla. Se sobresalta cuando pronuncio su nombre y me mira con una mezcla de pánico y alivio. Sé que anoche estuvo en la despedida de soltera de Norma, la secretaria de Meg. Y, por lo visto, se ha quedado a pasar la noche en el hotel.

En el mismo hotel en el que se aloja Jack, pues es el único del pueblo…

Intento hacer a un lado mis celos. No tienen fundamento. Saoirse es una mujer libre. Otra cosa es que esté loco por ella desde hace años.

—¿Una noche movidita? —intento bromear.

—Me quedé a dormir en una habitación —me informa, y no sé si está siendo sincera o le da vergüenza admitir que se acostó con Jack. En todo caso, no es asunto mío—. Demasiados chupitos de piruleta y una horrible historia con un stripper y Norma persiguiéndome para que… —Hace un gesto con la mano—. Prefiero olvidar lo que sucedió anoche.

¿Prefiere olvidarlo porque me ha contado la verdad o porque se arrepiente de haberse acostado con Jack? En el segundo caso, me parece que es un cabronazo que debería haberse tomado la molestia de acercarla a su casa.

—¿Y tú qué haces aquí? —se interesa.

—No había nadie disponible pare recibir a los Smith. Scarlett siempre se encarga de su recepción, pero se ha despertado con gripe. —Los Smith son un matrimonio alemán que tienen un acuerdo de negocios con la fábrica. Una vez al año, vienen a visitarnos y les organizamos un tour de actividades por Emerald Beach—. Acabo de dejarlos en el hotel. ¿Necesitas que te acerque a algún sitio?

—Iba a pedir un taxi… —Mira a su alrededor. Está abochornada de que alguien la vea así. Su vestido de seda está arrugado, tiene el maquillaje emborronado y el pelo le cae en ondas por la cintura. Incluso descalza y resacosa me parece muy guapa—. Me ha dicho que iba a tardar veinte minutos. Ya sabes cómo funcionan los taxis por aquí. Si a ti no te importa…

—En absoluto.

La conduzco hacia mi deportivo con una sonrisa y le abro la puerta. Saoirse me sonríe agradecida. Pongo su emisora de radio favorita. Sé que le encanta la música pop. Suena una canción de Taylor Swift y su expresión se ilumina un poco.

—De verdad, gracias por sacarme de aquí. —Apoya la frente en la ventanilla y cierra los ojos.

—¿Tienes hambre? ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—No pienso dejarme ver de esta guisa en ningún sitio.

—No hace falta. Han abierto un supermercado a diez minutos en coche de aquí. No tienes que salir del coche. Creo que venden donuts con glaseado de fresa y esos batidos de chocolate que…

Me percato de que Saoirse me mira de forma extraña. Sigo conduciendo y finjo que no me percato. Es oficial: acabo de quedar como un rarito.

—Los donuts con glaseado de fresa y los batidos de chocolate son mi perdición —dice confundida—. ¿Cómo…?

—Tú y Meg solíais colaros en la habitación de Bruce para molestarnos. Bueno, a mí me daba igual que quisierais jugar con nosotros, pero él se ponía hecho una furia. Un día te robó tus donuts de glaseado de fresa a modo de venganza. Te pusiste hecha una furia y estuviste tres días sin dirigirnos la palabra. Que conste que yo no tuve nada que ver. Intenté quitarle aquella idea de la cabeza, pero ya sabes cómo se las gastaba Bruce con Meg…

—¡Ahora me acuerdo! —Saoirse estalla en una carcajada. Los ojos le brillan de diversión. Me gusta hacerla reír—. En realidad, Meg me obligó a dejar de hablarte. Decía que debíamos ser duras con vosotros por el robo de los donuts, pero siempre supe que no tuviste nada que ver.

—Quince años después me siento muy aliviado.

Los dos nos reímos.

—Qué tiempos aquellos… —dice con añoranza—, en los que Bruce y Meg estaban locos el uno por el otro y no tenían agallas para admitirlo. ¿Te imaginas que hubieran seguido así? ¡Lizzy no habría nacido! ¡Menuda tragedia!

Trago con dificultad.

—Pues… sí.

—Por eso tienes que ser valiente y decirle a Jane lo que sientes. —Me da un golpecito con el hombro—. Me he dado cuenta de que a ella también le gustas.

Me sudan las manos mientras conduzco. Joder, ¿en qué momento le ha dado por pensar que estoy enamorado de la secretaria de Bruce?

—Seer… —digo incómodo—. Jane y yo no…

—¡Hemos llegado! —aplaude emocionada—. Por favor, que tengan donuts con glaseado de fresa y batido de chocolate.

Coge la cartera para pagar, pero le pongo una mano en la muñeca para detenerla.

—Invito yo.

—Pero…

—Insisto.

—Vale, vale —se rinde—. Al próximo desayuno improvisado invito yo.

***

Saoirse está devorando el tercer donut. No sé dónde echa tantas calorías. Tiene un cuerpo esbelto y bien proporcionado. Le da un sorbo al batido de chocolate y me sonríe como si acabara de llevarla a Disneyland. Mi corazón, por supuesto, se derrite sin remedio.

—Siento que te haya tocado encargarte de los Smith.

—No son tan…

—… ¿gilipollas? —Saoirse se ríe al pronunciar esa palabrota. No suele hablar mal de nadie —. Son insoportables. Mis padres hicieron negocios con ellos, y ahora nos toca a los demás aguantarlos. No me extraña que a Scarlett le haya entrado la «gripe».

—¿Crees que su «gripe» ha sido muy conveniente?

—Oh, desde luego.

—En fin, alguien tenía que hacerlo.

Saoirse me mira y sacude la cabeza, pero sonríe.

—Eres demasiado considerado. Scarlett sabía que la cubrirías. No sabes decir que no. —Me pone una mano en el brazo al ver mi expresión circunspecta—. ¡Eh! Yo creo que tienes un gran

corazón. Es solo que… no me gusta que los demás se aprovechen de ti. Hubo un tiempo en el que los tíos que conocía también se aprovechaban de mí. No estoy diciendo que seas igual de patético que yo…

—No eres patética —digo con vehemencia.

Saoirse abre los ojos de par en par. Me he inclinado hacia ella y le he puesto una mano en la mejilla. No me atrevo a acariciarla. Solo… me conformo con tocarla y perderme en el verde esmeralda de sus ojos.

—Nadie que te conozca lo suficiente puede pensar que lo seas.

—G-gracias —musita.

—No me las des por ser sincero, Seer.

Dejo caer la mano. Ojalá tuviera valor para ser más sincero. Pero algo me dice que con el puñetero americano pululando por el pueblo no voy a tener ninguna oportunidad con ella.

—Seer —repite ilusionada—. Eres el único que me llama así.

—¿En serio? —pregunto extrañado.

—Mi hermano y mis padres me llamaban así de pequeña. Hasta que un día me enfadé con ellos, no recuerdo por qué, y les grité tartamudeando que no volvieran a hacerlo. No sé por qué estaba tan enfadada, pero funcionó.

Me rasco la nuca.

—Lo siento, no sabía…

—Me gusta —me interrumpe con una sonrisa—. Me gusta que me llames Seer. Me traslada a mi infancia, donde todo era más sencillo.

Ella mira su móvil y se horroriza al ver la cantidad de llamadas perdidas.

—Mierda, debería estar en la oficina.

—Será mejor que antes te lleve a casa, ¿no?

—Sí. —Se ríe—. No puedo aparecer allí con estas pintas.

Arranco el coche y conduzco en dirección a su casa. Me percato de que Saoirse me mira de reojo y aprieta los labios. Está pensando en algo.

—Siento haber discutido contigo la última vez que nos vimos —me confiesa—. No debería haberte dicho que lo estabas pagando conmigo por no tener valor para declararte a tu chica alucinante.

—Yo también lamento haberte dicho que tuvieras cuidado con ese capullo.

—Jack —me corrige—. Pero no pasa nada. Los dos dijimos cosas de las que nos arrepentimos.

—Está olvidado.

—Olvidadísimo. —Me sonríe—. ¿Puedo subir el volumen de esta canción?

—Claro.

Antes de subir el volumen de la radio, Saoirse me mire y sacude la cabeza mientras se ríe.

—Tienes que aprender a decir que no, Max…

Conduzco con la voz de Dolores O'Riordan durante el resto del trayecto hasta que aparco delante de su casa. Doy por hecho que Saoirse va a bajarse sin más, pero entonces se vuelve hacia mí y me da un abrazo que me deja helado. Estoy tan sorprendido que ni siquiera logro corresponderla. Cuando se aparta, me dedica una sonrisa tímida.

—Tendríamos que hacer esto más a menudo.

—¿El qué…?

—Salir juntos, tonto. —Me da un golpecito en el brazo—. Ya sabes, ir a desayunar o lo que

sea que hacen los amigos. Ha estado guay pasar tiempo contigo.

Se baja de mi coche sin darse cuenta de que acaba de aplastarme el corazón. Un amigo. Eso es lo que soy para Saoirse. Por eso no puedo declararle mis sentimientos. Por eso no me quedará más remedio que apartarme cuando el maldito Jack Preston —no me cabe la menor duda—, vuelva a acercarse a ella.

22. Reconozco que estoy desesperado

Saoirse

La mitad del día en el trabajo transcurre con normalidad. Firmo varios contratos y redacto algunos informes. No puedo dejar de pensar en la noche que he pasado con Jack. Cada vez que recuerdo su cuerpo musculoso y cálido junto al mío me pongo cardiaca. Uf, ya sé que dije que pasaba de los tíos. Pero ¿en serio tenía que cruzarme con el espécimen más buenorro de Estados Unidos? ¡No es justo!

—Saoirse —me llama Steven, mi secretario, por la línea—. Tienes una visita.

—¿Quién…?

Antes de que pueda terminar la frase, Jack Preston entra en mi despacho como si tuviera todo el derecho del mundo. Enderezo la espalda y abro los ojos de par en par. Debería estar furiosa con él porque haya irrumpido de esta forma. ¿Quién demonios se cree que es? Sin embargo, se me seca la boca al mirarlo. Hay algo diferente en él. Sus ojos oscuros me miran con algo cercano a… no lo sé, ¿ansiedad? ¿ganas? ¿deseo? Hay una emoción intensa y apenas contenida en ellos.

—He intentado… —Steven se asoma a la puerta—. Lo siento, se ha colado antes de que le diera permiso.

Respiro hondo, con la vista clavada en Jack. Tiene el cabello despeinado, como si se hubiera pasado la mano por su pelo perfecto. Lleva los primeros botones de la camisa desabrochados y ha prescindido de la corbata. Le sienta bien este look de ejecutivo *desarreglado*. En fin, cualquier cosa le queda bien a este capullo engreído.

—Tranquilo, Steven —le digo a mi secretario—. Había olvidado que tenía una reunión muy urgente con el señor Preston.

Steven asiente contrariado, pues está al tanto de toda mi agenda, pero se marcha sin rechistar. Jack permanece en el centro de mi despacho, respirando sofocado, como si hubiera venido corriendo. Me cruzo de brazos y lo miro mal.

—¿Se puede saber que…?

—Una cita —me suelta con aplomo—. Quiero tener una cita contigo.

—¿Qué? —La cabeza me da vueltas—. ¡Estás en mi despacho! No puedes aparecer aquí para pedirme una cita…

—Sí puedo —extiende los brazos. Es un hombre acostumbrado a tener todo lo que quiere, pero parece fuera de sí—. No sé dónde vives. He venido hasta aquí porque sabía que era el único sitio donde te encontraría. Esta mañana te has marchado dejándome una puta nota. No es justo.

Me lo está reprochando. Enarco una ceja.

—¿Esperabas que me quedara?

—No quería que te fueras —admite sin tapujos—. Me he vuelto loco al leer tu nota. Voy a ser absolutamente sincero contigo, Ojazos: estoy desesperado. Si no puedo follarte como me muero de ganas, al menos dame la oportunidad de tener una cita contigo.

—¿Para convencerme? —pregunto con voz estrangulada.

—Sí. —Frunce el ceño. La sinceridad le acaba de jugar una mala pasada. Me dedica una sonrisa de medio lado y se encoge de hombros—. Joder, sí. Pero si al final de la cita decides que no quieres saber nada de mí, te prometo que te dejaré en paz. Al menos no me sentiré como un

imbécil por haber desperdiciado la oportunidad de tener una cita con la mujer más interesante y sexy que he conocido.

—Se te dan muy bien las palabras… —Me pongo de pie. Intento no sentirme afectada—. Seguro que les dices lo mismo a todas.

—Con ninguna mujer he insistido ni siquiera la mitad. Me siento patético, un tanto humillado y bastante imbécil —admite sin tapujos—. Te lo dije, Ojazos. Te me quedaste grabada muy dentro cuando nos conocimos en aquel avión. Necesito volver a dormir ocho horas seguidas sin pensar en ti. Solo una cita. Es todo lo que pido.

El corazón me va a mil por hora. Sé que es un conquistador, pero parece muy sincero. Y hay algo arrebatadoramente sexy en su desesperación. En esa forma que tiene de mirarme, como si quisiera poseerme. Entonces recuerdo las palabras de Meg: *aprende a separar el sexo del amor*. ¿Por qué no? Si me aburro en la cita, puedo mandarlo a paseo.

—Yo pongo las reglas.

—Bien. —Sonríe satisfecho porque se ha salido con la suya—. ¿A qué hora te recojo?

—Te recojo yo.

Eso lo deja bastante contrariado.

—Tú no conoces Emerald Beach. De ser por ti, la cita sería en la habitación de tu hotel. En tu cama —puntualizo.

—Sí.

Su descaro me saca una sonrisa. Me gusta que no trate de engañarme. Quiere acostarse conmigo. Ojalá todos los hombres que he conocido fueran tan sinceros como él respecto a sus intenciones.

—No entiendo por qué estás tan interesado en mí. —Sacudo la cabeza con incredulidad—. Si es porque te rechacé en el avión y te van los retos…

Jack acorta la distancia que nos separa dando cuatro pasos, me envuelve por la cintura y apoya su boca contra la mía. Es un beso furioso e intenso que me deja sin respiración. Me empuja contra el escritorio y una pila de documentos se cae al suelo. Pone la otra mano en mi nuca y pega sus labios más a los míos, como si fuera posible. Ni siquiera los separa para decir con voz ronca:

—Me van los retos, pero esto no tiene nada que ver con que me hayas rechazado varias veces. —Me da un pequeño mordisco en el labio inferior que me provoca un gemido—. No entiendo qué tienes. No entiendo por qué me pones tanto. Pero te juro, Ojazos, que antes de irme de Emerald Beach voy a descubrir por qué me vuelves jodidamente loco.

Y entonces sí me besa. Es un beso hambriento que me revoluciona por completo. Tengo miedo de que vaya a más, pero deja las manos quietas mientras me besa como si le fuera la vida en ello. Solo se vuelve más agresivo cuando correspondo al beso con las mismas ganas que él. Nuestras lenguas se enredan. La cabeza me da vueltas. Estoy mareada por el deseo. Jamás había sentido nada parecido al besar a un hombre. El brazo que envuelve mi cintura me estrecha con fuerza para pegarme a su pecho y siento su erección contra mis muslos. Me sobresalto y un gemido ronco brota de mis labios.

—Te follaba ahora mismo sobre tu escritorio —me susurra al oído—. Dame una buena razón para no hacerlo.

—Podría interrumpirnos alguien.

—Me pone follar con público.

Ay, dios…

—Y-yo no…

—¿No quieres? —pregunta con voz melosa. Me acaricia el cuello con la boca y se me escapa un suspiro trémulo—. Porque parece que sí. Estoy seguro de que si meto una mano entre tus piernas descubriré lo mojada que estás.

—Jack…

—Ojazos.

Vuelve a capturar mis labios, como si le pertenecieran. Tiene una forma increíble de besar. Joder, es que nunca me habían besado así. Como si no importara nada más. Como si yo lo fuera todo.

—Sigo esperando que me des una buena razón para no hacerlo —ruge, mordiéndome el cuello.

—N-no estoy p-preparada —balbuceo.

Jack me suelta de golpe y me invade una inesperada sensación de abandono. Ambos respiramos con dificultad. Me mira, asiente y se pasa una mano por el pelo. Luego sujeta mis mejillas y me da un beso breve y dulce que me desconcierta.

—¿A qué hora me recoges? —pregunta como si tal cosa.

—A… —Intento pensar con claridad—. A las ocho y media.

—Faltan más de siete horas. Se me van a hacer eternas. —Su pulgar traza el contorno de mi boca. Me mira con fuego en los ojos—. No me dejes tirado, Ojazos. Me partirías el corazón.

Se marcha antes de que pueda pedirle que me bese de nuevo. Me siento en el escritorio, ahogo un grito y me tapo la cara con las manos.

¿Qué demonios acaba de pasar?

¿Por qué he dejado que sucediera?

23. ¿Te apetece hacer de canguro?

Max

Lo primero que hago después de que Bruce me pida el favor de cuidar de Lizzy esta noche es ir al despacho de Saoirse para preguntarle si le apetece hacer de canguro conmigo. ¿Por qué no? No seríamos los primeros amigos que se convierten en algo más. Tal vez necesita un pequeño empujón para descubrir que puede sentir lo mismo que yo.

—Steven —saludo a su secretario—. ¿La señorita Anderson está ocupada?

—Hola, Max. Un segundo, se lo pregunto.

Steven descuelga el teléfono e informa a Saoirse de que estoy en la puerta. Su sonrisa me confirma que puedo pasar.

—Ojalá todos fueras igual de educados que tú —murmura.

—¿Y eso?

—El americano —dice con retintín—. Ni siquiera me dejó anunciarlo. Entró en su despacho hace un par de horas. Por lo visto tenían una reunión muy urgente. Yo creo que están liados…

Entro en el despacho con nauseas. Joder con el puto Jack Preston de los cojones. Cada vez que intento hacer un movimiento se me adelanta. Saoirse sonríe con sinceridad al verme.

—Hola, Max. ¿Qué necesitas?

A ti.

—Bruce va a darle una sorpresa a Meg esta noche —le explico—. Ella se ha enfadado con él por nosequé tontería. Ya sabes cómo son. Me ha pedido que haga de canguro de Lizzy. ¿Te apuntas?

En cuanto veo su expresión sé que va a decir que no. Ni siquiera necesito que me dé una explicación, pues Steven ya me lo ha dejado bastante claro: Jack ha estado aquí hace un par de horas. Ha conseguido que le dé una cita. Ni siquiera debería estar enfadado. La conozco desde que éramos unos críos. He tenido tiempo de sobra para pedirle una.

—Lo siento, Max. He quedado con una amiga. De haberlo sabido antes…

—Tranquila —le resto importancia—. Bruce y Meg discuten a menudo. Volverán a necesitar nuestros servicios.

—¿Sabes qué? —dice indecisa—. Cancelaré la cita con mi amiga. Me apetece estar con Lizzy.

—Seer —le pido más serio. No quiero ser su segunda opción gracias a la niña—. En serio, no pasa nada. Otro día será.

—Es que… —Se retuerce las manos con nerviosismo al ver que comienzo a alejarme—. Al menos quédate a tomar un café.

Me repatea ser su segundo plato, pero sé que no tengo motivos para demostrar lo enfadado que estoy, así que me siento enfrente de ella. Saoirse se levanta para preparar café.

—Me gusta…

—Ya me lo dijiste. —Me saca la lengua—. No tengo tan mala memoria.

Me pregunto cuántas cosas podría haber sabido de mí si hubiera sido sincero con ella mucho antes.

—Me gustó desayunar esta mañana contigo. —Me ofrece una taza. En lugar de sentarse en su

silla, escoge la que hay a mi lado—. ¿Sabes que hubo una temporada en la que pensé que fingías que te caía bien para no cabrear a Bruce?

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. Siempre me has caído bien.

—Yo y mis inseguridades de mierda —dice avergonzada—. Todos los amigos de mi hermano intentaban ligar conmigo. No porque les gustase, sino para acercarse a él. Pero tú nunca lo hiciste. Eres un buen tipo, Max.

Me da un apretón cariñoso en el brazo.

—Tampoco sabía si tenía alguna posibilidad… —murmuro con timidez.

Ella me mira sorprendida, pero luego se ríe.

—¡Habrías tenido una oportunidad con cualquier chica del pueblo! La mitad de las chicas estaban locas por mi hermano, y la otra por ti. ¿Te acuerdas de aquella estudiante de intercambio que te persiguió durante todo el verano? ¿Cómo se llamaba?

—Brenda. —Pongo cara de susto—. Fue bastante traumático tener que huir de ella.

Saoirse se parte de risa.

—Cualquier otro en tu lugar habría sido cruel con ella. Pero tú la rechazaste con mucho tacto, aunque ella no te hizo ni caso… —Menea la cabeza, divertida—. Lo que intento decir es que Jane tiene mucha suerte de…

—Seer, para —le pido irritado—. Jane y yo no…

La puerta del despacho se abre de par en par, por lo que no puedo terminar la frase. Meg entra como si estuviera en su casa y comienza a despotricar de Bruce. Al verme, se sobresalta y me señala con un dedo.

—¡No le digas que lo he llamado cromañón!

Finjo tener una cremallera en la boca. Me levanto porque sé cuando sobro.

—Lo siento, ¿he interrumpido algo? —pregunta Meg al ver que me marcho.

Saoirse me mira apenada. Por un instante, tengo la impresión de que quiere que me quede.

—Pues la verdad es que… —comienza a decir.

—Solo un café —respondo con las manos metidas en los bolsillos—. Nada importante.

Me percato de que Saoirse aprieta los labios cuando digo que no estábamos haciendo nada importante. ¿Acaso quería quedarse conmigo? Nunca lo sabré, pues salgo de su despacho con el corazón acelerado, como el cobarde que soy.

24. Joder, estoy nervioso

Jack

Joder, estoy nervioso.

No tengo el número de Saoirse, así que si cambia de opinión no va a poder avisarme. Quizá tendría la delicadeza de llamar al hotel. No lo sé.

¿Por qué cojones estoy tan nervioso?

Solo es una puta cita. He tenido millones de citas. Bueno, en realidad no. Lo normal es que conozca a alguna mujer atractiva en un bar, en el gimnasio o en el trabajo y, después de un par de miradas cómplices y cuatro frases hechas, vayamos a la habitación de algún hotel para follar. Lo de las citas es nuevo. Una medida desesperada al ser consciente de que Saoirse no es la clase de chica que se acuesta con alguien que acaba de conocer. No hay nada de malo en eso. De hecho, me encantan las mujeres que saben lo que quieren. Pero si necesita conocerme un poco más antes de meterse en mi cama, no tengo ninguna molestia en pasar algo de tiempo con ella.

De hecho, si al final de la cita decide que no está preparada o que prefiere tener otra, sé que por mí no habrá ningún problema. Porque me ha dado fuerte. No se trata de que me haya rechazado. No soy irresistible. Sé aceptar un no por respuesta. Ni que fuera un imbécil. El problema es que no consigo quitármela de la cabeza desde que quise invitarla a una copa en aquel avión.

Salgo cinco minutos antes del hotel y me pongo a dar vueltas de un lado a otro. Una pareja de ancianas me mira y cuchichean. De repente, sueltan una carcajada y murmuran la palabra «novia». Pongo mala cara y les doy la espalda. Debo de parecerles muy patético. Así que me apoyo en un árbol y me cruzo de brazos fingiendo ser la clase de hombre que tiene la situación controlada.

Por suerte para mí, Saoirse llega puntual. Al verla, el alivio se apodera de mí. Me ha recogido en su Mini color rojo cereza. Me hubiera gustado alquilar un Volvo, pero sé que eso no la habría impresionado. Es la dueña de la mitad de una fábrica. No voy a comprar su interés con un coche o regalos caros.

—Has venido —digo como un bobo.

Subo deprisa por si cambia de opinión y comprende que soy un idiota. Me mira extrañada.

—¿Pensabas que te iba a dejar tirado?

—Podrías haberte echado atrás. Aunque, con el beso que te di, las tenía casi todas conmigo.

Pone los ojos en blanco.

—¿Siempre eres tan arrogante?

—No. —Sonrío de medio lado. En realidad, no tanto—. Solo cuando deseo algo con muchas ganas o tengo miedo de no salirme con la mía. Contigo se cumplen ambas.

Se ruboriza, pero intenta disimularlo al centrar la vista en la carretera. Ir de copiloto no está tan mal. Puedo limitarme a observarla a mi antojo. Lleva el pelo suelto, me gusta que lo lleve así. Viste unos sencillos vaqueros ajustados y una blusa color granate a juego con su pintalabios. Menos mal que al final no me puse el traje y me decanté por una camisa y unos pantalones.

—Estás muy guapa.

—¡Deja de mirarme así!

—¿No puedo mirarte? —pregunto burlón.

—¡No! —exclama agobiada. Aprieta el volante con fuerza y se le escapa la risa floja—. Me pones nerviosa.

—¿Por? Soy como un libro abierto. Ya te he dicho que quiero acostarme contigo. Me pones muchísimo. Si yo fuera el que va al volante, pararía el coche y…

—¡Calla! —chilla escandalizada—. ¿Siempre eres tan…?

—¿…directo?

Resopla.

—Iba a decir cerdo.

No tienes ni idea de lo cerdo que puedo llegar a ser, Ojazos.

—¿Te molesta? —le pregunto en serio.

Se lo piensa durante unos segundos. Al final claudica.

—No —admite de mala gana—. Pero no estoy acostumbrada. Es… raro.

—Querrás decir excitante.

—Pues vale, tú ganas. Es raro y excitante estar con alguien que no tiene pelos en la lengua.

—¿A dónde me llevas?

—Relájate y disfruta del paisaje —me aconseja. Quiero hacerle caso. Vamos recorriendo la ladera de una montaña y las vistas de la playa son espectaculares—. Todavía faltan veinte minutos.

—Todo lo que quiero mirar lo tengo justo a mi lado —digo con sinceridad. Me adelanto antes de que abra la boca—. No, no les digo ese tipo de frases a todas.

—A casi todas —resopla.

—Si lo creyeras, no me habrías dado una cita.

Me mira de reojo y sonríe con picardía.

—El sitio al que vamos te va a gustar.

Me importa una mierda el sitio al que vayamos mientras esté con ella. Saoirse se concentra en la carretera y yo en follármela con la mirada. Ojalá la noche salga tal y como quiero y pueda hundirme dentro de ella mientras me araña la espalda y murmura mi nombre con voz ronca.

25. Una cita

Saoirse

No tenía del todo claro dónde llevar a Jack, pero al final me he decantado por mi restaurante italiano favorito. Está a veinte minutos en coche de Emerald Beach, así que tal vez me cruce con alguien del pueblo. Aunque supongo que no importa. Ni siquiera sé por qué le mentí a Max esta mañana. Soy una mujer soltera y puedo tener una cita con un tipo que solo quiere acostarse conmigo.

—Espero que te guste la comida italiana —digo mientras el camarero nos acompaña a nuestra mesa.

—Me encanta —admite sentándose enfrente de mí—. Eres una clienta vip, por lo que veo.

—¿Cómo lo sabes?

—El camarero te ha llamado por tu nombre y te ha dado la mejor mesa del local.

—Me flipan cómo hacen los *fettuccine* Alfredo. Suelo venir mucho con Meg.

—Te llevas genial con tu cuñada —comenta observador.

—Es mi mejor amiga desde que éramos unas niñas —le explico—. Se convirtió en mi cuñada hace poco tiempo. Aunque siempre supe que sucedería. Bruce y ella estaban predestinados.

—Suena bonito.

Le tiro la servilleta de tela.

—Ya sé que no eres un romántico. Pero lo digo en serio. Todos en el pueblo sabíamos que iban a acabar juntos. Max y yo lo comentamos un montón de veces. No entendíamos por qué no dejaban de discutir, en lugar de admitir lo que sentían el uno por el otro.

—Max —repite ceñudo.

—Sí, Max —digo desconcertada—. ¿Qué pasa con él?

—¿Hay o hubo algo entre vosotros? —pregunta repentinamente tenso.

—¿Max y yo? —Se me escapa una risilla nerviosa—. Es el único amigo de mi hermano que jamás ha intentado ligar conmigo. No me ve de esa forma.

—Está enamorado de ti —suelta para mi sorpresa.

—¡A Max le gusta Jane!

—No sé quién es Jane, pero a Max le gustas tú. Probablemente desde hace mucho tiempo. Pero no tiene agallas para decírtelo porque teme que no sientas lo mismo. —Me observa con interés y algo más intenso—. Sé que no tengo derecho a preguntártelo, pero voy a hacerlo de todos modos. ¿Te gusta?

—¡No! —exclamo abochornada. No sé por qué me he puesto tan colorada—. Es… Max. Lo conozco desde que era una cría. Te equivocas con él. No siente nada por mí.

—De acuerdo, cambiemos de tema.

—Has empezado tú —digo algo mosqueada. Cojo la carta, aunque ya sé lo que voy a pedir cuando llega el camarero—. Coca-Cola y *fettuccine* Alfredo, gracias.

—Lo mismo para mí, gracias.

Lo miro extrañada.

—Ni siquiera has mirado la carta.

—Me fío de ti.

—¿No vas a beber alcohol?

—Me gusta estar sobrio cuando la compañía es tan placentera.

Nuestras piernas se rozan por debajo de la mesa y contengo el aliento. No sé si dice este tipo de cosas porque las siente de verdad o porque quiere hacerme perder la cabeza. Algo dentro de mí me impulsa a creerlo.

—Háblame de ti —le pido con curiosidad.

—¿Eso es lo que se hace en una cita?

—¿Nunca has tenido una cita? —pregunto estupefacta.

—No. —Se encoge de hombros—. No he tenido motivos para tener una.

—Entonces cuando…

—Reservo una habitación de hotel y normalmente no repito con la misma mujer —dice con una sinceridad abrumadora—. No tengo interés en conocerlas.

—Vaaale —digo impresionada.

—¿Te incomoda mi forma de ser?

—Supongo que esas mujeres buscan lo mismo que tú y siempre eres sincero con ellas…

—Siempre —responde tajante—. Pregunta lo que quieras, pero luego me toca a mí.

—Acabas de decir que no tienes interés en conocer a las mujeres con las que quieres acostarte.

—¿En serio tengo que explicártelo? —dice casi resoplando—. Contigo es diferente.

Se lo dice a todas, canturrea la voz de mi cabeza. Sin embargo, decido no hacerle caso.

—¿En qué parte de Estados Unidos vives?

—Nueva York, Manhattan. En un ático del Upper East Side.

Me imagino su ático, muy nórdico e impersonal. Techos altos. Todo blanco y frío, como el de un millonario de éxito que no deja ver sus emociones. Sí, he leído demasiadas novelas románticas.

—¿Cómo es?

—Lo decoró Serena, mi hermana. —Coge su móvil y me enseña varias fotos de un lujoso ático con suelos de madera pintado en tonos cálidos. En una de las fotos aparecen dos niños rubios jugando en el sofá—. Mis sobrinos, los hijos de Serena.

—¿Estás muy unido con tu hermana?

—Tengo tres.

Abro los ojos de par en par. No me lo esperaba.

—Háblame de ellas.

—Si supieran lo que estoy haciendo en este momento, estarían encantadas —dice con una sonrisa tierna—. Serena es la mediana. Estudió interiorismo y se encarga de todo lo relacionado con la decoración de los hoteles. Sarah es la mayor. Es neurocirujana y pasó del imperio hotelero, una decisión que disgustó mucho a nuestra madre. Es un cerebrito y no la veo tanto como me gustaría porque ambos trabajamos mucho. Y luego está June, que es abogada y se encarga de todas las cuestiones legales. Yo soy el pequeño.

Me gusta que hable con tanto cariño de sus hermanas. Se nota que es un tipo familiar, algo que no me esperaba.

—¿Cómo fue crecer con tres hermanas mayores?

—Me mangoneaban todo el tiempo. —Se hace la víctima y me entra la risa floja—. ¡En serio! Me llevo seis años con Sarah, cuatro con Serena y dos con June. Cuando esas tres se alían en mi contra, tengo todas las de perder. De pequeño me metían en un carrito de bebés de juguete y me

obligan a hacer un montón de cursiladas. Era agotador… y divertido.

Le brillan los ojos al recordarlo. Se nota que adora a sus hermanas.

—¿Y qué hay de tus padres?

—Mi madre dirige el imperio hotelero con mano de hierro. Le gustarías.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Eres preciosa, inteligente y se nota que tienes buen fondo. Está deseando que siente la cabeza con una buena chica.

Me ruborizo sin poder evitarlo.

—¿Y tu padre?

—Falleció cuando yo tenía cuatro años. Cáncer de pulmón. Los médicos no pudieron hacer nada por él —dice con tono mecánico.

—Dios, lo siento. No debería haber preguntado…

—Tranquila. —Me coge la mano por encima de la mesa y me da un apretón—. No podías saberlo. Sucedió hace mucho tiempo.

—¿Cómo te sientes al respecto? —pregunto con tacto.

Jack respira hondo, pero no suelta mi mano.

—Es complicado criarse sin el cariño de un padre. Pero tampoco puedo quejarme. Me crie en un matriarcado. Mi madre y mis hermanas son increíbles. Jamás me ha faltado de nada. He tenido cariño, una infancia feliz y una vida acomodada. Soy un tipo afortunado.

El camarero llega con la comida y soltamos nuestras manos. Entonces, Jack sonríe ampliamente. Ya sé lo que está pensando.

—Mi turno —dice encantado—. ¿Qué hay de ti, Ojazos?

26. Una chica muy interesante

Jack

—Pregunta lo que quieras —dice desganada.

—Ojazos, no pongas esa cara de disgusto.

—Te voy a decepcionar —me advierte.

—Lo dudo. Eres una incógnita.

—Uy, sí. —Se ríe con debilidad—. Pregunta y verás.

Me acomodo en la silla y la miro con interés. En realidad, hay tantas cosas que quiero saber de ella que no sé por dónde empezar. Así que comienzo por lo típico. Le pregunto por su familia y me habla con orgullo de sus padres, su hermano y su querida sobrina.

—Me arrepiento tanto de haberme perdido sus tres primeros meses…

—¿Por qué te marchaste?

—Allá va —dice entre dientes—. Me fui porque necesitaba desconectar de todo. Mi último novio resultó ser gay. Bueno, no sé si se podría decir que estábamos saliendo. Simplemente quería que aquella vez funcionara. Que, para variar, pudiera encontrar a alguien que me respetase un poco y fuera bueno conmigo.

Aprieto los dientes. ¿La han tratado mal? ¿Quiénes? ¿Por qué? Quiero matarlos a todos.

—No has tenido suerte en tus relaciones —digo con cautela.

—Decir que no he tenido suerte es quedarse corto —responde entre dientes.

—Antes has dicho que Max es el único amigo de tu hermano que no ha intentado ligar contigo —recuerdo.

—Sí, pero no creas que tenía mucho éxito por aquella época. Los amigos de Bruce solo se acercaban a su hermanita tímida para intentar ganar puntos con él. Mi adolescencia fue complicada. La tartamudez no ayudaba.

—Solo tartamudeas cuando te pones nerviosa. A mi hermana también le pasa. No es algo de lo que avergonzarse, Ojazos.

—B-bueno —dice, tragando saliva—. L-la mayoría de la g-gente no lo ve así. Intentan a-acabar mis frases o se b-burlan de mí.

—Lo siento —le digo con sinceridad. Le cojo la mano para que sepa que puedo llegar a entenderla. Sarah también ha pasado por lo mismo. He visto llorar a mi hermana en infinidad de ocasiones por personas que no merecían la pena—. A veces la gente puede ser muy cruel. Sobre todo los críos.

—Y que lo digas… —dice suspirando.

—Así que te largaste para desconectar. Me parece bien que te tomaras unas vacaciones. Tienes mucho tiempo para disfrutar de tu sobrina —digo para cambiar de tema, pues no quiero presionarla.

—Jack —dice repentinamente seria—. Ya sé que no debo aclarártelo porque no es lo que buscas, pero no vamos a tener nada serio.

Me quedo descolocado por su comentario.

—Qué claro lo tienes, Ojazos —digo irritado, sin saber por qué.

—He salido con un montón de capullos que solo querían estar conmigo porque ansiaban el

dinero de mi familia o echar un polvo. Ya he llegado a la conclusión de que el chico perfecto no existe. Me prometí que iba a pasar de los hombres y… —Me mira indecisa, pero luego se recompone—. Quiero estar sola. Estos últimos meses me he reencontrado conmigo. Jamás me había sentido tan cómoda en mi piel.

—Joder, Ojazos —digo impresionado—. ¿Tan mal te han tratado?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Hubo un tipo que me convenció para donar miles de euros a una organización benéfica que no existía. —Se ríe como si fuera divertido y se me encoge el corazón—. Pero el peor de todos fue Kevin, un americano al que conocí en un viaje de negocios. Me anuló por completo. Una vez le pillé unos mensajes con otra chica y me llamó loca. Me hizo creer que estaba mal de la cabeza. Luego me engañó y lo perdoné porque pensé que… no lo sé —dice suspirando—. Supongo que cuando no te quieres a ti misma, te limitas a aceptar el poco amor que crees merecer. Sí, definitivamente Kevin fue el peor, pero no el único.

Nota mental: encontrar a Kevin y hacerlo sufrir lentamente…

—Y tenía que ser americano… —intento bromear para salir del paso, pero le acaricio el dorso de la mano con ternura.

—Y de Manhattan. Igual hasta lo conoces.

Me tenso. Realmente, conozco a un montón de hombres que se llaman Kevin y viven en Manhattan.

—¿Cuál es su apellido?

Saoirse sacude la cabeza y me regala una sonrisa triste.

—Ni de coña vamos a seguir hablando de K evin. Sé lo que estás pensando. No quiero que ese idiota por el que ni siquiera estoy segura de haber estado enamorada arruine nuestra cita.

—Me parece bien —digo, sin dejar de acariciarle la mano—. Pero, si algún día voy paseando por Manhattan y me cruzo con ese idiota, le pegaré un puñetazo.

Saoirse se ríe. Me gusta que lo haga. Tiene una risa preciosa. Pero lo he dicho totalmente en serio. Ya hay que ser imbécil para no valorar a una mujer tan alucinante como ella.

Debería estar prohibido partirle el corazón a Saoirse Anderson. Puede que lo nuestro no vaya a ser una gran historia de amor, pero jamás la utilizaré ni le daré falsas esperanzas. Porque esta mujer, cada segundo que pasa, me gusta más. Y me va a explotar la cabeza si no hago lo que necesito, así que me inclino y le robo un beso.

Solo es un beso breve y cálido. El preludio de lo que podría ser algo más intenso, en el caso de que ella quiera lo mismo. Pero es un beso que consigue que me hierva la sangre, se me acelere el corazón y piense que no voy a ser capaz de sacármela nunca de la cabeza.

27. ¿Damos un paseo?

Saoirse

Estoy embriagada cuando salimos del restaurante, a pesar de que no he bebido ni una pizca de alcohol. No esperaba que hablar con Jack fuera tan agradable. De hecho, hemos tenido que irnos del restaurante porque los camareros estaban recogiendo. De lo contrario, nos habrían dado las tantas sin darnos cuenta.

—¿A dónde vamos? —le pregunto mientras caminamos hacia el coche.

—¿A dónde quieres ir? —me devuelve la pelota.

Me encantaría dar un paseo por la playa, pero temo que tanta charla lo haya aburrido. Al fin y al cabo, solo me ha pedido una cita para conseguir acostarse conmigo. Que conste que a mí me apetece muchísimo, no lo voy a negar. Pero todavía me cuesta decidirme después de varios meses de completa sequía. Además, que él sea tan apabullante no ayuda a tranquilizarme.

—Podríamos tomar una copa —sugiero pensativa—. Hay un pub a diez minutos en coche.

—Como quieras —dice con las manos metidas en los bolsillos. Vuelve a mirarme de esa forma que me estremece por completo. Entonces, ladea la cabeza y entorna los ojos—. ¿Qué te apetece hacer de verdad?

—¿A qué te refieres? —replico intimidada.

—Sospecho que lo de tomar una copa no es tu rollo. —Levanta los brazos antes de que pueda replicar—. No lo digo porque la otra noche acabases contentilla. Me gustó dormir con una chica que olía a chupitos de piruleta. —Me guiña un ojo y me regala una sonrisa arrebatadora—. Pero tengo la impresión de que no te apetece ir a ese pub del que me has hablado.

Le doy una patada a una minúscula piedra y miro al suelo. Me cuesta contenerme cuando estamos juntos, pero al mismo tiempo me da muchísimo miedo dejarme llevar. Jack es avasalladoramente sexy, no tiene filtro y da la impresión de que siempre consigue lo que quiere porque no se corta a la hora de pedirlo. Alguien así te impone.

—Me gustaría dar un paseo por la playa —digo recuperando el aplomo—. Hay una pequeña cala en Emerald Beach. A esta hora de la noche y en esta época del año está desierta y es preciosa…

—Pues demos un paseo.

—No quiero aburrirte.

—No me aburrirías ni aunque lo intentaras. Además, ¿hacer turismo nocturno con la chica más guapa del pueblo? Me apunto.

—Dios. —Me tapo la cara con las manos y suelto una risilla nerviosa—. Qué zalamero eres.

—La palabra que buscas es sincero —me corrige divertido.

Lo miro y, de repente, me entran muchísimas ganas de que vuelva a besarme. El pequeño beso que me dio en el restaurante me dejó hambrienta. Sin embargo, no parece tener la intención de repetirlo. Me pregunto por qué. ¿Quiere que me lance yo? ¿Está jugando conmigo?

—Bésame antes de subir al coche —le pido con un arrojo que no sabía que tenía.

Enarca las cejas. Me mira con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

—Bésame tú, Ojazos.

Podría hacerme la digna, pero hago lo que de verdad me apetece. Me pongo de puntillas para

cortar esos centímetros que nos separan y lo beso. Aplasto mi boca contra la suya en un beso dulce y tímido. Cierro los ojos y me concentro en el sabor de sus labios. No sé en qué momento me ha rodeado la cintura con los brazos, pero me gusta que me apriete contra él como si creyese que voy a escaparme o a romper un beso que he iniciado yo. Porque sí, yo lo he empezado, pero Jack me lo arrebata y lo hace suyo cuando su lengua se encuentra con la mía. Un jadeo inesperado brota de mi garganta. Me agarro a su camisa para no perder el equilibrio, a pesar de que me tiene bien sujeta. Y me dejo llevar… como si fuera la primera vez que me besan en la vida. Pero con él se siente así: intenso, caótico, inexperto. Como subirse a una montaña rusa sin cinturón de seguridad.

—Joder —murmura contra mis labios—, qué bien sabes.

—Te estás conteniendo —digo asombrada y algo contrariada—. No lo hagas.

—Ojazos… —Me acaricia la boca muy despacio hasta que me estremezco. Tengo los ojos cerrados y noto cómo sonríe—. No sabes lo que me estás pidiendo.

Sus manos siguen ancladas en mi cintura y estoy convencida de que está librando una batalla interior para no tocarme el culo. Se ha empalmado. Me gusta desatar semejante efecto en él solo con un beso.

—Dios. —Me da un beso fuerte y breve y luego se aparta con brusquedad—. Joder, no sabes cómo me pones.

Acto seguido, se aleja caminando y rodea el coche. Se queda parado delante de la puerta del copiloto. Me mira expectante. A mí se me ha quedado… pues eso, cara de idiota. ¿Me besa así y luego se aleja sin más? Tengo ganas de matarlo.

—¿Vamos a dar un paseo? —pregunta como si nada.

Tardo varios segundos en reaccionar. Asiento confundida, busco las llaves del coche dentro de mi bolso —tardo una eternidad en encontrarlas—, y me pongo al volante con una mezcla de deseo y conmoción.

—¿Por qué…? —comienzo a preguntar al cabo de unos minutos, con la vista clavada en la carretera—. ¿Por qué has parado?

—Porque te habría follado en el aparcamiento de ese restaurante, a plena vista de todos. Habría sido maravilloso, pero me da que te habrías arrepentido después —dice con tranquilidad, como si le hubiera preguntado qué le apetece comer. Se acomoda en el asiento y contempla ensimismado el paisaje—. Esto de ir de copiloto es nuevo para mí, pero me gusta. Me gusta mucho, Ojazos.

—Deja de llamarme así —digo enfurruñada, sin saber por qué.

—Estás enfadada conmigo porque te he dejado con ganas de más.

Aprieto el volante con fuerza y resoplo.

—Mira que eres egocéntrico.

—Tranquila. —De repente, apoya una mano en mi muslo y me invade un súbito calor—. Nunca me he hecho el estrecho con una mujer guapa y sexualmente activa.

—¡Imbécil! —le grito abochornada. Jack aparta la mano y se echa a reír. No le pego porque voy conduciendo. Sin embargo, su risa es contagiosa, tiene una personalidad incorregible y se me ha pasado el enfado de golpe. Sonrío para mis adentros, con tal de que no se me note y así no agrandarle el ego, que es del tamaño de Central Park—. Después del paseo te voy a dejar en tu hotel, cretino.

—Sí, sí —responde sin concederme una pizca de crédito—. Lo que tú digas.

—¿Qué vas a hacer si después de nuestra cita no consigues acostarte conmigo? —pregunto

con atrevimiento.

—Te pediré otra cita.

—¿Y si tampoco…?

—Otra.

—¿Y si…?

—Ojazos —me pide divertido—, céntrate en la conducción. No me parece buena idea hablar de sexo mientras conduces por la carretera de una montaña.

—Cobarde.

—Si supieras lo que estoy pensando, sería lo último que me llamarías.

Quiero exigirle que lo diga si tiene valor, pero sé que no es un pusilánime y al final me contengo. Sigo conduciendo en dirección a la cala y sintonizo mi emisora de música favorita. No sé lo que nos deparará la noche.

28. Si pudieras verte a través de mis ojos…

Saoirse

Jack y yo bajamos a la playa y damos un paseo por la pequeña cala. Tenía razón: a esta hora del día está desierta. Las olas rompen en la orilla. La playa está bañada por la luz de la luna llena. Si no estuviera con un tipo como él, admitiría que es la típica escena romántica de un libro.

—¿En qué piensas? —Me da un empujoncito con el hombro—. La verdad, Ojazos.

—No pensaba en nada.

—Mientes fatal.

—Ni que pudieras leerme el pensamiento… —comento burlona—. ¿Qué te llevó a elegir Emerald Beach como destino de vacaciones?

—Necesitaba hacer una pausa en un lugar tranquilo.

—¿Cómo es tu vida en un día normal?

—Suelo viajar de un lado para otro. Un día tengo una reunión con el gerente de la cadena hotelera de Dubái, al siguiente estoy en Italia para cerrar un contrato… cosas así. Hay semanas que no piso mi casa. No es que no me guste, pero llevaba tiempo necesitando hacer una pausa.

—¿Por eso no has sentado la cabeza? ¿Tu estilo de vida te impide formar una familia?

Me mira confuso. Creo que ninguno de los dos esperaba esa pregunta. Pero me ha sido imposible no formularla. Delante de mí tengo a un hombre atractivo, inteligente y triunfador. Necesito entender por qué le tiene tanto miedo al compromiso.

—Me gusta mi vida tal cual es. ¿Para qué cambiarla? Tengo treinta años, soy joven y tengo sobrinos. No necesito más.

—Cómo si el amor se pudiera calcular o prever… —digo, sacudiendo la cabeza.

—Hasta ahora lo he evitado. Quizá soy uno de esos hombres que nunca se enamora. Hay personas a las que les gusta estar solas y resulta que yo valoro al máximo mi independencia. No me gusta dar explicaciones de lo que hago con mi vida. Y, cuando llego a casa, lo único que me apetece es relajarme en el sofá, ver una buena serie o escuchar AC/DC a todo volumen. Siento decepcionarte, Ojazos.

—No me decepcionas —admito muy tranquila—. Comprendo a la gente a la que le gusta estar sola. Estos últimos tres meses han sido muy satisfactorios para mí. Pero creo que hablas con tanta arrogancia sobre el amor porque nunca ha llamado a tu puerta. —Lo miro y me muerdo el labio—. Tal vez te enamores hasta las trancas de una chica muy especial y te tragues tus palabras.

—Tal vez la luna deje de brillar.

Pongo los ojos en blanco.

—Odio a la gente cínica.

—Soy sincero. —Deja de caminar y se queda parado delante de mí—. ¿Preferirías que te regalara los oídos como han hecho algunos hombres? ¿Qué te dijera que a partir de este momento vas a ser la única mujer de mi vida? ¿Qué por ti podría cambiar y todo ese rollo?

—No —respondo con un nudo en la garganta—. Prefiero que sigas siendo honesto, gracias.

—Ahí va un poco de honestidad: si pudiera enamorarme de alguien, elegiría hacerlo de ti.

—¡Eso no funciona así! —exclamo horrorizada—. El amor no se elige. Oh, dios… ¡No tienes

ni idea!

—Sería más fácil si fuera como yo lo planteo, ¿no? —comenta con naturalidad—. Encontrar a la chica perfecta y decidir que le entregas tu corazón sin reservas.

—El corazón no se entrega voluntariamente, el amor no se escoge y… no paras de decir tonterías.

—No te enfades conmigo —me pide sin dejar de sonreír—. Si pudieras verte a través de mis ojos en este momento…

—¿Qué? —pregunto con recelo.

—Te darías cuenta de lo mucho que brillas. —Jack acorta la distancia que nos separa y me pone una mano en la mejilla—. Tienes algo diferente, Ojazos. Si regresase a Manhattan sin haber conseguido acostarme contigo, te prometo que jamás me arrepentiría del tiempo que hemos pasado juntos, porque conocerte ha sido increíble.

—¿Tendrías otra cita conmigo? —pregunto nerviosa.

—Un millón.

—¡Exagerado!

—Sincero —me corrige con algo parecido a la dulzura. Pone la otra mano en mi otra mejilla y acerca sus labios a los míos—. Contigo, siempre. Te lo prometo.

Jack me besa como si el mundo entero hubiera dejado de existir y solo fuéramos nosotros, en esta playa. Me derrito contra sus labios. Me gustaría ponerlo en su sitio, demostrarle que no tiene ni puñetera idea del amor y que algún día se comerá sus palabras. Sin embargo, decido dejarme llevar porque es lo que de verdad necesito. Y me entrego al beso sin reservas hasta que el deseo lo consume todo.

—Saoirse —murmura mi nombre con voz ronca—, qué bien sabes.

Lo atraigo de nuevo a mi boca. No quiero hacer otra cosa que no sea besarlo, tal vez durante los próximos cien años. Porque besa de una manera… no lo sé. Salvaje, hambrienta, posesiva. Me encanta.

No sé en qué momento acabamos tumbados en la arena. Me cuesta pensar con claridad. Me importa una mierda que alguien pueda descubrirnos. Jack está encima de mí. A pesar de lo excitado que debe de estar —su erección lo delata—, se limita a acariciarme por encima de la ropa y a besarme como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Cuando su boca se pierde por mi cuello, siento que me abandona la poca cordura que me quedaba.

—Debería hacerte esperar un poco más… —murmuro con malicia.

Sonríe contra mi cuello. Luego me da un pequeño mordisco.

—¿Es lo que quieres?

—No lo sé —respondo confusa—. Sigue besándome.

Jack se lo toma al pie de la letra. Decido ir un paso más allá y meto las manos por debajo de su camisa para acariciarle el abdomen. Está duro como una piedra. El gemido que brota de su garganta me deja impresionada.

—Ojazos, si me tocas…

—¿Qué?

—… creo que no voy a poder seguir conteniéndome.

—¿Te estás conteniendo? —Intento mirarlo a los ojos, pero tiene la cara escondida en mi cuello—. ¿Por qué?

—Me da miedo que te arrepientas.

Tiene razón. Sé que en el fondo la tiene. Esto es una maldita locura. Nos estamos besando en

la playa como si no importara nada.

—A lo mejor necesito dejarme llevar —digo con atrevimiento—. Tú solo… ve despacio y respeta mis límites.

—Me cuesta hacerlo cuando no sé cuáles son —admite contrariado. Se incorpora un poco para mirarme a los ojos—. Prométeme que me pedirás que pare si…

—Sí —respondo ansiosa.

—Y hazme saber si hago algo que no te gusta o…

—Sí, sí —digo con una necesidad devastadora—. Vale, sigue.

Jack se ríe con incredulidad antes de volver a besarme. Su boca está por todas partes. En mi cuello, en mi garganta… mientras sus manos se atreven a desabrocharme los tres primeros botones de la blusa. Al final se arrepiente, y justo cuando voy a preguntarle qué diantres le pasa, me sube la blusa muy despacio hasta llegar a descubrir el sujetador de encaje. La respiración se me acelera. El deseo de sus ojos me consume.

—Eres una puta droga —dice con voz ronca—. Creo que nunca voy a tener suficiente de ti.

El sujetador tiene un cierre delantero y Jack lo desabrocha con una mano. No siento ni un ápice de vergüenza cuando mira mis pechos. Me pilla desprevenida cuando su boca va directa al pezón izquierdo y lo succiona. Se me escapa un gemido grave. Entierro las manos en su pelo para que sepa lo mucho que me ha gustado y no deje de hacerlo. No sé durante cuánto tiempo me devora. Creo que es muy consciente de que es capaz de hacerme llegar al orgasmo de esta manera, sin hacer nada más. Sin embargo, decide torturarme de otra forma. Su mano derecha va hasta la cremallera de los pantalones y la baja muy despacio.

—Una lástima que hayas decidido ponerte pantalones.

—¿Por…?

—Si te hubieras puesto una falda o un vestido, ya tendría la cabeza entre tus piernas.

Introduce la mano, aparta mi ropa interior y comienza a tocarme de una forma que me enloquece. Creo que le grito que no pare. No lo sé. Separo las piernas para que pueda penetrarme con un dedo. Me retuerzo de placer. Estallo en un orgasmo devastador que me deja completamente laxa y él se derrumba a mi lado. Para mi sorpresa, me da un beso tierno en la mejilla.

—Eres jodidamente increíble.

Estoy a punto de decirle que no lo entiendo. No he hecho nada. No le he dado ni una pizca de placer. Sin embargo, escuchamos un ruido y ambos nos sobresaltamos. Agradezco que haya tenido el buen juicio de no quitarme los pantalones ni desabrocharme la blusa, pues así puedo recomponer mi ropa antes de que una parejita de adolescentes baje a la playa. Cuando nos descubren, abren los ojos de par en par y sueltan unas risillas. Parece que nos hemos adelantado a ellos. Jack percibe mi malestar y me da la mano para que me levante.

—No te avergüences. No hemos hecho nada malo —me susurra al oído—. ¿Nos vamos?

Asiento con la cara completamente roja. Me gusta que entrelace nuestras manos y camine con seguridad hasta mi coche. Necesito unos segundos antes de ponerme al volante. Cuando lo hago, el corazón todavía me va a mil por hora. Son las dos y media de la madrugada y mañana entro a trabajar a las nueve. No puedo escaquearme porque tengo una reunión muy importante con mi departamento.

—Si te llevo a tu hotel… —comienzo a decir.

—Está todo bien.

—Pero… —Aprieto el volante con fuerza. No quiero que crea que me he aprovechado de él.

Me resulta raro que un hombre me haya prodigado tanto placer sin recibir nada a cambio—. No he hecho nada por ti.

Jack me mira muy confundido. Entonces se pone repentinamente serio y asiente.

—Lamento que solo hayas estado con hombres que eran unos cerdos egoístas. No necesito que hagas nada por mí. Lo que ha sucedido en esa playa me ha encantado, Ojazos. No te atrevas a dudarlo.

No sé qué decir, así que permanezco en silencio mientras me trago el nudo de vergüenza que tengo en la garganta. Ha dado en el clavo. He salido con tantos cerdos que tengo una visión distorsionada del sexo. Cuando aparco delante de su hotel, tengo que contener las ganas de subir a su habitación. Podría hacerlo, pero necesito digerir todo lo que acaba de suceder esta noche. La cabeza me va a explotar.

—¿Me das tu número de teléfono? —Más que una pregunta, parece una orden. No me ofendo. Jack es así. Si quiere algo lo dice sin más. En el fondo me gusta lo directo que es—. No quiero tener que perseguirte en la oficina.

—Claro.

Nos intercambiamos los números de teléfono. Jack me mira de esa forma tan intensa que no sé descifrar.

—¿Qué?

—No lo sé —admite con naturalidad—. Me he quedado embobado mirándote. Ahora mismo no me creo la suerte que acabo de tener esta noche. Eres preciosa. Te llamo mañana.

Se desabrocha el cinturón, me da un beso fugaz y se baja del coche. Mi corazón sigue acelerado cuando entra en el hotel. No entiendo nada. Sonrío como una idiota. No comprendo a Jack. Pero me gusta. Joder, me gusta muchísimo y me da miedo pillarme por él. Ya sé que dije que pasaba de los tíos pero, cuando alguien como Jack aparece en tu vida, no puedes mirar para otro lado e ignorar la aventura que te propone.

29. Es la primera vez que…

Jack

Me siento raro.

Me doy una ducha y me tumbo en la cama. No puedo quitarme de la cabeza lo que ha sucedido en la playa. Joder con Ojazos. Esta mujer me está volviendo loco. ¿En serio cree que me he quedado insatisfecho? No tiene ni idea. Ha sido una puta pasada. Poder besarla, acariciarla, prodigarle placer… He estado a punto de correrme sin quitarme los pantalones. Por eso me duele que tenga esa concepción tan egoísta del sexo. Quiero encontrar a todo los hombres que le hicieron daño y torturarlos lentamente.

Y luego está esa conversación tan extraña que hemos tenido sobre el amor. Me ha removido cosas, lo reconozco. No sé muy bien el qué. La mayoría de las veces no puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de ella. Lo achaco a que el deseo me nubla el juicio.

Ya sé que le dije que la llamaría mañana, pero me entran ganas de hablar con ella y le envío un wasap por si está dormida.

Yo: me ha gustado muchísimo lo que ha pasado en la playa (por si todavía te quedaba alguna duda). ¿Podemos vernos mañana?

Me desespero cuando no responde de inmediato. No estoy acostumbrado a que me hagan esperar. Quizá se ha quedado dormida. Clavo la vista en el techo. Joder, parezco un maldito quinceañero. ¿Qué demonios me pasa? Para mi alivio, contesta al cabo de un rato.

Saoirse: sí.
Yo: ¿cuándo?
Saoirse: salgo de trabajar a las seis. Puedo recogerte.
Yo: iré a buscarte.

Mi hotel está a pocos minutos caminando de su trabajo. Cuando veo que tarda en contestar, me pregunto si tendrá miedo de que nos vean juntos. Max, el amigo de su hermano, se cuela en mis pensamientos. No sé si fue del todo sincera cuando me dijo que no estaba interesada en él. Eso me cabrea. Joder, me cabrea hasta un punto en el que no me reconozco porque no soy un hombre celoso.

Yo: ¿te molesta que nos vean juntos?
Saoirse: soy una mujer libre. No tengo que dar explicaciones a nadie.
Yo: no es eso lo que te he preguntado.
Saoirse: no es por ti. Siempre me incomoda que la gente del pueblo hable de mí. Siento que en el trabajo no me respetan demasiado. Si nos ven juntos, seré la comidilla de la oficina. No sé si podré soportarlo.
Yo: eres la jefa. Ponlos en su sitio. Además, no debería importarte la opinión de los demás.

Lo que quiero decir es que debería resbalarle, pues es una mujer estupenda. Si no la toman en serio, tiene que hacerse respetar. Pero no seré yo quien le diga cómo debe vivir su vida.

Saoirse: odio que tengas razón.
Saoirse: nos vemos mañana a la salida de mi trabajo.

Sonrío porque he conseguido salirme con la mía. Además, no estará de más que el amiguito de su hermano nos vea juntos. Así entenderá que no pienso permitir que se interponga entre nosotros durante el poco tiempo que me queda en Emerald Beach. Eso me lleva a recordar que mis vacaciones tienen fecha de caducidad. Pronto tendré que despedirme de Saoirse, lo que me produce una ansiedad inesperada en el centro del pecho.

Saoirse: buenas noches, cínico del amor.

Me rio al leer lo que me ha llamado.

Yo: buenas noches, ojazos.

Mierda, ni siquiera me he ido y ya la echo de menos. No sé qué voy a hacer cuando esté en Nueva York. Quizá sea justo lo que necesito: poner miles de kilómetros de distancia para acabar con esta atracción. Sin embargo, doy vueltas en la cama y, por primera vez en mi vida, no tengo absolutamente nada claro.

30. ¿Por qué tienes tan mal gusto?

Max

A pesar de que ayer estuve cuidando de Lizzy —hacer de canguro de la pequeña me encanta —, no he podido parar de darle vueltas a la cabeza. Cuando Bruce y Meg regresaron de su cita, me marché a casa cabizbajo, a sabiendas de que probablemente había sucedido algo entre ellos. Porque el americano la mira como si quisiera poseerla y me da que no es de los que pierden el tiempo.

—¿Va todo bien? —me pregunta Bruce.

Estamos en su despacho. He venido a revisar unos documentos, pero mi amigo se ha dado cuenta de que tengo la cabeza en otro sitio. A pesar de que somos uña y carne, jamás le he confesado lo que siento por su hermana. Desde que empecé a albergar ciertos sentimientos por Saoirse, he hecho todo lo que estaba a mi alcance para guardármelos para mí y que nadie se diera cuenta.

No me malinterpretes; sé que si hubiera una remota posibilidad de que Saoirse sintiera lo mismo, Bruce estaría encantado de que saliera con su hermana. Sin embargo, como estoy convencido de que Saoirse solo me ve como el mejor amigo de su hermano, prefiero mantenerlo en secreto para no complicarle la vida a Bruce.

—Sí —respondo desganado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tienes mala cara —comenta observador—. Anoche estabas cabizbajo cuando Meg y yo regresamos a casa. Pensé que estarías cansado, pues doy fe de que cuidar de un bebé es agotador. Pero a ti te pasa algo más. Llevas unos días muy raro.

Me encojo de hombros.

—Estoy igual que siempre —contesto esquivo.

—A mí puedes contármelo —insiste, pero suspira al ver que no doy mi brazo a torcer—. Como quieras, Max. Sé que eres una persona muy reservada y lo respeto, pero espero que sepas que soy ese amigo con el que puedes desahogarte de cualquier cosa.

—Lo sé.

En el fondo, siempre lo he sabido. Sin embargo, mi forma de ser me impide abrirle mi corazón. Supongo que todo sería más sencillo si Saoirse no fuera su hermana pequeña. Después de terminar de revisar los documentos, me levanto para salir de su despacho. No obstante, la preocupación por el bienestar de Saoirse me puede demasiado para dejarlo estar. Al americano se lo ve venir de lejos. No me gustaría que un tipejo volviera a partirle el corazón a Seer.

—Jack Preston está interesado en tu hermana —le suelto. Mi comentario se gana una mirada inquisitiva de Bruce—. No me fío de él. Ese tío va a lo que va.

La respuesta de Bruce consiste en tensarse y poner su típica cara de hermano sobreprotector.

—¿En serio? No me di cuenta de nada raro durante la reunión.

—Ayer tuvieron una cita. No me preguntes cómo, pero lo sé.

—Joder. —Bruce se pasa una mano por el pelo. Ahora está cabreado—. De verdad que no entiendo a mi hermana. ¿Por qué se ha fijado en ese tío? Tengo entendido que tiene un historial…

—¿Cómo el tuyo antes de sentar la cabeza con Meg? —le recuerdo.

—Peor —responde con los dientes apretados—. Gracias por comentármelo, Max. Me pegaré más a Saoirse. No quiero que vuelvan a hacerle daño.

—Ni yo —respondo en voz baja.

Al salir del despacho de mi amigo me tropiezo con Jane, su secretaria. Me ofrece una sonrisa cálida y noto que se sonroja. Jane es una chica muy guapa. Tiene el cabello largo y rubio y unos preciosos ojos azules. Soy un hombre soltero y me encantaría sentirme atraído por ella, pues lleva un par de meses lanzándome miraditas esperanzadas. Por desgracia, mi corazón le pertenece a otra persona.

—Hola, Max —me saluda—. ¿Qué tal estás?

Juega con un mechón de su pelo. Se lo coloca detrás de la oreja y se muerde el labio inferior.

—Bien, gracias —respondo por educación—. ¿Y tú?

—Creo que mejor que tú —contesta con tiento—. Tienes mala cara.

—Ya, no eres la primera persona que me lo dice —digo, torciendo el gesto.

—Lo siento, no quería ser maleducada.

—No, tranquila. —Le ofrezco una sonrisa forzada—. Tengo un día de mierda. Eso es todo.

Salgo al pasillo y me doy cuenta de que su mirada me persigue. No me gusta ser tan transparente. Durante todos estos años he logrado mantener mi coraza imperturbable. Pero la llegada del puto Jack Preston lo ha cambiado todo, pues de repente siento que voy a perder a Saoirse para siempre.

Y hablando de ella…

—¡Max! —Me saluda desde el otro extremo del pasillo. Lleva una pila de documentos en los brazos. Tiene cara de esfuerzo. Debería haberle pedido a alguien que le echara un cable.

—Te vas a matar. —Voy hacia ella y la ayudo sin preguntarle. Saoirse suspira aliviada cuando le quito el peso de encima. La sigo hasta su despacho y dejo los documentos en su escritorio—. Hasta luego, Seer.

—¡Espera! —Me toca el brazo antes de que me vaya—. ¿Por qué tienes tanta prisa? Tómate un café conmigo.

Me aparto con una irritación impropia de mí.

—No tengo tiempo.

—¿No tienes tiempo para un café? —pregunta incrédula—. Estamos a punto de terminar la jornada.

—En serio, hoy no tengo el día.

Saoirse me mira confundida. Parece dolida por mi rechazo.

—Max —me llama antes de que me vaya—. ¿Por qué tengo la impresión de que estás enfadado conmigo? ¿He hecho algo que te haya molestado?

Me vengo abajo sin poder evitarlo. Joder, soy incapaz de estar disgustado con ella cuando se preocupa por mí. Además, ni siquiera tengo derecho a sentir… lo que siento. No me debe nada. Lo sé.

—No has hecho nada malo, Saoirse.

—Pero…

—Tienes razón, me vendría bien un café —claudico—. Hoy he dormido muy poco. Necesito cafeína.

Saoirse asiente y va hasta la cafetera. Prepara un par de cafés y se sienta en el sofá de dos plazas, por lo que hago lo mismo. Luego me mira indecisa y me pregunto a qué vendrá esta actitud.

—Ayer me molestó que le dijeras a Meg que no estábamos haciendo nada importante.

—¿Estábamos haciendo algo importante cuando nos interrumpió? —replicó sorprendido.

—Bueno… estábamos hablando, como dos amigos que se ponen al día. Era una conversación agradable. Pero te marchaste como si estuvieras deseando perderme de vista.

Se me escapa una risa incrédula. Joder, esto es el colmo.

—¿Eso crees? ¿Que estaba deseando perderte de vista?

—¿Lo ves? —replica agobiada—. ¡Te pasa algo conmigo!

—No me pasa nada.

—Mientes —dice convencida—. Pero no voy a obligarte a que me lo digas si no quieres. En realidad, te he pedido que te quedaras a tomar café por otra cosa. Necesitaba… decirte algo.

La miro intrigado y suavizo mi expresión.

—¿Qué quieres decirme, Seer?

—Odio las mentiras, pero ayer te colé una cuando te dije que no podía cuidar de Lizzy porque había quedado con una amiga.

—No sigas —le pido tenso.

—Tuve una cita con Jack Preston —me ignora—. No debería habértelo ocultado. Me daba vergüenza que corriera el rumor en la oficina de que había algo entre nosotros… No sé, qué tontería. Debería haberte dicho la verdad.

—Genial. —Me levanto malhumorado—. ¿Eso es todo lo que tenías que decirme?

—Sí. —Me mira descolocada—. ¿Qué diantres te pasa conmigo?

—Nada.

—Max… —insiste cabizbaja—. No lo entiendo. ¿Podrías decirme si he hecho o dicho algo que te haya molestado?

Sé que debería dejarlo estar. Sin embargo, la rabia que tengo acumulada me sube por la garganta.

—¿Por qué tienes tan mal gusto? —Saoirse también se ha levantado y retrocede conmocionada. Me mira con una mezcla de confusión y bochorno—. Sí, Seer. Me refiero a los tíos. Siempre te fijas en capullos que al final te parten el corazón. Las personas que te queremos odiamos que te hagan daño. Yo lo odio, joder. Es que no lo entiendo, maldita sea. ¿No ves que ese tipo solo quiere acostarse contigo?

Saoirse se pone roja como un tomate. Me siento fatal por ella, pero necesitaba decírselo. Entonces, para mi sorpresa, levanta la barbilla y me fulmina con la mirada.

—A lo mejor yo también quiero acostarme con él —responde furiosa—. Solo divertirme, para variar. Quizá ya no soy una imbécil que solo se fija en capullos que al final le parten el corazón. Tal vez me va el sexo sin compromiso y he decidido que enamorarse no merece la pena.

—No estás hablando en serio —digo perplejo.

—Jamás había hablado tan en serio en toda mi vida. —Está más cabreada de lo que recuerdo haberla visto nunca—. ¡Estoy harta de que todos me juzguéis! ¡Estoy agotada de que nadie en esta maldita oficina me tome en serio!

—Seer, eso no es…

—Vete a la mierda, Max —me espeta fuera de sí—. No me esperaba un golpe tan bajo de tu parte.

Entonces hace algo que me deja todavía más sorprendido. Sale de su despacho y se planta delante del escritorio de Steven, su secretario.

—¿Dónde está el informe que le pedí a Samantha? —exige saber.

—Todavía no lo ha entregado, jefa. Ha dicho que hoy le venía fatal.

—¿Ethan se ha encargado de actualizar las fichas?

—Eh… no —responde Steven con un hilo de voz.

Saoirse suelta una carcajada desprovista de humor.

—Y supongo que Susan y Stuart tampoco habrán tenido tiempo de hacer lo que les pedí. Porque nadie en esta puñetera oficina me obedece —se queja a viva voz. A estas alturas, todo el departamento de recursos humanos ha salido a ver lo que sucede. Saoirse los mira a todos con una mezcla de hartazgo y furia—. ¡S-sí! ¡T-tartamudeo cuando me pongo nerviosa! ¿Q-qué pasa? Eso no significa que sea una mujer débil a la que p-podáis mangonear ni una jefa a la que no debáis obedecer. ¡Estoy cansada de que no me respetéis!

Nadie mueve ni un músculo. Todos estamos congelados. Sé que tiene toda la razón. Los empleados del departamento de recursos humanos se comportan como si no tuvieran jefa. Suelen reírse de ella por culpa de su tartamudez y nunca la han tomado en serio. Ya es hora de que eso cambie.

—Samantha, si no entregas el informe que te pedí antes de mañana a las seis, estás despedida —le advierte Saoirse a su empleada, que se queda lívida—. Susan, Stuart, si vuelvo a ver que os reís de mi tartamudez mientras creéis que no me doy cuenta, estáis en la puta calle.

Susan y Stuart la miran con los ojos abiertos de par en par. Saoirse repasa al resto de su departamento con una mirada furiosa y cargada de determinación.

—A lo mejor pensáis que no voy en serio y que me he despertado con el pie izquierdo. Allá vosotros. Corred el riesgo si queréis quedaros sin empleo. He hecho la vista gorda durante demasiado tiempo. He tragado mucha mierda en este departamento. Pero eso se acabó. Poneos las pilas, entregad vuestro trabajo a tiempo y respetadme como vuestra jefa. De lo contrario, haré una limpieza de todo el departamento de recursos humanos, ¿entendido?

Sus empleados asienten sin abrir la boca. Los ha dejado a todos sin palabras, incluido a mí. De repente, Steven se levanta y aplaude a su jefa. La expresión de Saoirse se suaviza un poco al mirar a su secretario.

—Gracias —le dice muy bajito—, por ser tan buen empleado.

—Una jefa como tú me lo pone muy fácil —responde Steven con una sonrisa de oreja a oreja. Luego da un puñetazo en el escritorio—. ¡Ya habéis oído a la jefa! Poneos las pilas o estáis en la puñetera calle. —Mira a Saoirse con una sonrisa de satisfacción—. Estaba deseando que esto sucediera, jefa.

—Yo también. —Saoirse le guiña un ojo, entra en su despacho para coger su bolso y sale sin mirarme.

—¡Seer! —La sigo hacia el ascensor. Por fin acabo de reaccionar—. Eso ha sido…

—Necesario —me corta con sequedad—. La próxima vez que juzgues mi vida sentimental, nuestra amistad habrá terminado.

Trago saliva. No me lo esperaba. Solo quería decirle que estoy orgulloso de que por fin les haya plantado cara a sus empleados.

—Descuida —respondo irritado—. Haz lo que te dé la gana. Eres una mujer libre. No es asunto mío.

—Pues eso.

—Genial.

—¡Estupendo!

—Adiós —me despido con frialdad.

—¡Adiós!

Saoirse entra en el ascensor y yo me quedo ahí plantado, viendo como la puerta se cierra y me dedica una última mirada furiosa. No sé cuánto tiempo permanezco ahí plantado hasta que alguien me da una palmadita en la espalda. Es Steven.

—Si tanto te gusta, díselo. No es adivina, tonto. —Estoy a punto de gritarle que no sabe de lo que habla, pero Steven pone los ojos en blanco—. Soy un tipo observador. ¿Y sabes qué he aprendido durante todo este tiempo mientras trabajaba para ella? Que el americano puede ser un cabronazo arrogante, pero tiene más agallas que tú. Y resulta que lo único que quiero para mi jefa, a la cual adoro, es un buen tío que la respete y sepa apreciar lo mucho que vale. ¿Ese eres tú, Max?

No digo nada. Por primera vez, no lo tengo del todo claro. No sé si soy ese hombre del que habla Steven. Lo que acaba de suceder me ha dejado noqueado.

31. ¿Por qué todo es tan complicado?

Saoirse

Salgo de la oficina con el corazón acelerado y una bola de rabia en el estómago. No puedo creer que haya discutido con Max. Jamás hemos tenido una mala palabra el uno para el otro. No sé cómo sentirme al respecto. Cuando me he dado cuenta de la concepción que tiene de mí, como si fuera una damisela en apuros a la que hay que proteger, me he sentido tan… ¿disgustada? ¿decepcionada? ¿herida? No lo sé. Max era la última persona que esperaba que me echase en cara que soy una mujer con un gusto pésimo para los hombres.

—Ojazos —dice Jack.

Me sobresalto al verlo, pues con todo lo sucedido había olvidado nuestra cita. Sigo estando un poco conmocionada. No todos los días te levantas con el aplomo de leerle la cartilla a tus empleados o tener una discusión con el mejor amigo de tu hermano.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado. Acorta la distancia que nos separa y me pone las manos en los hombros—. Cualquiera diría que te alegras de verme…

—No es por ti. —Respiro hondo. Necesito tranquilizarme—. Acabo de hacerme valer delante de mis empleados.

—Vale. —Sus manos bajan hasta mis brazos y comienza a frotarlos—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé. —Echo la vista atrás para contemplar el edificio lleno de ventanas. Sigo un poco conmocionada, pero sé que era necesario. De lo contrario, jamás me habrían respetado—. Seguro que nos están mirando.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—Que miren todo lo que quieran —respondo con chulería. Me gusta esta nueva versión de mí, que no se achanta por ser la protagonista ni está pendiente de lo que los demás piensen de ella. Por eso, le echo los brazos al cuello y lo atraigo hasta mis labios—. No tenemos nada que ocultar.

Jack se muestra gratamente sorprendido cuando lo beso con muchas ganas. Sus manos van directas a mi cintura y me envuelve con sus brazos, de esa forma protectora y posesiva que tanto me gusta. Si nos están observando, que disfruten del espectáculo. De todas formas, pierdo la poca cordura que me quedaba cuando mis labios encuentran los suyos. Creo que a él le pasa lo mismo, pues suelta un gruñido cuando nos separamos un poco para tomar aliento.

—¿Por qué me gustas tanto? —No sé si es una pregunta para mí o para sí mismo.

Sonrío como una idiota y le acaricio la boca para volver a besarlo cuando…

—¡Saoirse! —El grito de mi hermano me congela de golpe. Me aparto de Jack como si me hubiera pillado haciendo algo malo. Bruce se acerca a nosotros como si quisiera estrangular a Jack, por lo que me pongo delante de él para que no pueda hacerlo—. Pensé que esto solo era un acuerdo de negocios. ¿No te han enseñado que no hay que mezclar los negocios con… lo que sea que te traigas con mi hermana?

—¡Bruce! —le pido abochornada.

Mi hermano me ignora y busca la mirada de Jack, que no está dispuesto a esconderse detrás de mí. Sale a su encuentro, completamente tranquilo, como si tuviera la situación controlada. Conozco a mi hermano y empiezo a conocer a Jack. Sé que son impulsivos. Por tanto, me da

miedo que puedan llegar a las manos.

—Estoy de vacaciones —le aclara Jack sin inmutarse—. Déjame en paz, Anderson.

—Si quieres que te deje en paz, más te vale mantener las manos alejadas de mi hermana pequeña.

—¡Bruce! —Me tapo la cara con las manos. Dios mío, qué vergüenza—. Para ya, por favor.

—Conozco a los tíos como tú. —Mi hermano sigue ignorándome y centra su rabia en Jack—. No te mereces a mi hermana.

—Es una adulta —le recuerda Jack—. Aunque tú lo hayas olvidado.

—No me vengas con esas…

—Una mujer inteligente y capaz de tomar sus propias decisiones —continúa Jack—. Así que mientras ella no me pida que me aleje, estaré todo lo cerca que me permita porque me encanta disfrutar de su compañía.

—¡Serás cabrón!

Bruce está a punto de abalanzarse sobre Jack, pero la voz enérgica de Meg lo frena justo a tiempo.

—Ni se te ocurra —le ordena tajante. Mi hermano se viene abajo al ver a la madre de su hija. A pesar de ser una persona muy bajita, Meg siempre le ha impuesto—. Deja a mi mejor amiga vivir su vida como le plazca.

—No pienso permitir que…

—Bruce Anderson. —Pronuncia su nombre con una calma estudiada—. Vámonos a casa. Ya.

Jack observa con cautela a mi hermano, que lo mira como si quisiera matarlo. Bruce se rinde y acepta la mano que le tiende Meg, como si fuera un niño díscolo que al final ha entrado en razones. Sacudo la cabeza con incredulidad. De repente, tengo muchísimas ganas de llorar.

—Eres un imbécil —siseo cuando se larga con Meg, que me ofrece una mirada de disculpa en su nombre.

Jack me pone una mano en el hombro.

—¿Estás…?

—Qué vergüenza —digo muy bajito—. Lo siento.

—No tienes nada que sentir —me asegura. Luego, me da un beso en la sien que me tranquiliza un poco—. Ha sido cosa de él, no tuya.

—Que tu hermano mayor actué como un cavernícola delante del hombre con el que estabas besándote…

—No voy a defenderlo, pero tengo tres hermanas y alguna vez se me ha pasado por la cabeza hacer lo mismo cuando han salido con alguien que no me gustaba.

—Pero no lo has hecho.

—Valoro demasiado mi vida —intenta bromear para que me relaje—. Sugiero que nos olvidemos de tu hermano y de los empleados que seguramente están mirando por las ventanas. Vayamos a un sitio más tranquilo donde pueda besarte sin interrupciones, por favor.

No puedo resistirme cuando me habla de esa manera, así que acepto la mano que me ofrece y damos un paseo. No sé a dónde vamos, pero en este momento tengo clarísimo que no voy a permitir que nadie, ni siquiera mi hermano mayor, me diga cómo tengo que vivir mi vida.

32. Así que este es tu mundo…

Jack

Emerald Beach es un pueblo precioso, por lo que entiendo perfectamente que Saoirse esté enamorada del lugar donde vive. Me lleva a dar un recorrido a pie por el pueblo, paramos a merendar en la única cafetería que hay y luego damos un paseo por el bosque. Me cuenta lo que ha sucedido en la oficina y le digo que me habría encantado estar allí para verlo. Eso hace que se sonroje, pero lo digo en serio. Estoy muy orgulloso de ella. No ha debido de ser fácil plantarles cara a sus empleados después de todo el tiempo que llevan ninguneándola.

Pasamos una tarde muy agradable juntos. Cuando fui a buscarla a la salida de su trabajo no podía quitarme de la cabeza que iba a acostarme con ella. Sin embargo, ahora, siento que puedo esperar. Me sigo muriendo de ganas, pero hablar con Ojazos me encanta. Siempre tiene algo interesante que decir. Podría pasarme horas escuchándola y creo que no me cansaría de ella.

Me sorprende cuando anochece y me pregunta si quiero ir a su casa, pues vive bastante cerca de donde estamos. Le digo que sí sin pensarlo. Me apetece ver dónde vive. Como siempre, Saoirse vuelve a descolocarme. Esperaba una casa lujosa, pues puede permitírselo. Sin embargo, vive en una pequeña casa de madera de una planta. Eso sí, la ubicación es excepcional: está encima de un acantilado y tiene unas vistas inmejorables de la playa.

—Me costó salir del nido —me explica—. Pero cuando Bruce se mudó con Meg, comprendí que no podía vivir eternamente en casa de mis padres. Encontré esta cabaña y decidí reformarla.

La casa está decorada con mucho gusto y puedo ver retazos de su personalidad aquí y allá. Voy a la librería para cotillear qué tipo de libros le gusta leer.

—No toques nada, por favor —me pide nerviosa—. Soy muy maniática con mis cosas.

Levanto los brazos como si me estuviera apuntando con una pistola.

—¿Al menos puedo sentarme? —Señalo el sofá con la cabeza.

—Claro. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué te apetece beber?

—Lo mismo que a ti.

En realidad no quiero beber nada, pero la única opción que tengo para cotillear es cuando vaya a la cocina. En cuanto desaparece, doy un recorrido por el salón y lo observo todo con curiosidad. Lo que más llama mi atención es un pequeño barco de madera con su nombre tallado.

—Sabía que te pillaría con las manos en la masa —dice al volver, pero no parece disgustada.

Pone una bandeja con dos tés en la mesita que hay enfrente del sofá y se sienta.

—No he tocado nada. —Me siento a su lado—. Cuéntame la historia de ese barco. Parece importante para ti.

—Me lo regaló mi abuelo —contesta emocionada—. Solíamos ir a navegar juntos. Bautizó a su velero con mi nombre. Falleció hace unos años.

—¿Sigues navegando?

—Muy poco. Aunque vivamos en una zona costera, mi familia es más de secano. Bruce se marea cuando viaja en barco —comenta divertida—. Será mejor que no se lo digas. Se pone a la defensiva cuando saco el tema.

—No lo haré, aunque seguro que seguiré cayéndole mal.

Saoirse suspira.

—Los dos sois unos empresarios ambiciosos. Seguro que podéis sentaros a hablar… de negocios.

—Desde luego —la tranquilizo. No sé por qué me molesta tanto caerle mal a su hermano. Solo es un socio laboral. No voy a casarme con ella. Puede pensar de mí lo que le dé la gana.

—De verdad que siento muchísimo cómo se ha comportado. Intentaré convencerlo para que te pida disculpas.

—No las necesito.

—Le vendría bien una cura de humildad. Y yo sí las necesito.

—Entonces yo también.

Saoirse sacude la cabeza y se ríe. Me encanta el sonido de su risa.

—¿Me vas a dar la razón como a los tontos?

—No. —Todo el deseo que llevo conteniendo desde que su hermano nos interrumpió explota cuando le miro la boca—. Voy a hacer algo mejor.

La beso con la avaricia que me caracteriza. La boca de esta mujer sabe de maravilla. Ella me recibe encantada. Me gusta que siempre tenga tantas ganas como yo. Me olvido de su hermano y de todo lo que no importa excepto nosotros. Y por fin nos dejamos llevar…

33. No puedo pensar cuando haces esas cosas…

Saoirse

Sé lo que va a suceder. Esta vez no tengo dudas. No quiero frenar a Jack. Necesito dejarme llevar con este hombre que me toca como si fueran sus últimos minutos de vida. No quiero otra cosa.

—Jack… —murmuro mareada de deseo.

—Quiero hacerlo contigo. —Me da un mordisco en el cuello. Su mirada fogosa se cruza con la mía—. Deja que te folle, Ojazos.

—S-sí.

—Dios. —Me da un beso intenso y breve en la boca—. Hoy es el mejor día de mi vida.

Me río porque considero que exagera. Jack vuelve a besarme, y esta vez es un beso largo y cálido. Estoy sentada en su regazo, en una posición que no es del todo cómoda, por lo que me muevo para rodear su cintura con mis piernas. En esta postura su erección presiona contra esa zona tan íntima.

—Hoy me he puesto falda —le suelto.

Jack, que me estaba lamiendo el cuello, para de hacerlo. Murmullo una protesta. Él se echa hacia atrás, ladea la cabeza y me mira con los ojos entornados. Luego esboza una sonrisa de canalla.

—Esa es mi chica.

Su chica.

Oh, joder…

¿Por qué algo tan simple me hace sentir tan bien, sobre todo si sé que no es cierto?

—Quítate la ropa —me ordena con voz grave.

—Quítamela tú. —Mi respuesta provoca que enarque las cejas—. Quiero sentir tus manos en todas partes.

Jack obedece sin rechistar. Sus manos se trasladan a mi culo y me presionan contra su erección. Se me escapa otro gemido.

—¿Qué más quieres?

—N-no lo sé… —Me muerdo el labio. Estoy siendo sincera—. No puedo pensar cuando me haces esas cosas.

—Pues todavía no he hecho ni la mitad de lo que tengo en mente.

Antes de que pueda responder, me abre la blusa de un fuerte tirón. Los botones se desparraman por el sofá y el suelo. Me sobresalto. Pensé que esto solo se veía en las películas. Clava una mirada hambrienta en mi sujetador de encaje.

—Tienes muy buen gusto para la ropa interior. —Hunde la nariz en mi canalillo y me huele como un animal—. Lástima que te sobre.

Me desabrocha el sujetador con una mano. Tiene muchísima habilidad. Me pregunto cuántos sujetadores ha debido quitar. Ignoro esa pregunta. No me interesa. Y, en todo caso, me gusta su experiencia, siempre y cuando la emplee en satisfacerme…

Me quita el sujetador y mira mis pechos fijamente durante unos segundos, como si fuera la primera vez que los ve. Bajo su mirada ardiente me siento la mujer más sexy y poderosa del

mundo. Jamás me había pasado. Suelo ser vergonzosa, pero con él me resulta imposible.

—¿Te gusta que te muerdan los pezones?

Su pregunta me acelera el pulso. Ya vuelve a decir ese tipo de cosas. Uf, me encanta.

—Solo cuando tú me lo has hecho —le confieso.

Me dedica una sonrisa engreída y me entran ganas de pegarle, pero es la pura verdad. Jamás había disfrutado tanto como en aquella playa, y eso que no llegamos a acostarnos… Por desgracia, solo me he tropezado con cerdos egoístas que estaban demasiado ocupados en su propio placer para buscar el mío. Sin embargo, con él es diferente. Jamás habría imaginado que el tipo arrogante que conocí en aquel avión pudiera ser un amante tan generoso.

—¿Qué más te gusta que te haga? —pregunta, acercando la boca a mi pezón derecho. Su respiración cálida me hace cosquillas en esa zona tan erógena.

—La playa…

—¿La playa? —Bordea mi pezón con la lengua—. Sé más concreta, Ojazos.

—Hazme… lo que me hiciste en la playa.

—Ah, conque quieres repetir. —Su lengua me atormenta de una forma deliciosa—. Yo nunca repito, Ojazos. Te lo dije.

—Jack… —le ruego desesperada.

—Tranquila, puedo hacerlo todavía mejor. —Levanta la cabeza y me guiña un ojo—. A eso me refería.

Se merece una bofetada, pienso. Sin embargo, me olvido de que es un cabrón engreído cuando se lleva mi pezón a la boca. Mientras lo succiona y lo muerde con delicadeza, su mano derecha aferra mi otro pecho y me pellizca el pezón. Una corriente eléctrica me sacude por completo hasta llegar a mi sexo.

—¿Te gusta? —pregunta con voz ronca, a pesar de que sabe la respuesta—. Quiero oírtelo decir.

—Sí… —jadeo, arqueando la espalda—. Oh, sí, sí, sí…

Continúa lamiéndome y tocándome de esa forma tan increíble. Sé que voy a tener un orgasmo mientras devora mis pechos. Mi cuerpo se pone rígido para recibir esa explosión de deseo, justo cuando Jack se aparta, lleva la boca a mi oído y susurra:

—Apuesto a que ahora estás muy mojada.

—Jack —protesto enfurruñada. Quiero matarlo por haberme abandonado justo cuando mi cuerpo más lo necesitaba.

—Lo siento. —Me da un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja—. No sé lo que quieres si no me lo pides. El sexo es comunicación.

—Eres un cabrón arrogante —farfullo acalorada.

Se ríe y me da un beso en el cuello.

—Dime algo que no sepa.

—Se te da muy bien ponerme cachonda —digo sin pensar. Jack se echa hacia atrás para mirarme sorprendido. Vuelvo a soltarle lo primero que se me pasa por la cabeza—. Así que acaba lo que has empezado.

—A tus órdenes, Ojazos.

Quiero saltar de alegría, pero me contengo. Jack me coge en brazos como si no pesara nada, me tumba en el sofá y sé lo que va a suceder a continuación. Baja poco a poco, sin dejar de mirarme. Me sube la falda hasta la cintura. Me da besos por el vientre. Luego, mirándome fijamente, me arranca las medias. Doy un respingo por su brutalidad, pero me ha gustado. En

lugar de bajarme las bragas, las aparta a un lado para mirarme.

—Me gusta tu coño —dice, respirando contra esa zona tan íntima—. Me muero de ganas de estar dentro de él.

Me da un pequeño lametón, de abajo a arriba. Suelto un gemido ronco, grave y gutural. Nunca me ha gustado el sexo oral. No he tenido la suerte de tropezarme con ningún tipo que lo hiciera bien. Sin embargo, eso ha sido…

—¿Te ha gustado? —exige saber. Me da una palmada en el sexo para que responda.

—Sí. —Separo las piernas para que vuelva a hacerlo—. Oh, dios. Sí.

Sé que está sonriendo. Me da igual. Puede presumir todo lo que quiera mientras me dé lo que necesito. Jack frota la palma de su mano por mis pliegues y me retuerzo de placer. Luego vuelve a darme otra palmada. Me está… *pegando* justo ahí. Es algo sucio, y no sé por qué me gusta tanto. Quiero que vuelva a hacerlo. Para demostrárselo, arqueo las caderas para buscarlo.

—Así que eres una chica mala… —Otra palmada. Me retuerzo de placer. Clavo las uñas en la colcha del sofá—. ¿Quieres que te castigue?

—No lo sé… —consigo balbucear. ¿No lo sé? Joder, ni idea—. Quiero… que hagas que me corra.

—Mala y exigente. —Lo veo sacudir la cabeza y sonreír—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Lo que quieras.

—No me tientes —dice más serio.

—Lo que quieras… —Arqueo las caderas para buscarlo de nuevo—. Por favor…

—Si me lo pides así —acerca su boca a mi sexo—, tendré que dártelo.

Me lame lentamente. Cierro los ojos y abro la boca. Se me escapa otro gemido. Jack vuelve a hacerlo, esta vez acercándose un poco más al clítoris. Me está follando con la boca. Dios, me encanta. Entonces, cuando creo que no puedo soportarlo más, vuelve a pegarme una bofetada. Chillo de placer. Separo más las piernas.

—¡Más! —le pido sin reconocerme—. Más, más, más…

Cuando se queda inmóvil durante demasiado tiempo, abro los ojos para mirarlo y descubrir qué va mal. A lo mejor he hecho o dicho algo que le haya molestado. Sin embargo, Jack me está mirando… alucinado. Entonces comprendo que mi reacción le ha encantado y le sonrío con timidez.

—Eres una caja de sorpresas —dice devolviéndome la sonrisa—. Solo por eso voy a comerte el coño como te mereces.

—Jack…

—Bueno, vale. —Me agarra los muslos y me abre por completo—, y porque desde que nos conocimos en aquel avión he soñado con tenerte justo así. Abierta de piernas, anhelante y mojada.

—Jack…

No se puede negar que sea un hombre que no cumple lo que promete. Su lengua me lame por todas partes. Es… increíble. Jamás había sentido nada igual. Los ramalazos de placer recorren todo mi cuerpo. Cuando me penetra con un dedo y murmura que le encanta lo húmeda que estoy, no puedo más y estallo en un orgasmo devastador. Jack no deja de lamerme hasta que me tranquilizo. Entonces, me da un beso en el interior del muslo.

—Me encantas.

—A mí… me encanta lo que me haces.

—Mira lo que tú me haces a mí. —Coge mi mano para llevarla a su entrepierna.

Me incorporo a pesar de que estoy extenuada. Necesito verlo desnudo y tocarlo. Le desabrocho la camisa con manos temblorosas y noto que él se estremece. Lo voy besando mientras lo desvisto. En el cuello, en el pecho, en el abdomen… y me percato de que le encanta que lo haga. Le gusta muchísimo, de una forma irracional, que no logro entender porque no estoy haciendo nada del otro mundo.

—¿Sigues muriéndote de ganas de estar dentro de mí? —le pregunto con tono arrogante.

—Joder, Ojazos —dice como si ahora fuera yo quien lo está matando—. La respuesta a esa pregunta siempre será sí.

Le ofrezco una sonrisa arrogante y satisfecha antes de levantarme y bajarme la falda. Dejo caer las braguitas. Me deshago de lo que queda de mis medias ante su atenta mirada. Luego, le doy la mano para que me acompañe. Jack ni siquiera lo duda. Acepta mi mano y deja que lo guíe hasta mi habitación. No sé quien de los dos se tumba antes en la cama. Lo ayudo a desvestirse y se me escapa un gemido de admiración cuando lo veo desnudo. Es… impresionante.

Trago saliva cuando veo que se inclina para coger un preservativo del bolsillo de sus pantalones. A pesar de la faceta que ha mostrado antes, ahora le tiemblan las manos. No puedo creer que esto, lo que estamos a punto de hacer, le imponga tanto a un hombre con su experiencia. Se lo arrebato para hacerlo yo. Él me mira complacido cuando se lo pongo. Ni siquiera lo pienso al sentarme a horcajadas encima de él. Me penetra muy despacio y ambos aguantamos la respiración.

—Joder… —murmura casi sin respiración—. Vas a acabar conmigo…

—Todavía no.

Mi boca encuentra la suya. Me besa con desesperación. Le pongo una mano en el pecho para apartarme y me mira contrariado, hasta que empiezo a moverme. Entonces, Jack pone las manos en mis caderas y me observa como si fuera una puñetera diosa. Acelero el ritmo. Sé que ambos estamos a punto.

—Saoirse… —La forma en la que pronuncia mi nombre me acelera la respiración—. Oh, Saoirse…

Jack se tensa, clava las manos en mis caderas y suelta un gruñido. Segundos después, el orgasmo que me alcanza es tan intenso que me dejo caer encima de él. A los dos nos falta el aliento. De repente, me entra la risa floja. No sé por qué. Mi reacción lo desconcierta un poco, no es para menos.

—Perdona —digo con los ojos brillantes de algo nuevo. Me aparto un poco para mirarlo a la cara—. Es que… me ha gustado mucho.

—Y a mí. —Me pone las manos en las mejillas y me mira de una forma que no sé descifrar —. No sabes cuánto.

—Bueno. —Me muerdo el labio—. Me hago una idea.

Jack sacude la cabeza, y entonces también se ríe.

—No, qué va —dice entre risas—. En absoluto.

Su risa es contagiosa y vuelvo a reírme, esta vez con él. En el fondo sé lo que nos pasa. Acabamos de descubrir que tenemos una química brutal en la cama. Tengo la impresión de que algo así es muy complicado de encontrar. Quizá a él ya le ha pasado otras veces, con otras mujeres. No obstante, para mí es algo nuevo. Por eso me tumbo encima de él y lo abrazo, para que no se vaya. Quiero repetirlo dentro de un rato, cuando nos recuperemos. Si va a marcharse dentro de unos días, me gustaría aprovechar el tiempo que nos queda juntos…

34. ¿Puedo quedarme a dormir?

Jack

Saoirse y yo lo hacemos dos veces más antes de rendirnos al cansancio y el hambre. A la hora de la cena me ofrezco a preparar la comida, pero como no estoy acostumbrado a cocinar, termino quemando la tortilla con verduras con las que me he propuesto impresionarla. A mi espalda, Ojazos se parte de risa. Me gusta que se lo tome con humor. Folla de vicio, es preciosa y divertida, ¿tiene alguna falta?

—¡Se te da fatal cocinar!

—Soy mejor comiendo lo que me gusta —le suelto con atrevimiento, y mi mirada desciende intencionadamente hasta sus piernas—. ¿O no?

—Jack… —Se sonroja y juega con un mechón de su pelo. Me parece adorable. Hace un momento, la tenía entre mis brazos y no estaba avergonzada. Me encanta que sea tímida, pero se suelte conmigo—. Eres lo peor…

—Lo peor, eh. —La envuelvo con mis brazos y le doy un beso en la mejilla—. ¿Tengo que recordarte que hace unos minutos no pensabas lo mismo?

Se revuelve y me pega sin fuerza en el hombro.

—¡Sinvergüenza!

—Como si no te gustara… —Me rio y esquivo otro golpe—. ¿Hay algún restaurante al que podamos pedir?

—¿Pizza o sushi?

—¿Qué te apetece?

Odio el sushi. Por favor, que pida pizza…

—Pizza —decide para mi alivio—. Con el sushi siempre me quedo con hambre.

Saoirse va a buscar su teléfono para pedir la pizza. Me pregunta de qué sabor la quiero y le respondo que de cualquiera que no contenga piña, por lo que me gano una mirada aprobadora de su parte. Genial, hasta en eso somos compatibles. Acabo de encontrar a la compañera sexual perfecta y tengo que marcharme dentro de unos días. ¿Cómo voy a sobrevivir sin volver a besarla o estar dentro de ella?

Una mezcla de pánico y ganas me invade, así que en cuanto termina la llamada voy a su encuentro, la levanto del suelo y la llevo en brazos a la cama.

—¡Jack! —protesta riendo—. La pizza llegará dentro de media hora…

—Puedo darme prisa —miento. Porque, cuando se trata de su cuerpo, lo último que tengo es prisa.

***

Hemos cenado en la cama. Al final, el pizzero llegó dos minutos después de que me corriera. Ahora estamos acurrucados debajo de las sábanas mientras vemos un concurso de televisión en el que Saoirse acierta todas las preguntas.

Guapa, divertida y lista. ¿Se puede pedir más? Desde luego que no.

—¿Mañana trabajas?

—Sí —suspira desganada.

—Tómate el día libre.

Lo que quiero decir es: quédate conmigo.

—No puedo. Tengo una reunión muy importante.

Debería acostarse si quiere llegar descansada al trabajo, pero soy demasiado egoísta en ese sentido. Teniendo en cuenta el poco tiempo que nos queda juntos, en este momento solo la quiero para mí.

—¿Puedo quedarme a dormir?

La pregunta nos sorprende a los dos. Frunzo el ceño. ¿Acabo de preguntarle si puedo pasar la noche en su casa? Joder, no me reconozco. Y, por la cara que pone Ojazos, sé que ella tampoco.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte a dormir? —pregunta aguantándose la risa—. Pareces asustado.

—Sí.

—Oh, estás asustado.

—No, joder —responde nervioso—. Sí a lo de quedarme a dormir, si a ti no te importa.

Se queda pensativa, lo que me molesta y me pone todavía más nervioso. Sé por qué quiero quedarme. Ahora mismo este es el único lugar en el que quiero estar. Si me dice que me largue va a ser un duro golpe para mi ego. De verdad que no me reconozco, pues jamás he dormido con una mujer. Siempre he mantenido esa distancia: después de follar es mejor dormir separado para no confundir las cosas. Sin embargo, con ella…

—Quédate —decide.

—Lo dices como si fuera…

—Quiero que te quedes —me interrumpe con sinceridad—. Simplemente me has sorprendido.

—Ya somos dos —admito con naturalidad—. Es la primera vez.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Saoirse me mira y sé que merece algo más que una respuesta indecisa, así que añado—: Porque me gusta muchísimo estar contigo y me iré dentro de unos días.

—Entiendo.

Por algún motivo, mi respuesta parece haberle molestado.

—¿Qué pasa? —pregunto con suavidad.

—Nada, es que… —Se muerde el labio, pero sé que va a ser sincera conmigo. Hasta el momento, ambos lo hemos sido con el otro—. Creo que si te quedaras más tiempo acabaría enamorándome de ti como una idiota, a pesar de que me he prometido que paso del amor. Por suerte para mí, te marchas y esto solo será… una aventura.

No sé cómo sentirme.

¿Podría enamorarme de Saoirse?

¿Por qué me late el corazón tan deprisa?

¿Por qué cojones tengo tanto miedo?

35. A la mierda las dudas

Max

El día es bastante raro en el trabajo. Tenemos una reunión en la que coincido con Saoirse, pero ella no me dirige la palabra. De hecho, ni siquiera me observa cuando la busco con la mirada para descubrir si está muy enfadada. Al final, hago de tripas corazón y comprendo que merece una disculpa. Puede que me duela que esté viéndose con Jack, pero sé que no tengo derecho a juzgarla.

—Seer —la llamo cuando salimos de la reunión.

Ella se tensa. Luego, acelera el paso en dirección a su despacho.

—No me llames así.

—Me dijiste que te gustaba.

—Pues ahora me molesta.

Genial, esto va a ser más difícil de lo que pensaba…

—¿Podemos hablar un momento de…?

—No, Max. Estoy cansada de… —Saoirse frena antes de doblar la esquina y estoy a punto de chocarme con ella. Me hace un gesto para que guarde silencio cuando voy a preguntarle a qué viene esto. Entonces lo comprendo al escuchar un corrillo de voces. Reconozco a algunas personas. Son algunos empleados del departamento de marketing. Están hablando de ella.

—No sabía que pudiera ser tan bruja —dice una chica—. Al final resulta que la tartamuda tiene agallas.

Los demás se ríen. Voy a salir a hacerles frente, pero Saoirse me pone una mano en el pecho. Tiene el rostro muy serio.

—Parece que, de buenas a primeras, a la niñita le gusta ser el centro de atención —comenta un tipo que creo que se llama John—. ¿La visteis besarse con Jack Preston el otro día, delante de la oficina? No sabía que así se firmaban los contratos…

—¿Os estáis divirtiendo? —Saoirse sale a su encuentro. Todos se quedan pálidos. Ahora ninguno de ellos se ríe—. Ya veo que tenéis mucho tiempo libre. Supongo que por eso lo desperdiciáis hablando de mí. Tendré que comentárselo a Meg, vuestra jefa. Por suerte para vosotros, no formáis parte de mi departamento. De lo contrario, ya estarías despedidos.

Todos agachan la cabeza mientras Saoirse los estudia como si fueran hormigas a las que no aplasta por pena. Yo, sin embargo, los contemplo con rabia. No soporto que hablen así de ella.

—Debería daros vergüenza —les ladro indignado—. Sois…

—No pierdas el tiempo —me pide Saoirse—. No merece la pena.

Da un paso y todos se apartan para dejarla seguir su camino. Clavo una mirada furiosa en John, que es el primero que tengo delante.

—Yo no soy tan benévolo como ella. Si vuelvo a oír que la criticáis, convenceré a Bruce de que os despida. Ya sabéis el mal carácter que tiene.

Luego voy tras ella, que se ha encerrado en su despacho. Estoy cabreado y nervioso. No voy a negar que no he escuchado que anoche se besó con Jack. Y eso… todavía me enfurece más. Porque soy un cobarde. Porque llevo demasiado tiempo callándome lo que siento.

—Max, en serio —protesta sin mirarme—. Primero ellos me insultan y ahora tú me sigues a

mi despacho cuando te he dicho que me dejases en paz. ¿Qué tengo que hacer para que la gente me respete?

—Tengo algo importante que decirte.

Se vuelve hacia mí. Parece cansada.

—¿Qué es eso tan importante que…?

No la dejo terminar. Acorto la distancia que nos separa y la beso con decisión. A la mierda las dudas.

36. Pero ¿qué…?

Saoirse

El beso de Max me pilla absolutamente desprevenida.

Si me hubieran preguntado qué era lo que iba a suceder hoy en la oficina, jamás habría respondido que Max iba a besarme.

El dulce, amable y bueno de Max.

Me besa de una forma cálida y tierna, pero también un poco exigente. Como si quisiera demostrarme muchas cosas. Como si le diera igual que alguien nos sorprendiera. Como si hubiera deseado besarme desde hace mucho tiempo. Y, lo reconozco, que te besen de esta forma es francamente halagador.

Estoy tan conmocionada que no consigo reaccionar. No hago nada. No me aparto. Tan solo siento el tacto de sus labios, presionando contra los míos. Max me está agarrando de los brazos, pero no lo hace con fuerza. Podría apartarme si quisiera.

¿Quiero apartarme? No besa mal, en absoluto. Reconozco que este beso me está aturdiendo, quizá porque no lo había visto venir. Ni siquiera necesito que me explique por qué lo ha hecho, pues me está diciendo un montón de cosas al besarme. Verdades profundas, que siempre han estado ahí y, por alguna razón, he estado demasiado ciega para reconocer.

Sin embargo, no es la boca de Jack, autoritaria y decida. Sus labios no saben a él. Podría dejarme llevar y devolverle el beso, pues Jack me ha dejado muy claro que no es un hombre que esté buscando una relación seria. Pero lo último que quiero es tratar de olvidar lo que sucedió anoche entre nosotros besando a Max. Por eso me aparto.

Max me mira a los ojos y tengo ganas de acariciarle el pelo y decirle que lo siento, no sé por qué.

—Seer —dice con voz grave—, me gustas desde hace mucho tiempo.

—Max…

—No —me pide agobiado—. Tú solo déjame hablar, ¿vale?

Asiento con la boca seca. Max respira hondo. Es evidente que le ha costado mucho esfuerzo tomar esta decisión.

—No hay otra mujer para mí. La chica de la que te hablé… —Me mira y sonríe con tristeza —. Eres tú, no Jane. Para mí, siempre has sido tú.

—Oh, Max —es todo lo que puedo decir.

—Sé que en este momento no tengo ninguna oportunidad. —Me lee la mente—. Pero necesito que seas sincera conmigo, por favor.

—Vale —respondo nerviosa.

—¿La habría tenido si hubiera hecho esto antes? —Se lamenta—. ¿Habría existido alguna posibilidad de que me devolvieras el beso si no hubieras conocido a Jack? O si yo hubiera sido más valiente antes de que él apareciera en tu vida…

Arrugo la frente y pienso bien la respuesta. Para mi sorpresa, no estoy del todo segura. Max es un hombre apuesto, divertido y sensato. Es amable y un amigo leal. Sé que jamás me haría daño a propósito. Es… un buen chico. Y yo siempre he querido enamorarme de un buen chico.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Creo… tal vez sí. No lo sé, Max. Sé que no es la

respuesta que esperabas oír, pero…

—Lo entiendo —asiente mientras se pasa una mano por el pelo—. De verdad que lo entiendo, Seer.

—No quiero que las cosas cambien entre nosotros —digo apenada—. Para mí eres alguien muy importante.

—Tengo que irme. —Me ofrece una sonrisa derrotada.

Quiero abrazarlo o hacer algo para que se sienta mejor, pero se va antes de que consiga reaccionar. Solo entonces me llevo una mano a los labios y comprendo que el beso me habría gustado más si no hubiera conocido a Jack. Pero, en este momento, mi cabeza es incapaz de pensar en otro hombre que no sea él. Así son las cosas. Tal vez Max y yo hubiéramos tenido una oportunidad en otro momento. No lo sé. He sido sincera con él.

37. Quiero hacerte feliz

Jack

Noto un poco rara a Saoirse cuando la recojo. Le pregunto qué sucede y responde que ha tenido un día duro en el trabajo. Tengo la impresión de que me miente, pero lo dejo estar porque quiero que el día sea perfecto. Ella no merece menos.

—¿A dónde vamos? —pregunta extrañada cuando entrelazo nuestras manos y dirijo el paseo.

—Ya lo verás.

Quería darle una sorpresa. El pueblo es pequeño y ayer me lo enseñó, así que me muevo como pez en el agua. Nos dirigimos al puerto y a ella se le ilumina la expresión al ver el velero que he alquilado.

—Ya sé que no es el Saoirse, pero… —le sonrío con nerviosismo—, espero que te guste. ¿Te apetece navegar conmigo?

—¡Por supuesto que sí!

Le doy la mano para ayudarla a subir al barco. Luego suelto el cabo y me pongo al timón. Ayer no le dije que sabía navegar. En cuanto me contó que le gustaba salir a navegar con su abuelo supe que le daría una sorpresa.

—Hay refrescos y sándwiches en esa nevera —le digo.

—Has pensado en todo.

—Me gusta estar preparo, Ojazos.

Le guiño un ojo y ella se ríe.

Aunque insisto en tomar el timón para que ella pueda disfrutar del viaje, me dice que le apetece ponerse al mando, así que nos vamos turnando. Me pregunta dónde aprendí a navegar y le explico que me enseñó mi tío, el hermano de mi padre. Está atardeciendo cuando conduce el barco hasta aquella cala en la que estuvimos a punto de acostarnos.

—¿Me estás lanzando alguna indirecta? —le pregunto con una media sonrisa—. La respuesta es sí.

—No, idiota. —Se ríe como si fuera un caso perdido—. Me encanta ver la puesta de sol desde aquí.

Vamos a sentarnos en la proa y contemplamos la puesta de sol en silencio. Ella tiene la cabeza apoyada en mi hombro y una sonrisa apacible en los labios. Está preciosa. Me gustaría capturar este momento para siempre.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunta mientras se pone el sol.

—Porque me dijiste que te encanta navegar…

—Jack. —Se vuelve para mirarme con intensidad—. Te dije que cabía la posibilidad de que me enamorase de ti si te quedabas más tiempo. Y ahora haces esto por mí. Es que… no lo entiendo. —Aprieta los labios—. ¿Por qué haces esto por mí si no quieres una relación seria? Ya has conseguido lo que querías: acostarte conmigo.

Me aparto de ella, un poco dolido. No entiendo a qué viene esa pregunta. He alquilado este barco porque quería verla sonreír. Porque mataría por cada una de sus sonrisas. Porque me encanta estar con ella, aunque lo nuestro tenga fecha de caducidad.

—Quería hacerte feliz —le confieso, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Es

malo que quiera hacerte feliz?

—No. —Se le escapa un suspiro—. En absoluto.

—Pareces triste, que es lo contrario a lo que yo quería.

—¡No estoy triste! —exclama alarmada—. Es solo que… a veces no te entiendo. Me gustaría llegar hasta ti.

—Ya me tienes. —Cojo su mano y la pongo en el centro de mi pecho—. Has llegado a mí, Ojazos. Eres la única persona que lo ha hecho.

—Prométeme que no me olvidarás —me pide—. Prométeme que, cuando vuelvas a tu vida en Nueva York, no te olvidarás de mí.

—Saoirse —digo poniéndome serio—. Es imposible que te olvide. Te has metido dentro de mi piel. Pensé que ya lo sabías.

—¿Saber qué?

—Si existiera una posibilidad de que me enamorase de alguien, tú serías esa persona.

—Pero… no crees en el amor.

—No es que no crea, sino que… —medito mis palabras, pues ya no estoy seguro de nada—, no es para mí.

Sin embargo, cuando le paso un brazo por los hombros para atraerla hacia mí, dudo de lo que acabo de decir. Porque, francamente, en este momento no quiero nada que no sea estar con ella.

38. Un día raro

Saoirse

El ambiente en la oficina me resulta extraño. Después de haberle leído la cartilla a los empleados de mi departamento, ahora todos me muestran el respeto que siempre he ansiado. Incluso los empleados del departamento de marketing a los que pillé hablando de mí se muerden la lengua y agachan la cabeza. Una parte de mí quiere disfrutar de la situación, pero no puede porque no dejo de pensar en Jack.

Anoche tuvimos una velada maravillosa en el velero. Hacía mucho tiempo que no salía a navegar. Me gustó que me diera aquella sorpresa, pero sigo sin entenderlo. ¿Por qué es tan bueno conmigo si no va buscando nada serio? Y lo peor de todo es que soy incapaz de hacerme ilusiones, a pesar de que me prometí que no volvería a caer en las redes de ningún hombre. ¿En serio tengo que hacerme ilusiones con uno que me ha advertido que no cree en el amor?

Para colmo, al reencontrarme con Max en el trabajo noto que me evita. Ahora estoy hecha un lío. No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza. Max siempre me ha parecido guapo y agradable. Por eso, cuando me preguntó si le habría devuelto el beso de no haber conocido a Jack, fui sincera con él. No lo sé, es la pura verdad. En el fondo, estoy convencida de que me habría dejado llevar si no me hubiera cruzado con ese americano de sonrisa arrogante.

—Hola, Max —lo saludo cuando nos cruzamos en la cafetería.

—Hola, Saoirse.

Ya ni siquiera me llama Seer. No sé cómo sentirme al respecto. Recuerdo con todo lujo de detalles el beso que me dio. La verdad es que no estuvo nada mal. O quizá estoy viendo cosas donde no las hay porque me gustaría que Jack apostara por nosotros, pero sé que es imposible. Por tanto, mi estúpido corazón decide hacerse ilusiones con Max, un chico al que sí le gusto.

Joder, yo no soy así.

Max no es mi segundo plato. Jamás lo utilizaría de esa manera tan horrible. Tal vez por eso me atrevo a seguirlo hasta la mesa en la que se sienta para tomar el café y el bollo que ha comprado.

—Ey —digo algo nerviosa. Señalo la silla que hay a su lado—. ¿Está ocupada?

—No, pero… —Max levanta la cabeza y me mira indeciso—. Prefiero estar solo, Saoirse.

—¿Ya no me llamas Seer? —le pregunto apenada.

—Ayer me dijiste que no te gustaba.

—Te mentí.

Max me mira con una mezcla de confusión y cansancio.

—¿Qué quieres?

Me armo de valor y me siento a su lado.

—Quiero seguir siendo tu amiga.

—Para mí ya no es posible. Ahora sabes la verdad. —Max clava la mirada en sus zapatillas. Me doy cuenta de que ha debido de dormir fatal, pues tiene unas profundas ojeras—. De hecho, me siento bastante incómodo. Por eso te he estado evitando. Necesito tiempo para hacerme a la idea de que entre nosotros no va a surgir nada.

—Vale —respondo con un nudo en la garganta. Lo útimo que quiero es incomodarlo. Por eso

me levanto y le pongo una mano en el hombro—. No quería hacerte daño, Max…

—No es culpa tuya —me aclara con vehemencia—. Supongo que nadie tiene la culpa.

De repente, tengo la impresión de que alguien me está observando y me doy la vuelta para encontrarme con la mirada penetrante de Jack. Esta mañana le envíe un mensaje en el que le pedía que viniera a recogerme un par de horas antes, pues he adelantado mucho trabajo. No sé qué hora es, así que supongo que habrá entrado al ver que no salía de la oficina. De inmediato, aparto la mano del hombro de Max como si me hubiera pillado haciendo algo malo.

—Hasta luego, Max —me despido de él.

Max y Jack se miran. No parece una mirada amigable.

—Pásalo bien, Saoirse —dice. No hay acritud en sus palabras, pero sí una profunda tristeza.

Voy a encontrarme con Jack. Cuando lo abrazo, se muestra más rígido de lo normal.

—Cualquiera diría que te alegras de verme… —le riño.

—Perdona. —Sus músculos se aflojan y me rodea con sus brazos. Me da un beso en la sien —. Por supuesto que me alegro de verte. De hecho, llevaba diez minutos esperando fuera y he entrado porque me moría de ganas de besarte. Espero que no te importe que nos vean juntos.

—Para nada.

—¿He interrumpido algo importante? —Sé que se refiere a Max. Puedo notar los celos implícitos en su pregunta.

—Una charla entre amigos —le resto importancia. No quiero que crea que hay algo entre Max y yo, pero en este momento tampoco me apetece contarle la verdad. Él me advirtió que le gustaba a Max y no le hice caso—. ¿Nos vamos?

—Donde tú quieras.

Le sonrío y luego nos dirigimos a mi coche. Conduzco directamente a mi casa, pues no me apetece estar en otro sitio. Se va dentro de muy pocos días y lo lógico es que aprovechemos el tiempo que nos queda juntos haciendo lo que mejor se nos da.

—Es un detalle por tu parte que me hayas invitado a merendar a tu casa —dice con tono jocoso.

—¿Te he dicho alguna vez lo idiota que eres?

Jack se ríe cuando me pongo a desvestirlo con rapidez. Al final acabamos desnudos en el sofá. Tengo demasiadas ganas para molestarme en llegar a la cama. Me arrodillo a sus pies y me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué vas…?

—¿Tampoco te he dicho que hablas demasiado? —pregunto con un deje de chulería.

Cojo su erección y comienzo a masturbarlo sin dejar de mirarlo a los ojos. A él se le escapa un gemido. Luego se relaja con la espalda apoyada en el sofá y los ojos entornados. Sé que debo estar haciéndolo muy bien, pues murmura mi nombre. Por eso voy un paso más allá y lamo la punta de su pene.

—Saoirse…

—¿Qué? —replico con una sonrisa traviesa.

—Me estás matando…

—Tienes muy poco aguante, señor Preston. —Le doy otro lametazo y noto como todo su cuerpo tiembla—. Me decepcionas.

—Luego te voy a castigar por…

No consigue acabar la frase, pues me la meto en la boca. Me esfuerzo para que recuerde este momento. Cuando se marche a Nueva York quiero que sea incapaz de borrar esta imagen de su

cabeza.

—Oh, Ojazos… —Jack entierra las manos en mi pelo y levanta las caderas para buscar mi boca—. Sigue, me encanta…

Es lo que hago. Sigo masturbándolo y acariciándolo con la lengua hasta que está a punto de correrse. Entonces, Jack me agarra de los hombros para que me levante. Busca un preservativo, se lo coloca con rapidez y me pide con la mirada que me siente encima de él.

—Ah… —Echo la cabeza hacia atrás. Me sigue sorprendiendo lo bien que encajan nuestros cuerpos—. Jack…

—Lo sé —responde con voz ronca. Me da un beso en la sien—. Joder, lo sé…

Quiero preguntarle qué es lo que sabe, pues yo no estoy segura de nada en este momento. Acelero el ritmo cuando noto que está a punto de correrse. Me da una cachetada en el culo que me pone a cien y es todo lo que necesito para llegar al orgasmo unos segundos antes que él. Termino medio tumbada sobre su pecho mientras él me acaricia la espalda.

—¿Te sigo pareciendo un idiota?

—Sí. —Nos reímos porque sabemos que he mentido.

—Me gustaría que estas vacaciones no terminaran nunca —me confiesa. Sus palabras me sorprenden, por lo que me alejo un poco para mirarlo a los ojos. Jack me aparta el pelo de la cara con delicadeza y me sonríe. Parece vulnerable, algo impropio de él—. Estar contigo se ha convertido en mi pasatiempo favorito.

—No tienes por qué irte —le suelto sin pensar—. Podrías alargar tus vacaciones…

—Entonces no me iría nunca de tu lado.

Un cosquilleo me sube por el estómago.

—Pues no te vayas —digo muy bajito.

—Saoirse —se tensa—. Siempre he sido sincero contigo. Mi vida está en Nueva York. No puedo…

—Lo entiendo —digo decepcionada, intentando que no se me note—. De verdad, no tienes que darme explicaciones. Ha sido un comentario ridículo y fruto del momento.

Me levanto para ir al baño. Jack me persigue con la mirada y le ofrezco una sonrisa falsa. Cuando me encierro en el baño tengo ganas de gritar o romper algo. No sé por qué le he pedido que se quedara. ¿Se puede ser más tonta? Jack Preston no va a enamorarse de mí. Nos estamos divirtiendo. Eso es todo. ¿Por qué sigo creyendo en los cuentos con final feliz? Es obvio que nuestra historia tiene fecha de caducidad.

39. Todo es confuso y difícil

Jack

Mi corazón se resquebraja cuando Saoirse se encierra en el baño. Sé que mi respuesta le ha dolido, aunque haya intentado fingir lo contrario. Empiezo a conocerla. Pero ¿alargar mis vacaciones? ¿quedarme en Emerald Beach? ¡Es una locura! Mi vida está en Nueva York. De hecho, suele ser tan ajetreada que solo tengo tiempo para un revolcón esporádico con alguna atractiva desconocida.

Sí, es cierto que lo paso de maravilla a su lado. Estos días están siendo un regalo inesperado. Soy plenamente consciente de que he conectado emocionalmente con Saoirse. Lo nuestro va más allá del sexo, aunque tenemos una química brutal. Sin embargo, no puedo abandonar la vida que he construido por una mujer a la que acabo de conocer.

Es absurdo.

Incluso si quisiera, no podríamos estar juntos. Nos separan miles de kilómetros, ¿cómo íbamos a conseguir que funcionara? No tengo experiencia en una relación romántica. La acabaría cagando. Le haría daño y jamás podría perdonármelo…

Además, está ese imbécil de Max. Todavía no estoy seguro de que Saoirse no sienta nada por él. Es evidente que él está enamorado de ella. Y esta tarde, cuando los he visto juntos, he sentido un inesperado ataque de celos que me ha dejado patidifuso. Esa es otra de las razones por las que no es una buena idea que mantengamos una relación a distancia. Acabo de darme cuenta de lo posesivo que soy cuando una persona me gusta. Me comería la cabeza a miles de kilómetros de ella, pensando en lo que estaría haciendo. Temiendo que se hubiera dado cuenta de que estar con Max fuese más fácil.

Mierda, nunca había estado tan asustado.

¿Por qué todo es tan confuso y difícil? Debería estar contento porque he conseguido acostarme con ella. Sin embargo, ahora que la he conocido me he dado cuenta de que no voy a poder olvidarla. La petición que me hizo anoche en el velero no tenía ningún sentido.

¿Olvidarte, Saoirse? ¿Lo dices en serio? Sería imposible, aunque lo intentara con todas mis fuerzas…

40. Si va a ser la última vez que nos veamos…

Saoirse

Jack y yo pasamos un puñado de días maravillosos juntos. Volvemos a salir a navegar, nos encerramos en mi casa para hacer maratón de sexo y hablamos de cualquier cosa que se nos ocurra.

A su lado me siento rabiosamente feliz, aunque sé que lo nuestro tiene fin. Quizá por esa razón ninguno de los dos menciona que tiene que marcharse, hasta que llega el viernes. Mañana a primera hora coge un avión con destino a Nueva York. Ahora, tumbada con él en la cama, no puedo dejar de pensar que hoy es nuestra última noche. ¿Volveremos a coincidir? ¿Será esta la última vez que nos veamos?

—Una moneda de oro por tus pensamientos.

Tengo la cabeza apoyada en su pecho mientras él me acaricia el pelo. Me encanta que lo haga.

—Ya sabes lo que estoy pensando, Jack.

—Sí. —Respira hondo—. Lo sé, Ojazos…

—¿A qué hora te marchas?

—Tengo que estar en el aeropuerto a las diez en punto.

—Tendrás que salir de aquí a las ocho. Si quieres puedo acercarte.

Jack está más callado de lo normal, lo que es inusual, pues suele hablar por los codos.

—¿Tan malo es que quiera despedirme de ti? —pregunto algo indignada.

—No. —Jack deja escapar el aire de golpe—. Simplemente haces más difícil que me vaya.

Pues no te vayas, pienso. Sin embargo, me trago mis palabras porque ya sé lo que sucedió la última vez que se lo propuse.

—¿Qué habría pasado entre nosotros si vivieses en Irlanda?

Tarda bastante en responder.

—Si viviera en Irlanda me habría replanteado muchas cosas.

—¿Sobre el amor?

—Sobre todo lo que creo saber de la vida.

Su respuesta me gusta, pero también me confunde.

—Podemos seguir en contacto —sugiere—. Tengo tu número.

Lo medito durante unos segundos. Creo que si Jack me llama por teléfono solo intensificará el dolor que ya empiezo a sentir por su partida. Además, sé que no podemos ser amigos. No puedo seguir en contacto con él. De lo contrario, acabaría entregándole el corazón.

—No puedo, Jack.

—Saoirse…

—He dicho que no puedo —me apoyo en su pecho para mirarlo—, no que no quiera. Es diferente, Jack. En el fondo, entiendes mis motivos.

—Mi dulce Saoirse. —Me mira como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida, lo que hace que todavía lo entienda menos—. Te voy a echar demasiado de menos.

—Te olvidarás de mí —respondo enfurruñada—, con la primera mujer atractiva con la que te cruces.

—Me duele que creas que eres tan fácil de olvidar. —Me estrecha entre sus brazos y me da un beso en la frente—. Para mí eres única, Ojazos.

Soy incapaz de no creerlo cuando me habla de esa forma. Algo dentro de mí sabe que le importo. Tal vez Jack tenga razón y sea incapaz de enamorarse. Sin embargo, mi intuición me dice que, si ambos viviéramos en la misma ciudad, no tendría tanto miedo de apostar por lo que estamos viviendo. O, al menos, eso es lo que elijo pensar para sentirme un poco mejor.

—Quédate a dormir —le pido, aunque es ridículo que lo haga porque ha pasado las últimas noches en mi casa—. Mañana te acercaré al hotel y luego te llevaré al aeropuerto.

Se me escapa un bostezo. Ya no puedo contener el cansancio.

—Duérmete, Ojazos. —Me abraza para que recueste la cabeza en su pecho y me da un beso en el hombro.

—Jack… —digo antes de rendirme al cansancio—. Habría sido bonito que hubiéramos vivido más cerca.

—Si viviésemos más cerca, Saoirse…

No consigo escuchar lo que va a decir, pues me quedo profundamente dormida. Sueño con un final feliz en el que sí acabamos juntos. En ese final, este hombre que no cree en el amor se da cuenta de que está perdidamente enamorado de mí.

Soñar es tan bonito…

41. Carta de despedida

Jack

Sé que seré incapaz de despedirme de ella si me acompaña al aeropuerto, así que salgo de la cama al cabo de un par de horas. Me duele que esta sea la última vez que nos veamos, pero no puedo actuar de otra forma.

Si viviésemos más cerca, Saoirse, nada ni nadie me alejaría de ti.

Pero ella es irlandesa y yo soy estadounidense. Su vida está en este precioso pueblo de acantilados verdes, mientras que la mía en un ático del Upper East Side.

No puede ser.

Aunque quiera, lo nuestro es una historia imposible.

Además, joder, tengo tanto miedo…

Nunca había sentido nada parecido por otra mujer. Ojazos es única. Si me acompaña al aeropuerto no subiré al avión. Por eso me visto sin hacer ruido y decido dejarle una nota, a pesar de que no me reconozco. Yo no soy este cobarde que huye de la chica increíble que ha conocido. Sin embargo, parece que escoger la opción fácil es la única salida que encuentro para mantener a raya mi corazón.

Cuando salgo de su casa sé que no hay marcha atrás.

La voy a echar de menos, pero es ridículo que albergue la esperanza de mantener una relación a distancia con ella. Nos estoy protegiendo a ambos, o eso me digo cuando me subo al taxi que me lleva de regreso al hotel.

42. Como si no le importara

Saoirse

Me desperezo en la cama.

—Jack —digo con voz ronca—. Vas a perder el avión…

Sé que algo no va bien en cuanto estiro los brazos para tocarlo y me percato de que no está. Abro los ojos con la esperanza de encontrarlo. Me levanto y lo llamo mientras lo busco por toda la casa.

¿Se ha ido sin despedirse de mí? No puede ser. El Jack que he conocido durante estos días jamás haría algo así. Es el hombre que me dijo que soy inolvidable. No es justo. Me duele que se haya largado sin decirme adiós. Entonces descubro la nota que hay en mi mesita de noche. La cojo con manos temblorosas y la leo.

No puedes acompañarme al aeropuerto. Ambos sabemos que no subiré al avión si tengo que despedirme de ti. Lo siento, Ojazos. Sé que cuando leas esta carta te enfadarás conmigo. No creas que no me importas. Ese es el problema: me importas demasiado. Quiero quedarme con esta última imagen de ti. Estás preciosa mientras duermes.

Gracias por estos maravillosos días.

Por favor, no me odies.

JACK.

Releo la carta un par de veces, como si así pudiera encontrarle sentido. Es una carta en la que un hombre que dice que le importo se ha marchado sin despedirse de mí. Si tiene alguna lógica, soy incapaz de verla.

No estoy enfadada. Ya tendré tiempo de estarlo. En este momento, me limito a tumbarme en la cama y a llorar como la tonta que soy. Porque en el fondo, una parte de mí pensó que Jack se quedaría a mi lado. Porque, a pesar de todo, sigo creyendo en los finales felices.

43. Un mes después…

Saoirse

La vida es muy curiosa. Hay gente que pasa por tu vida sin pena ni gloria, pero, de repente, conoces a alguien durante un puñado de días y ya no puedes borrarlo de tu cabeza.

Maldito Jack.

¿Por qué acepté tener una cita con él? Ahora no puedo olvidar lo bien que lo pasamos juntos, el tacto de sus manos o las sonrisas que me dedicaba. El caso es que ha pasado un mes en el que no he tenido noticias de él. Sé que me pidió que siguiéramos en contacto y yo me negué, así que no puedo quejarme. En realidad, lo que más me duele es que se marchara sin despedirse. La ridícula carta en la que me dijo adiós con un puñado de líneas no cuenta.

He intentado seguir con mi vida, pues no sé qué otra cosa hacer. Paso más tiempo en la oficina para tener la mente ocupada. Ahora todos me tratan con el respeto que merece una jefa. Al menos, en eso he salido ganando. Sin lugar a duda, irme de vacaciones y conocer a Jack tuvieron un efecto positivo en mi autoestima, pues jamás me había sentido tan segura de mí misma. Sí, echo de menos a Jack, pero estoy convencida de que la razón por la que se marchó tiene más que ver con él que conmigo.

Respecto a Max, este último mes ha estado muy distante conmigo. Aunque me duela, le he concedido el espacio que me pidió. Meg se dio cuenta y me preguntó si había sucedido algo entre nosotros, por lo que le conté la verdad. No se sorprendió cuando le dije que Max me había besado. Se limitó a encogerse de hombros, como si ya hubiera sopesado aquella opción.

Hablando de Max, entra en el ascensor sin darse cuenta de que yo estoy dentro. Últimamente somos los últimos en salir de la oficina, como si al centrarnos en el trabajo pudiésemos olvidarnos de nuestros problemas.

—Hola —lo saludo con timidez.

Max se sobresalta. Tengo la impresión de que está a punto de escapar, pero no le da tiempo porque la puerta se cierra.

—Hola —responde sin mirarme.

Abrazo el bolso contra mi costado. No quiero presionarlo, pero la tensión que hay entre nosotros me está matando.

—¿Te apetece tomar algo en el pub?

—No, gracias. Estoy agotado. Iré directo a casa.

Aprieto los labios. Una parte de mí está furiosa con él, aunque la otra lo entiende. A ver, ya sé que lo que ha sucedido no es plato de buen gusto para él. Pero ¿acaso tengo la culpa? ¡Para mí también es muy difícil gestionar esta situación!

—Nunca será un buen momento, ¿no? —digo algo irritada.

—No te entiendo.

—Jamás volverás a quedarte a solas conmigo. Me pediste espacio cuando en realidad querías decirme adiós. Por desgracia, trabajamos juntos y tienes que verme todos los días.

Max se vuelve para mirarme.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta sorprendido.

—Me fastidia que me hayas apartado de tu vida con tanta facilidad —admito dolida.

—Para mí es complicado, ¿vale? —dice con voz queda.

—¡Para mí también! —exclamo alterada. No sé por qué estoy tan molesta, pero todos los sentimientos que llevo guardados bajo llave salen a la superficie sin que pueda controlarlos—. No sé cómo tratarte, Max. Si te ignoro, siento que le estoy haciendo el vacío a un buen hombre que conozco desde que era una cría. Si te hablo, siento que te molesta. No sé… cómo hacerlo bien.

—Es cosa mía. No tienes que…

—También me afecta a mí —lo interrumpo con acritud—. Actúas como si no me importaras.

—No te importo de esa forma.

—¡Me importas! —grito indignada—. Joder, Max. ¿Por qué lo haces tan difícil? Eres de los pocos amigos que tengo. Has estado en todos mis cumpleaños. Confío en ti. No puedes levantarte un día con el pie izquierdo y mandar a la mierda nuestra amistad…

—Levantarme un día con el pie izquierdo. —Se ríe sin dar crédito. Su reacción me deja pasmada—. ¿Crees que te he pedido espacio porque soy un crío que se ha enfadado cuando le dijiste que no me ves de la misma forma? Saoirse, no entiendes nada. Yo ya lo sabía. Sin embargo, fui valiente porque necesitaba quitarme un peso de encima. El problema es que no tenía ni idea de que mirarte a los ojos pudiera ser tan doloroso.

—¿Te duele mirarme? —pregunto horrorizada.

La puerta se abre, pero ninguno de nosotros sale. Max levanta la barbilla y me mira con una mezcla de anhelo y tristeza que me sobrecoge. Echo de menos a mi amigo. No quiero seguir sintiéndome sola. Quizá por esas razones acorto la distancia que nos separa y le pongo una mano en la mejilla. Max entorna los ojos y se le escapa un suspiro.

—No deberías tocarme.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro.

—Porque sigo muriéndome de ganas de besarte.

Observo sus labios sin poder evitarlo. Ya sé a lo que saben. A una dulzura que en este momento me hace mucha falta, pues necesito sentirme mejor. Cuando Max se percata de que le miro la boca, abre mucho los ojos.

—Seer, ¿qué…?

—Has vuelto a llamarme Seer —digo complacida—. Lo echaba de menos.

—Seer…

—Te echaba de menos.

Doy otro paso, hasta que me quedo a escasos centímetros de su boca. Max me pone las manos en los hombros, como si quisiera detenerme o estuviera muy asustado. Creo que se me ha ido la cabeza. De todos modos, sigo queriendo besarlo.

—¿Qué pasa con Jack? —pregunta con recelo.

Me molesta cuando pronuncia su nombre. Solo quiero olvidar. Tal vez estoy siendo egoísta, pero necesito enamorarme de un buen chico que no me romperá el corazón ni huirá de mí. Por eso envuelvo su cuello con mis brazos y acerco mi boca a la suya muy despacio.

—Jack está a miles de kilómetros de distancia…

—Solo te pido que no pienses en él cuando me beses —me ruega con voz trémula—. Tienes todo el poder de hacerme daño.

Aplasto mi boca contra la suya y una sensación cálida y líquida se desliza por mi vientre. El placer es tan inesperado que se me escapa un gemido. No pienso en Jack, lo juro. En realidad, me pregunto por qué no habremos hecho esto antes si besarnos se nos da tan bien como ser amigos.

En cuanto Max descubre que no voy a arrepentirme, me estrecha entre sus brazos y suelta un gruñido de satisfacción. Sé que me tiene muchísimas ganas, pero se conforma con besarme en lugar de ir un paso más allá. Nuestras lenguas se enredan mientras sus manos descansan con firmeza en mis brazos.

—Seer… —musita cuando nos separamos para tomar aliento—. Eres todo lo que siempre he querido.

Me gusta sentirme deseada, anhelada y querida. Es una sensación maravillosa. Desde que me dijo que le gustaba, he sentido la tentación de descubrir lo que nos depararía la vida. Porque con Max todo es tan fácil…

—¡Saoirse! —grita mi hermano—. ¿Max? Joder, ¡Max!

Es oficial: mi hermano tiene un don para interrumpir mis besos. Estoy colorada y respiro con dificultad. A mi lado, Max parece un poco más entero mientras le sostiene la mirada a su mejor amigo.

—¿Se puede saber que...? —Bruce parece más confundido que enfadado—. No lo entiendo. Vosotros dos. ¿Desde cuándo?

—Es la primera vez que nos besamos —lo informo. Luego hago memoria y añado—: La segunda, pero no es asunto tuyo.

—¡Tú eres mi hermana y él mi mejor amigo! —protesta Bruce.

—Sigue sin ser asunto tuyo. Ya somos mayorcitos.

—Vale. —Interviene Max. Levanta los brazos como si fuera un árbitro—. Bruce, tengo que hablar contigo.

—Eso parece. —Bruce lo fulmina con la mirada.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—No tienes que darle explicaciones —le digo a Max, poniéndole una mano en el hombro—. En serio, ya soy mayorcita.

—Tengo que ser sincero con él —me tranquiliza Max—. Lo necesito.

Asiento porque entiendo a qué se refiere. Salimos del ascensor y Bruce nos mira de forma alternativa. Me molesta que siempre vaya a tratarme como su hermana pequeña. Cuando Max y Bruce se pierden por el pasillo, sé que no hay nada que pueda hacer y me dirijo a la salida. Espero que las cosas vayan bien entre ellos.

44. Ten cuidado, amigo

Max

—Estoy enamorado de tu hermana —le digo en cuanto nos quedamos a solas.

Bruce me mira con los ojos abiertos de par en par. Hay pocas cosas que puedan dejar sin palabras a mi mejor amigo. Es un hombre muy impulsivo y temperamental, así que espero que haga o diga algo. Sin embargo, se limita a pasarse una mano por el pelo y a respirar hondo.

—¿Bruce?

—Joder —dice al fin—. Es que… joder.

—Me gusta desde hace muchos años —le confieso—. Ya ni siquiera recuerdo cuándo empecé a mirarla con otros ojos. Quería decírtelo, pero sabía que te pondría en una tesitura. De haber creído que tenía alguna posibilidad con ella, habría hablado primero contigo para que supieras que no pensaba actuar a tu espalda. Jamás le haría daño a Saoirse. Quiero que sepas que voy a respetarla si ella…. me da una oportunidad.

—Tío. —Bruce se acerca y me pone las manos en los hombros—. Eso ya lo sé. La mujer que salga contigo será muy afortunada. No tienes que prometerme que no le harás daño a mi hermana. Ahora mismo estoy conmocionado porque no me lo esperaba. Me duele haber estado tan ciego. Ojalá hubiera sabido ver más allá de lo que mostrabas.

—No es culpa tuya —lo tranquilizo—. ¿Está todo bien entre nosotros?

—Siempre —responde para mi alivio—. Ya sabes que eres como un hermano.

—¿No te importa que Saoirse y yo podamos ser algo más? Es decir, ni siquiera entiendo lo que acaba de suceder entre nosotros. Pero después de hablar contigo voy a pedirle una cita.

—Pareces muy seguro.

—¿Te molesta? ¿Crees que hago mal?

—No es eso, Max. —Mi amigo niega con la cabeza—. Por primera vez tengo miedo de que sea Saoirse quien le haga daño a alguien. No estoy seguro de que lo vuestro pueda funcionar. Creo que ella no te ve de esa forma. Ten cuidado, amigo.

Yo también lo pensaba, hasta que me ha dado eso beso que lo ha cambiado todo.

—Necesito arriesgarme.

Bruce asiente, aunque sé que no está convencido.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Tío. —Me dedica una sonrisa de las suyas—. Me encantaría que fueras mi cuñado. Ojalá me lo hubieras contado antes.

—He sido un cobarde —digo abochornado—. Pero esta vez quiero dejarme llevar.

—Joder, sí que estás enamorado de ella.

—Pues… sí —respondo colorado como un tomate.

Bruce me pide que me largue cuando busco a Saoirse con la mirada. Salgo de la oficina creyendo que ya se ha ido pero, para mi sorpresa, está de brazos cruzados apoyada en su Mini. Me está esperando. Al darme cuenta de que no se ha marchado, me acerco a ella con el corazón acelerado.

—No te has ido.

—El beso ha estado bien —dice con una sonrisa tímida—. ¿Le tienes que dar alguna explicación más a mi hermano o ya puedes prestarme atención?

—No seas mala —le pido—. Ya sabes lo cercanos que somos Bruce y yo.

—¿Entonces…?

—Me apetece mucho ir a tomar algo contigo, si la oferta sigue en pie.

Saoirse finge pensárselo durante unos segundos. Luego me mira y me dedica una sonrisa cálida.

—Pues claro que sigue en pie, tonto.

Así es como un día que empezó siendo una mierda se tiñe con un inesperado brillo de esperanza.

45. ¿Qué me pasa?

Jack

—¡Jack! —exclama Serena—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Salgo de mi ensimismamiento. Todos los ojos están puestos en mí. Me doy cuenta de que he vuelto a quedarme en babia. He venido a pasar el fin de semana a Los Hamptons con mi familia. En lugar de jugar con mis sobrinos, salir a navegar o picar a mis hermanas, llevo todo el fin de semana encerrado en nuestra casa de vacaciones como un alma en pena.

—Tío Jack —dice George, mi sobrino—. ¿Te estás muriendo?

Mi hermana June se atraganta con la bebida. Serena pone los ojos en blanco y Sarah ladea la cabeza y me mira con suspicacia. Las tres me conocen de sobra. Saben que me pasa algo.

—Estoy sano como un roble, George —lo tranquilizo.

—Y pensativo —puntualiza mi madre.

—Así lleva todo el fin de semana —se queja Serena—. Pareces un muermo, hermanito.

—Quién te ha visto y quién te ve —se burla June.

—Dejadlo en paz —las sermonea Sarah.

—Gracias —le digo sin hablar.

Después del almuerzo voy a encerrarme en mi habitación para que no sigan con sus preguntas. Desde que volví a Nueva York he pasado por todos los estados de ánimo. He estado enfadado, desganado y arrepentido. No he podido dejar de pensar en Ojazos. Me pregunto qué estará haciendo, si habrá pensado en mí o si estará rehaciendo su vida con otro hombre. La última posibilidad es la que me cabrea.

—Jack. —Mi hermana Sarah asoma la cabeza—. ¿Puedo pasar?

Asiento de mala gana, pues sé que Serena y June la han obligado a llamar a mi puerta. Ayer se quedaron a cuadros cuando una atractiva morena intentó ligar en vano conmigo en el restaurante al que fuimos a cenar. Sinceramente, no me reconozco. Saoirse es la última mujer con la que me he acostado. En condiciones normales estaría subiéndome por las paredes debido a la abstinencia sexual, pero cada vez que pienso en tocar a otra mujer se me retuerce el estómago.

No sé qué demonios me pasa.

No sé qué es lo que siento.

No sé… absolutamente nada.

—Ey. —Sarah se sienta en el borde de la cama—. ¿Estás bien?

Ha elegido formular la única pregunta que soy incapaz de contestar sin sinceridad. Me derrumbo delante de ella, pues Sarah es la hermana que mejor me conoce y con la que estoy más unido.

—No. —Exhalo de golpe—. No estoy bien.

—Oh, Jack. —Me da un abrazo de los nuestros—. Todas estamos muy preocupadas por ti. Llevas raro desde que regresaste de Irlanda. Saltas a la mínima, estás desganado y has perdido un par de kilos. Jamás te había visto tan mal.

—Muchas gracias —respondo con ironía.

—Nos preocupas.

—Diles a esas dos que salgan de su escondite —le pido agotado. Ya no tengo ganas ni fuerza

de seguir escondiendo lo que me pasa.

—¡Ya lo habéis oído! —les grita Sarah.

Serena y June, que estaban escuchando detrás de la puerta, entran en la habitación con caras de circunstancia. Serena se planta delante de mí y se cruza de brazos.

—George es muy fantasioso, pero empiezo a preocuparme. ¿Has ido al médico y te han dicho que tienes algo chungo? ¿Nos lo estás ocultando? —exige saber.

—¡S-serena! —le riñe Sarah, que todavía tartamudea cuando se enfada.

—¡Qué! —exclama agobiada—. ¡Solo quiero saber lo que nos oculta!

—Ha dejado embarazada a una de sus amantes —suelta June.

—¡Mierda! ¡Eres idiota, Jack! —me riñe Serena—. ¿Ya se te ha olvidado aquella charla que te di sobre educación sexual?

—Es imposible de olvidar —le digo con frialdad—. Para vuestra información, no voy a ser padre.

—Entonces ¿qué narices te pasa? ¿Por qué andas con esa cara de mustio a todas horas? —pregunta June con la impaciencia que la caracteriza.

—Oh, Jack. —Sarah se levanta de un salto y me mira con los ojos abiertos de par en par—. ¡Estás enamorado!

—¡Ay, madre! —exclama Serena.

—¡No puede ser! —chilla June.

—¿Qué? —Me pongo de pie—. No, no estoy…

—¿Cómo se llama la chica que has conocido? —insiste Sarah.

—No he dicho que…

—¿Es irlandesa? —pregunta June sin dejarme terminar.

—Dios. —Me froto la cara. A veces olvido lo insistentes que son mis hermanas—. No estoy enamorado.

—Detalles —exige Serena—. Luego hablaremos de tus sentimientos.

—Se llama Saoirse —claudico—. ¿Os acordáis del contrato que fui a firmar a aquel pueblo de Irlanda? Conocí a Saoirse Anderson. Me volvió loco en todos los sentidos y ahora no puedo dejar de pensar en ella. La echo de menos. Nunca… me había sentido igual de perdido.

—¿Estás de bajón por una chica? —pregunta June alucinada.

Sarah le da un codazo.

—D-déjalo, tonta. Es la primera vez que se enamora.

—¡Y dale! —protesto—. Solo pasé diez días con ella. Nadie se enamora en diez días.

Mis hermanas se miran y acto seguido se parten de risa. De verdad que no las entiendo.

—No se trata del tiempo, Jack —me explica Serena—. Esa chica te ha hecho sentir un montón de cosas en solo diez días. Quizá no estás enamorado, pero imagínate lo que habrías sentido si hubieras pasado más tiempo a su lado. Eso es lo que importa.

—¿Por qué no la llamas? —sugiere June—. Dile que la echas de menos.

—No puedo. —Agacho la cabeza y me miro los pies. Ahora estoy avergonzado—. Me pidió que no mantuviéramos el contacto. Además, me fui sin despedirme.

—¿Qué hiciste? —chilla Serena.

De mala gana, les cuento que tuve un ataque de pánico y le escribí una nota. Mis hermanas me observan como si quisieran golpearme. Entonces comprendo lo mucho que la he cagado.

—Todos los tíos sois idiotas.

—No te pases, June —le pide Sarah. Luego me dedica una mirada comprensiva—. ¿Qué

piensas hacer, Jack?

—Nada —digo agobiado—. Lo nuestro no podría funcionar. Ella vive en Irlanda y yo en Nueva York. Todo el mundo sabe que las relaciones a distancia están abocadas al fracaso.

—Si tanto te gusta esa chica, encontrarás la forma de estar con ella —insiste Sarah—. O puedes seguir llorando por las esquinas, fingir que no la echas de menos y darnos pena.

—Y das bastante pena —señala Serena.

—No sé qué haría sin vosotras —refunfuño.

—Seguirías engañándote. —Sarah me da la mano—. Si no vas a buscarla, dentro de unos años te preguntarás que habría podido suceder entre vosotros si hubieras sido valiente. Esa duda te perseguirá durante el resto de tu vida. Podrías estar dejando escapar al gran amor de tu vida.

—Él no cree en el amor —se burla June.

Sarah la fulmina con la mirada y Serena le da una colleja.

—Sí creo —digo en voz baja. Las tres me miran sorprendidas—. Ojazos me hizo ver la vida de otra forma, pero estaba ciego y tenía muchísimo miedo. Por eso me largué.

—¿Quién es Ojazos? —pregunta Serena.

—La chica de mis sueños —respondo emocionado—. La mujer que nunca debí dejar escapar.

46. ¿Podría funcionar?

Saoirse

Max y yo llevamos una semana quedando. Solemos ir al pub después del trabajo y hablamos de todo. Cuando me mira de esa forma tan devastadoramente sincera no sé qué pensar. Es cierto que me apetece darle una oportunidad. Me siento muy cómoda a su lado. Sin embargo, todavía no me he acostado con él. Por supuesto, Max no me ha presionado.

—Coge el dardo de esta forma —me explica.

Hago lo que me dice. Max sube mi codo unos centímetros. Ha dejado la otra mano en mi cintura como si tal cosa. Me gusta su cercanía, pero no siento ese cosquilleo que experimentaba cuando Jack me tocaba.

Oh, Jack…

¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti?

Acabo de encontrar al chico perfecto. Debería elegirlo sin pestañear. Sin embargo, cada vez que me acuerdo de ti siento que estoy poniéndole un parche a mi corazón.

Lanzo el dardo con todas mis fuerzas y lo clavo en el marco de la puerta que hay al lado. Max se parte de risa.

—De acuerdo, esto no es lo tuyo…

—Parece que no —respondo avergonzada—. ¿Qué tal si nos tomamos otra copa?

Max va a la barra y yo me siento en una mesa tranquila. Esta es otra gran diferencia. Cuando estaba con Jack no sentía la necesidad de beber alcohol. Con Max, por el contrario, me apetece tomar una copa porque así me desinhibo. Lo he hablado con Meg, que ha sido muy tajante al respecto. Según mi amiga, estoy siendo una egoísta utilizando a Max para olvidar a Jack. Me sentí como una mierda, pero en el fondo sé que tiene razón.

—¡He vuelto! —Max se deja caer a mi lado en el sofá—. ¿Desde cuándo bebes tanta cerveza?

—Desde siempre —miento.

Le doy un largo trago y me mancho el bigote de espuma. Empiezo a estar mareada por culpa del alcohol.

—¡Eh, para el carro! —me pide Max.

—Estoy bien.

Me mira con suspicacia, pero lo deja estar.

—¿Te apetece ir mañana al cine?

—¡Claro! —respondo con excesivo entusiasmo—. ¿Qué película quieres ver?

—Han estrenado una de miedo —al ver mi cara de espanto, vuelve a reírse—. También hay otra de acción.

—Odio las pelis de miedo. Me asusto.

—De eso se trata. —Me aparta el pelo de la cara y me mira con un profundo cariño—. Hoy estás muy guapa.

—Estoy igual que siempre —respondo con una risilla.

—Qué va —insiste sin perder la sonrisa—. O será que te veo más guapa que nunca porque me has dado una oportunidad.

—Max…

—Sé lo que te pasa —dice comprensivo—. Pero albergo la esperanza de que con el tiempo te olvides de él y puedas llegar a quererme. Lo pasamos bien juntos, ¿no?

—Claro que sí —respondo con las mejillas encendidas.

—Seer. —Me mira emocionado—. Estoy enamorado de ti.

—Max —digo impresionada. No sabía que me quisiera. De lo contrario, jamás lo habría besado en el ascensor. No quiero que se haga ilusiones cuando yo estoy muy confusa—. Yo no…

—Lo sé —me tranquiliza, acariciándome la mejilla—. Puedo esperar, Seer.

—P-pero… —balbuceo.

Voy a decirle que no estoy segura de poder quererlo como merece, pero Max se inclina para besarme. Lo hace con tanta dulzura que me entran ganas de llorar. Quiero amarlo. Sería más sencillo. Por desgracia, en el preciso momento que su boca toca la mía me doy cuenta de que estoy siendo tan cruel como todos los hombres que me han utilizado. De repente, tengo la impresión de que alguien me observa y me aparto de Max.

Entonces lo veo.

Jack Preston está en la entrada del pub, observándome como si le estuviera gastando una broma pesada. Aprieta los puños, sacude la cabeza y se da la vuelta. Lo último que veo antes de que desaparezca son sus ojos oscuros brillando con rabia.

—Jack…

—¿Qué? —Max me mira con el ceño fruncido—. ¿Acabas de decir el nombre de ese idiota mientras nos besábamos?

—Lo siento, yo… —Me aparto de él—. Esto no va a funcionar, Max.

—¿Por qué? —pregunta decepcionado.

Me armo de valor y decido ser sincera con él, aunque le haga daño.

—Porque no puedo dejar de pensar en él —digo a punto de echarme a llorar—. Hace un momento he creído verlo dentro del pub. Es obvio que el alcohol me ha jugado una mala pasada. El caso es que da igual que Jack y yo no vayamos a tener una oportunidad. No es justo para ti.

—Me da igual que no sea justo.

—Max —digo con determinación. Me levanto con bastante esfuerzo. Estoy muy mareada—. Lo siento de corazón. Eres un hombre maravilloso. Ojalá pudiera enamorarme de ti. No debería haberte besado aquel día en el ascensor. Fui una completa egoísta que ha intentado olvidar a Jack. No sabes cuanto lo siento…

Max asiente. Tiene los ojos vidriosos y la expresión desolada.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Pediré un taxi —digo para no molestarlo—. Max, lo sien…

—No digas nada más —me pide cabizbajo—. En serio, no hace falta.

Salgo del pub sin ser capaz de contener las lágrimas. No sé cómo he podido jugar con sus sentimientos. He sido una imbécil. Para colmo, he bebido más de la cuenta y he imaginado que Jack venía a buscarme, como si se hubiera dado cuenta del error que cometió al marcharse.

Llamo a un taxi y me siento en un banco a esperar. Ojalá la noche acabe pronto.

47. ¡Has vuelto!

Saoirse

Bajo la ventanilla del coche y saco la cabeza como si fuera un perro. Necesito que me dé el aire, pues estoy mareada por culpa del alcohol. A duras penas contengo las lágrimas. Me siento fatal por haber utilizado a Max. No sé en qué estaba pensando. No puedo creer que me haya convertido en *ese* tipo de persona.

Todo es por culpa de Jack.

Me gustaría decir que ojalá no lo hubiera conocido, pero estaría mintiendo. Los diez días que pasamos juntos fueron maravillosos. Me ayudó a reconciliarme con el sexo. Me hizo sentir atractiva y valiosa, hasta que se largó dejándome aquella ridícula nota.

Jack…

Lo echo tanto de menos que lo veo en todas partes. Antes estaba en el pub y ahora camina a toda prisa por el arcén. Se me escapa un suspiro cargado de tristeza. El taxista le pita para que se aparte y Jack se hace a un lado.

Un segundo…

—¿El hombre que hay en la carretera es real? —pregunto alucinada.

El taxista me mira a través del espejo retrovisor. No es una mirada amigable.

—Por supuesto que es real. ¿Cuánto has bebido, criatura?

—¡Pare el coche! —le ordeno.

El taxista suelta una maldición, pero obedece. Bajo del coche y echo a correr hacia Jack, que se vuelve en ese momento. En lugar de regalarme una de sus sonrisas me mira con la misma rabia que mostró en el pub. Entonces comprendo que no fueron imaginaciones mías. Estuvo en el pub y me vio besarme con Max.

—Jack —lo saludo jadeando por culpa de la carrera—. Has vuelto.

—Ojalá no lo hubiera hecho —responde crispado—. Ya veo que no has perdido el tiempo.

Su comentario me duele. No tiene derecho a hacerme ninguna recriminación. Soy una mujer soltera, al igual que él.

—Seguro que tú tampoco.

Esta vez sí sonríe, solo que de una forma muy irónica.

—¿Eso crees?

—Te largaste sin despedirte —le recriminó.

—Te dejé una nota —responde con las manos metidas en los bolsillos—. Ni siquiera debería haberme molestado en escribirla.

—¡Eres un idiota! —le grito dolida—. No puedes decirle a alguien que te importa y luego no tener agallas para despedirte de esa persona.

—Lo que tú digas, Ojazos.

—Sabes que tengo razón. —Acorto la distancia que nos separa y lo miro a los ojos—. ¿Por qué has vuelto, Jack?

—Negocios.

—Mentira.

—¿Qué otra cosa iba a traerme a Emerald Beach?

—Yo —respondo con atrevimiento—. Este es un pueblo pequeño. Seguro que fuiste a buscarme a mi casa y alguien te dijo que estaba en el pub. Aquí todos nos conocemos.

No lo niega. Se limita a clavar los ojos en mí con una rabia que me obliga a retroceder. No soporto que me mire de esa forma.

—No debería haber vuelto.

—Lo que ha sucedido entre Max y yo… —comienzo a decir, pero luego me cabreo porque en realidad no tengo que darle explicaciones. Seguro que él ha estado rodeado de mujeres preciosas —. Sabes que no tienes derecho a recriminarme nada.

—No lo estoy haciendo. Me estoy despidiendo de ti. ¿No es lo que querías? Adiós, Saoirse.

Se aleja caminando, rompiéndome de nuevo el corazón.

—¿En serio, Jack? —protesto indignada. No puedo creer que haya venido hasta aquí para comportarse como un imbécil—. ¡Sigues siendo un cobarde!

Jack se vuelve con furia.

—Un cobarde que ha recorrido miles de kilómetros para verte. O más bien un idiota.

—Lo sabía —digo en voz baja.

—Estás borracha —responde agotado. Se dirige al taxi y habla con el conductor. Luego regresa hacia donde estoy—. Te llevará directamente a casa.

—No te vayas. —Intento agarrar su mano, pero me rechaza—. Habla conmigo, por favor.

—Has rehecho tu vida con ese imbécil. Voy a fingir que me alegro por ti. Adiós, Saoirse.

—¡Jack! —grito en vano.

Los ojos se me llenan de lágrimas. No puedo creer lo que está pasando. Al cabo de unos segundos, el taxista carraspea.

—No va a volver, chiquilla. Sube al taxi.

Obedezco de mala gana, pues sé que tiene razón. Jack Preston acaba de demostrarme por segunda vez que es un inmaduro emocional. Tal vez sí que tengamos una oportunidad, pues yo he sido igual de inmadura al utilizar a Max. Por desgracia, no quiere hablar conmigo y mi orgullo me impide ir detrás de él.

48. Lucha por ella

Jack

Siento que me han arrancado el corazón del pecho y lo han tirado a la basura.

Ayer tuve un impulso y compré un billete con destino a Irlanda. Necesitaba hablar con Saoirse. No tenía muy claro lo que iba a decirle. Lo único que sabía es que no podía seguir guardándome mis sentimientos, sobre todo después de que mis hermanas me leyesen la cartilla.

¿Y todo para encontrarla en brazos de Max?

Cuando llegué al pub y la vi besándose con él… Por poco cometí una locura. Menos mal que respiré hondo y me fui. Para colmo, Saoirse me ha llamado cobarde. ¡Cobarde! De acuerdo, lo fui cuando me marché dejándole una nota. Pero he vuelto. Joder, he regresado a Emerald Beach porque quería pedirle una oportunidad.

Soy tan imbécil…

Ahora entiendo por qué la gente sufre por amor. Maldita sea, no merece la pena. Quiero dejar de sentirme así. Es horrible.

Un conductor me pita para que me aparte del arcén. Joder, qué impacientes son los irlandeses. La carretera es lo bastante ancha para los dos. Le hago una peineta y continúo mi camino. Ni siquiera sé a dónde voy. Lo único que quiero es olvidar.

El coche va más despacio hasta que se coloca a mi lado. Me vuelvo para mandar a la mierda al conductor y me encuentro con la mirada sombría de Max. Mierda, el que faltaba. No entiendo por qué Saoirse se ha ido en taxi. Hace un rato estaban besándose.

—Preston —me saluda.

—Vete al infierno.

—Yo tampoco me alegro de verte.

Dejo de caminar y me vuelvo para encararlo. Si quiere pelea estaré encantado de dársela.

—¿Qué quieres?

—Saoirse comentó que te había visto en el pub, pero había bebido demasiado y creyó que fue una alucinación.

—La has dejado irse sola a casa —le recrimino.

—No me ha dejado acompañarla.

—¿No deja que el tipo con el que está saliendo la acompañe a su casa? —pregunto incrédulo.

Max suelta un suspiro. Me mira irritado.

—Saoirse y yo no estamos saliendo. Hemos tenido algunas citas desde que te fuiste. —Levanto los brazos para que me ahorre los detalles, pero Max continúa—. Solo nos hemos besado un par de veces. Ni siquiera hemos llegado a acostarnos.

El alivio se apodera de mí. Luego recuerdo que se han besado y vuelvo a ponerme de mala leche. Saoirse ha besado a otro. Yo ni siquiera he sido capaz de mirar a otra mujer con deseo, pues solo podía pensar en ella.

—¿Por qué has vuelto? —me pregunta.

—Porque soy idiota.

—Has vuelto a por ella —dice comprensivo—. Pero te vas al ver que intenta rehacer su vida con otro hombre.

—¿Se supone que debo quedarme?

—Si yo fuera tú, por supuesto que me quedaría. Es lo que un hombre hace cuando le gusta una mujer. Yo llevo mucho tiempo enamorado de ella. Me arrepiento de haber sido un cobarde, ¿sabes? Si le hubiera dicho la verdad antes de que tú aparecieras en su vida, tal vez habría tenido una oportunidad con ella. Sin embargo, solo me ha utilizado para intentar olvidarte.

—Saoirse no es así —la defiendo.

—Me lo ha confesado antes de cortar conmigo. Estoy hecho polvo, pero al menos tengo la amabilidad de ser sincero contigo porque quiero que alguien salga beneficiado de esta historia. Sé que le gustas. Sé que te gusta. No quiero ser el motivo por el que no tengáis una oportunidad.

Respiro hondo. No esperaba que Saoirse hiciera algo así. Sigo estando molesto con ella, pero en el fondo sé que no tengo motivos. No somos pareja. Me fui sin despedirme. Por supuesto que podía intentar rehacer su vida. Aunque me duela, no puedo culparla.

—Sube —me pide impaciente.

—¿Qué…?

—Lucha por ella —me ordena—. No seas la clase de pringado que vuela desde Nueva York a Irlanda y luego regresa a su país con el rabo entre las piernas porque la mujer por la que suspira ha intentado olvidarlo con otro. Sé un hombre, joder.

—No me des órdenes —replico indignado. Luego me lo pienso mejor. Sé que tiene razón—. Gracias, tío.

Subo al coche. Max me mira como si quisiera matarme, pero hubiera decidido que no merece la pena.

—Llévame a su casa, por favor.

—Te habría llevado aunque no me lo hubieras pedido.

—¿Por qué haces esto? —pregunto sin entender.

—¿No es evidente? —responde agotado—. Quiero que sea feliz. A veces el amor es dejar ir.

Guardo silencio, pues no sé qué podría decirle para que se sienta mejor. Acabo de descubrir que respeto a Max. Ha estado enamorado de Saoirse durante muchos años. Se ha atrevido a pedirle una oportunidad, aunque sabía que ella no sentía lo mismo. Ahora le toca enfrentarse al desamor.

—Suerte —me desea con sinceridad cuando aparca delante de la casa de Saoirse.

—Te deseo lo mejor, Max.

Me despido del hombre al que veía como un rival con un apretón de manos. Luego respiro hondo y camino con decisión hacia la casa de la mujer que nunca debí dejar escapar.

49. ¿Qué haces aquí?

Saoirse

Estoy en la cama cuando llaman al timbre. Quiero seguir dormida, por lo que supongo que la persona que esté llamando se cansará al cabo de un rato. Sin embargo, es muy insistente, así que no me queda más remedio que levantarme. Ni siquiera me molesto en cambiarme de ropa. Llevo puesto el pijama y tengo el maquillaje estropeado de haber estado llorando.

Al abrir la puerta veo a Jack, que casi se cae encima de mí porque seguía aporreando la puerta como si quisiera tirarla abajo. Me enderezo de golpe. Mierda, ojalá me hubiera cambiado de ropa.

—Jack —digo con un hilo de voz—. ¿Qué haces aquí?

—Tú eres el único motivo por el que estoy en Emerald Beach.

Entra sin invitación y me veo obligada a retroceder. Pone sus manos en mis mejillas mientras me empuja contra la pared.

—No he podido dejar de pensar en ti, Ojazos.

Intento contener a duras penas las lágrimas. He pasado un mes esperando oír esas palabras. Sin embargo, ahora que acaba de pronunciarlas tengo miedo de que vuelva a marcharse.

—¡Te fuiste sin despedirte! —le recrimino dolida.

—Tenía miedo…

—¿De qué?

—De ti —me confiesa con voz queda—. De lo que me hacías sentir. De nosotros.

—Max y yo… —Me muerdo el labio. No sé cómo explicarle por qué he estado quedando con Jack—. He intentado olvidarte.

—Lo sé.

Lo miro sorprendida. Jack suspira.

—Max me lo ha contado. Es un buen tipo.

—Yo también he pensado en ti —admito en un susurro—. Dime a qué has venido.

—He venido a pedirte una oportunidad, Ojazos —dice con una determinación que me deja sin aliento—. No debería haberme marchado sin despedirme. En realidad, no debería haberme marchado sin haberte dicho que quería intentarlo contigo.

—Jack —digo emocionada a la par que indecisa—. Tú vives en Nueva York y yo aquí. No sé cómo lo vamos a hacer.

—Yo tampoco —responde con calma—. Ya lo averiguaremos. Prefiero estrellarme al intentarlo que regresar a Nueva York y seguir echándote de menos. Este mes separado de ti ha sido una tortura. Te veía en todas partes. Vagaba como un alma en pena por mi casa. Apenas podía concentrarme en el trabajo. No quiero una vida sin ti, Saoirse.

—¿De verdad quieres que lo intentemos? —pregunto maravillado.

Me acaricia las mejillas con los pulgares y asiente mirándome a los ojos. Esta vez sí me regala la sonrisa que he echado tanto de menos.

—No se me ocurre otra forma de poner remedio a lo que siento —dice más serio.

—¿Qué sientes?

—Creo que me estoy enamorando de ti —me confiesa, dejándome ver su lado más vulnerable

—. Diez días han bastado para que te colaras en mi corazón. No quiero ponerles frenos a mis sentimientos.

—Jack —susurro a escasos centímetros de sus labios—. He soñado que me decías eso muchas veces. Siento haber intentado reemplazarte con Max. Sé que he sido una idiota. Supongo que tú también habrás tenido tus líos…

—No he vuelto a tocar a otra mujer desde que nos vimos por última vez. —Se que está siendo sincero. No tiene por qué mentirme. Sonrío como una idiota y Jack me dedica otra sonrisa, esta vez más tímida que la anterior—. ¿Puedo besarte ya?

—Ven aquí.

Lo atraigo de la camisa para besarlo. En el momento que mis labios tocan los suyos descubro que nuestra química está intacta. Este es el hombre del que me estoy enamorando. Por primera vez en mi vida no tengo miedo ni dudas. No sé qué saldrá de una relación a distancia, pero necesito apostar por nosotros.

Jack Preston y yo.

Sé que podría funcionar.

Una irlandesa y un neoyorkino.

—Ojazos… —Me estrella entre sus brazos—. Te había echado tanto de menos…

50. Tres meses después…

Saoirse

Vivo en una nube. Me da igual que mi novio y yo hayamos tenido que hacer malabares para vernos. La verdad es que ambos hemos puesto de nuestra parte para que nuestra relación funcione. En estos tres meses Jack ha venido a Emerald Beach y yo he estado en su ático del Upper East Side. Incluso he conocido a sus hermanas, que son encantadoras.

Al final, Bruce tuvo que tragarse sus palabras al comprobar que a Jack le importo de verdad. Al principio Bruce mostró bastante recelo, pero el otro día lo pillé hablando con Jack. Cuando me acerqué para pedirle que dejase en paz a mi novio, se dieron la mano.

Todo es tan perfecto…

A ver, no del todo perfecto. Mantener una relación a distancia es muy complicado. Nuestros trabajos nos impiden vernos todo lo que nos gustaría. Así ha sido como he descubierto el sexo telefónico. Algo es algo.

—¡Mirad! —exclama Bruce eufórico. Viene corriendo con Lizzy en brazos—. ¡Ya no llora cuando la cojo!

La sostiene como si fuera un trofeo. Meg y yo intentamos aguantarnos la risa. Me encantaría que Max estuviera aquí para que pudiese ver lo bien que mi hermano se desenvuelve como padre. Ha tardado en perderle el miedo a la paternidad, pero se nota que adora a su hija.

Hace tres meses, Max pidió una excedencia. Mi hermano me contó que se largó a ver mundo. No hemos mantenido el contacto, pues comprendo que necesita el espacio que en su día le negué. Solo espero que sea muy feliz y encuentre a una chica que lo quiera como merece.

—¿Esperas visita? —me pregunta Meg cuando llaman al timbre.

—No —respondo extrañada.

Voy a abrir y me encuentro a Jack. Al verlo salto a sus brazos. Me dijo que esta semana no podría venir a verme.

—¡Has venido!

—Te he hecho un hueco en mi apretada agenda —bromea.

Le golpeo sin fuerza en el hombro. Luego nos besamos con muchas ganas. Hacía un par de semanas que no nos veíamos. Cada día que paso separada de él es una tortura.

—Preston —lo saluda mi hermano—. ¿Quieres coger a tu sobrina?

Jack retrocede como si lo estuvieran apuntando con una pistola.

—No, gracias. —Fuerza una sonrisa—. Los bebés no se me dan bien.

—¿Y qué vas a hacer el día que seas padre? —le pregunta Bruce.

—¡No lo agobies! —le pido.

En realidad, su pregunta me ha agobiado a mí. Jack y yo todavía no hemos hablado del tema. A mí me gustaría ser madre, pero por ahora no es el momento.

—Bruce —le dice Meg—. Creo que deberíamos irnos.

—¡Acabamos de llegar! —protesta mi hermano.

Meg me mira como diciendo: *¿ves lo que tengo que aguantar?*

—Seguro que los tortolitos quieren estar a solas. —Empuja a Bruce hacia la salida—. ¡Pasadlo bien! Esas maletas parecen muy grandes, Jack.

En cuanto se marchan me percato de que Meg tiene razón. Jack ha traído dos maletas enormes. Suele viajar ligero de equipaje, pues solo se queda por unos días. Lo miro sorprendida y él esboza una sonrisa tímida.

—Te quiero.

—¡Qué! —exclamo sorprendida.

—Te quiero —repite convencido—. Te quiero, Saoirse.

—Oh —respondo sonrojándome—. ¿Estás seguro?

Jack se echa a reír. Luego acorta la distancia que nos separa y sostiene mi rostro. Me mira con una ternura que me provoca ganas de llorar.

—Estoy absolutamente convencido de que me he enamorado de ti, Saoirse Anderson.

—Yo… —Trago el nudo que tengo en la garganta—. Yo también te quiero, Jack.

—Era lo que esperaba oír —dice aliviado—. Por eso he venido con tanto equipaje.

—No te entiendo.

—He aceptado el puesto que mi madre me ha ofrecido para encargarme de la filial de hoteles de Europa. La sede está en Dublín. Solo está a una hora en coche de Emerald Beach. Puedo ir y venir a diario. Tendré que seguir viajando de vez en cuando, pero no será con tanta asiduidad. Si a ti te parece bien, por supuesto.

—¿M-me e-estás preguntando s-sí puedes mudarte c-conmigo? —pregunta alucinada.

Jack asiente muy despacio.

—Sí, Ojazos.

—¿Estás…?

—Sí —me interrumpe—. Ha sido una decisión muy meditada. Quizá debería habértelo consultado antes, pero quería darte una sorpresa. Estos tres meses manteniendo una relación a distancia me han servido para darme cuenta de muchas cosas. Estoy profundamente enamorado de ti, eres la mujer con la que quiero construir mi futuro y no quiero pasar ni un segundo más separado de ti. ¿Qué te parece?

—Bien —respondo emocionada.

—¿Solo bien?

Se me saltan las lágrimas. Jamás había llorado de felicidad.

—Jack Preston. —Acerco mi boca a la suya—. Me has hecho muy feliz.

—¿Sabes qué pensaba mientras viajaba en el avión? —Lo miro intrigada—. Le daba gracias al destino por haberte puesto en mi camino en aquel vuelo.

—¿Crees en el destino?

—Creo que mi destino es estar contigo.

—Eres un poco cursi cuando te enamoras —bromeo.

—Te voy a demostrar lo cursi que soy —responde con una sonrisa repleta de chulería. Me coge en brazos y camina hacia el dormitorio—. Te quiero, Ojazos.

Nunca un *te quiero* me había hecho sentir tan bien. Me alegro de no haber dejado de creer en los finales felices. Al fin y al cabo, todos merecemos ser los protagonistas en el cuento de otra persona.

El amor siempre merecerá la pena. Quien diga lo contrario no tiene ni idea de nada…

Sobre mí

No soy muy amiga de las redes sociales, pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: beccadevereuxautora@gmail.com ¡Te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Mi única red social es Instagram. Si quieres seguirme: @Becca.devereux

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

PD: AQUÍ TIENES UN LISTADO CON TODAS MIS HISTORIAS ORDENADAS POR FECHA DE PUBLICACIÓN.

1. **Querido plan b.**
2. **¿Por qué no?**
3. **Sms: Soltera Muy Selectiva**
4. **La pareja imperfecta**
5. **Sms: Sigo muy soltera**
6. **¡Este highlander no es para mí!**

El club de las solteras

1. **Cuánto más lejos mejor, mi amor.**
2. **¡No te enamores del vikingo!**
3. **Un caballero para Lola.**
4. **El italiano.**
5. **Irresistiblemente tú.**

La historia de Meg y Bruce

1. **Las siete reglas de Bruce**